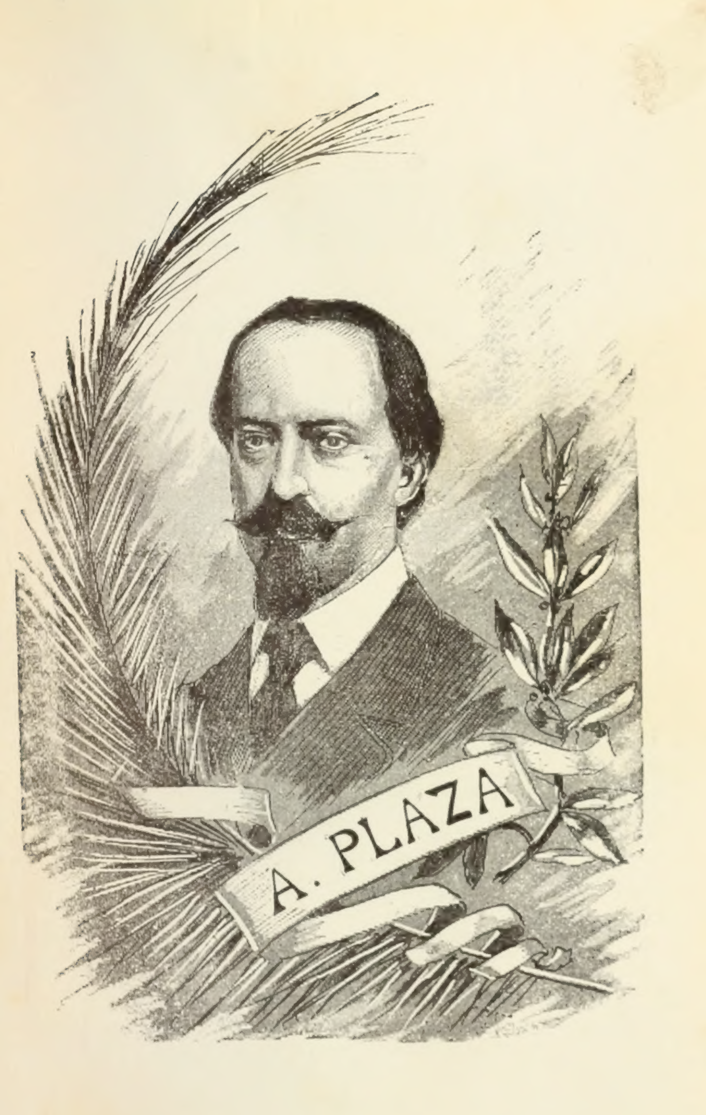

3 1761 06971032 5



59

POESIAS DE ANTONIO PLAZA

PRINTED IN SPAIN


A. PLAZA

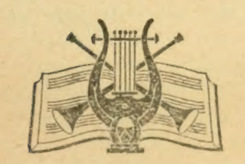
ALBUM DEL CORAZON

Poesías de Antonio Plaza

CON UN PRÓLOGO DE

JUAN DE DIOS PEZA

NOVENA EDICIÓN ILUSTRADA



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166


LIBRARY
SEP 8 1972
UNIVERSITY OF TORONTO



ANTONIO PLAZA

Ser poeta, según afirma un escritor de fama, es sentir hondo, pensar alto y hablar claro, y cuán pocos de los que el vulgo llama poetas, han cumplido con estas raras condiciones.

En materia de arte, muchas son las escuelas, muchas las exigencias de los críticos, muchas las reglas que imponen los maestros, y, sin embargo, lo esencial en el artista no lo dan los libros, ni lo pueden repartir en las cátedras, ni se sabe en qué estriba el secreto de posesión en el individuo: la inspiración inmortal y sublime.

Aquel á quien no conmueva la hermosura, ni lo cautive el sentimiento, ni lo seduzca la más franca expresión de la forma, no será un artista.

La belleza, decía San Agustín, es el esplendor del orden y confirma esta definición la perfecta armonía que resplandece en todo lo bello.

Basta una columna, un frontón, un relieve cubierto por el jaramago ó la yedra silvestre, para adivinar el conjunto de un templo griego, ya sea el Partenón con todas sus tradiciones gloriosas, ya el augusto santuario de Júpiter, de aquel dios de

cuya cabeza nació Minerva, derramando la luz de la sabiduría en los cerebros humanos.

Los poetas primitivos no tenían otro cuadro que la Naturaleza para desarrollar sus concepciones, y por esto son originales y asombrosos. Ninguno copiaba modelos gastados ó envejecidos; pues la Naturaleza, ese monstruo que, según La Bruyere, goza en devorarse á sí mismo, no envejece nunca y en cada nuevo sol, la aurora, el oceano, la soledad imponente de los bosques, las maravillas del cielo, sereno ó tempestuoso, los crepúsculos, el canto de las aves que convierten en arpas los árboles, el volcán con sus nieves eternas, las montañas con sus ventisqueros pavorosos, y las llanuras con alfombra de mieses cuajadas de espigas, todo cuanto decora y puebla nuestra vivienda universal, parece que nace en las montañas para esconderse y dormir bajo el manto estrellado de la noche. Admirables son los esfuerzos del que logra con el estudio cincelar lo mismo el mármol, que la armonía ó la palabra. Habrá en sus obras todo lo que las reglas previenen, todo cuanto los autores aconsejan, pero si le falta el alma, la inspiración, el sentimiento más puro y delicado, no arrancará una lágrima, ni una sonrisa de bondad, ni un suspiro de arrobamiento y se conformará con esta única recompensa: el frío aplauso de los doctos.

El poeta moderno, el cantor de las miserias presentes, de los vicios de nuestra sociedad, de las pasiones de nuestras almas nutridas en un medio de corrupción y de incredulidad incomparables; el trovador de las dudas, de las decepciones, del desencanto actual, no busca el sillón académico, ni el «visto bueno» de las Universidades, sufre, se duele, se plañe, y lanza sus cantos á los cuatro vientos sin otro afán que el de ser comprendido por los que, como él, se encuentran enfermos de idénticos males.

Yo traté íntimamente á Antonio Plaza, el aplaudido autor de los versos que aparecen colecciona-

dos en este libro. Eramos él y yo dos amigos, no obstante la diferencia de edades. Acaso le fuí interesante porque en mi primera juventud fuí un desencantado, á quien deleitaban los cantos orgiásticos y las dudas incurables.

Antonio Plaza, era oriundo del Estado de Guanajuato; nació en Apaseo el 2 de Junio de 1833, siendo sus padres don José M.a Plaza y doña María de la Luz Llanas.

Enviáronlo de niño á México é ingresó en el Seminario Conciliar, donde sólo se cursaba las carreras Eclesiástica y de Jurisprudencia.

El niño era precoz y liberal por instintos; así es que de aquellas aulas, de donde salieron Juan José Baz, Manuel Romero Rubio, Justino Fernández, Manuel Fernando Soto y tantos otros patricios de renombre á defender la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma, él salió para alistarse como soldado en las filas progresistas y en ellas sirvió hasta el año de 1861 en que se retiró con licencia y con un pie inutilizado por una bala de cañón en pleno campo de batalla.

Plaza esgrimió la pluma del periodista, defendiendo las nuevas ideas, y sus trabajos llenaron las columnas de «El Horóscopo,» «Los Padres del Agua Fría,» «La Idea,» «La Bandera Roja,» «La Luz de los Libres,» «El Constitucional,» «La Orquesta,» «La Pluma Roja,» «San Baltasar» y «La Revista Mexicana.»

Estos periódicos, en su mayor parte, eran las hojas volantes que encendían el fuego de la libertad en los corazones y que impulsaron poderosamente el movimiento revolucionario que modificó los destinos de nuestra patria.

En 1862, con el grado de Teniente Coronel, ingresó en el Depósito de Jefes y Oficiales y asistió después á las campañas de Querétaro, de donde vino con el ejército á la capital en 1867.

¡Ah, pobre amigo mío! Era yo un estudiante cuando me deleitaba con repetir algunas de sus estrofas:

«Era mi corazón cáliz de llanto;
del mundo en el vaivén quedó vacío
y aunque risa me da mi desencanto
me duele el corazón cuando me río.»

Y aquella quintilla que todos nos sabíamos de memoria en el colegio:

«Mi ilusión vertiginosa
castigó el Supremo Sér,
porque en mi fiebre amorosa
formé imbécil una diosa
de quien sólo era mujer.»

Cantor de las amargas y negras decepciones; sin otro encanto que el de enconar sus propias heridas, de las cuales siempre manaba sangre, lo veíamos, como los jóvenes españoles de su tiempo, han de haber visto á Espronceda.

Pocas son las cosas de vivos matices y aromas delicados que se pueden encontrar en el búcaro que forman sus composiciones, porque no se cuidaba de la forma ni le entristecía que le motejaran por escéptico.

Era exclusivamente cantor de sus propios sentimientos, parecía insensible á todo atractivo humano y mojaba la pluma en la hiel de los desengaños para trazar así, con carácteres de fuego, sus más amargas concepciones.

Muchas veces me reveló que no obedecía á preceptos de escuela; que nunca pudo nutrir su espíritu con la lectura de los grandes maestros, y que, á semejanza de las aves, cantaba porque sentía la necesidad de cantar, sin importarle que la Gloria le diera sus lauros ó el Olvido le envolviera en sus luctuosos crespones.

Amaba inmensamente á sus hijos, de los cuales Edmundo, el mayor y á quien dedicó sentidísimos versos, acaba de morir el 24 de Noviembre último en Yokoama, pues era nuestro Cónsul General en el Imperio del Japón.

Plaza es muy popular, porque ha tocado la llaga que corroe los corazones, y ha dicho, con una valentía digna de su tiempo, en los altares cristianos, delante de la imagen de María:

«Aquí me tienes á tus pies rendido
y nunca mi rodilla tocó el suelo,
porque nunca Señora le he pedido
ni amor al mundo ni piedad al cielo.»

¡Pobre amigo mío! Lo encontraba yo, tarde por tarde, y jamás le ví doblegar la frente ante la miseria.

En los últimos meses del gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada, cuando á todos los escritores de oposición se les perseguía y se les encarcelaba, le dije, pensando que así aliviaría sus penurias:

—Antonio, ¿por qué no fundas un periódico?

—¿Para qué?—me respondió.—Combatir al gobierno será convertirme en presidiario, y adularlo, en estos momentos, sería tanto como afeitar á un cadáver, se mella é inutiliza la navaja y se desprestigia el barbero.

Y siguió resignado y pobre hasta el 26 de Agosto de 1882 en que murió, dejando huérfanos á tres hijos. Sus funerales fueron muy modestos; sepultaron su cuerpo en el panteón del Tepeyac (Villa de Guadalupe), y como era natural, los periódicos le consagraron artículos llenos de sentimiento.

Los versos de Plaza han recorrido los dominios españoles y algún encanto irresistible deben de entrañar, puesto que son tan buscados.

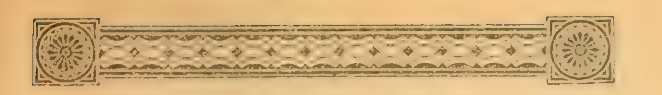
Dijo lo que sentía; herido por el mundo, desdeñado por la sociedad, minado por el hastío, y el que lea sus composiciones, tiene que recordar, al juzgarlas, que son amargas y amarillentas, porque así ha hecho la Naturaleza á las flores que crecen en los cementerios y en las ruínas.

¡Duerma en paz el poeta escéptico y adolorido! Yo encuentro detrás de cada estrofa suya una lágrima y, como su amigo, la enjugo y la comprendo.

Juan de Dios Peza.

1899





Poesías de Antonio Plaza

YO

SONETO

Me hizo nacer la suerte maldecida,
de sombra y luz conjunto inexplicable;
que oculta en mi corteza despreciable
arde un alma grandiosa y descreída.
Llevo en mi frente, do la audacia anida,
un mundo de ilusiones impalpable;
soy, en fin, un misterio impenetrable,
que me agito en el sueño de la vida.
Por el cielo á sufrir predestinado,
me llena el mundo de ponzoña y duelo;
mas yo siempre orgulloso y resignado
contra mi propia pena me rebelo,
y, en cada golpe, al mundo malhadado
doy mi desprecio, y mi perdón al cielo

DUERME, NIÑO

Á MI HIJO EDMUNDO

Como el alma enajenada
En su calma lisonjera
Sólo venturas espera
Con inocente inquietud.
García Gutiérrez

I

Niño de blondos cabellos,
suaves como la sonrisa
del querub,
que para jugar con ellos
desciende mansa la brisa
del azul.

Tienes la faz agraciada,
brilla en tu frente preciosa
el candor,
y tu boca inmaculada
húmeda es, cual de la rosa
el botón.

Niño que en lecho de piedra,
duermes en sueño profundo,
muy feliz;
feliz, porque no te arredra
lo que tienes en el mundo
que sufrir.

Duérmete en dichosa calma,
niño, puro cual celaje
del Edén,
duerme hoy sin que en el alma
venga el pesar su brebaje
á verter.

¿Sonríes?... ¡Estás soñando!
¡Quién nunca esos sueños supo
explicar!
¿Sueñas, di, que estás jugando
de angelitos con un grupo
celestial?

II

Feliz tú que, durmiendo sin dolores,
ves quizá suspendidos
en gasa de vapores,
abrillantados ángeles vestidos
de un iris virginal con los colores.

Porque al primer albor de nuestra vida
en el alma inocente
la ventura se anida,
y preciosa guardamos en la mente
de azul y grana la ilusión teñida.

III

Cuán grata en la edad del crimen
y cuán triste es la memoria
de aquella bendita historia,
amarga, porque se fué.
Nuestra venturosa infancia
donde la inquietud no cabe,
porque uno entonces no sabe
si es venturoso ó no es.

Sin duda el Rey de los reyes,
con inefable cariño,
para ver al primer niño
en el cielo se inclinó;
y al mirar que en la inocencia
hay goce tan sin segundo,
dejó el cielo y vino al mundo
niño también el Señor.

Bendita edad en que al viento
lindas burbujas mandamos,
y de una caña formamos
un arrogante corcel;
é infatigables seguimos
á las mariposas bellas,
y platicamos con ellas
y con las flores también.

Y sin que deseos impuros
manchen nuestros pensamientos,
siempre contentos, contentos,
todo es gozar y gozar;
porque tenemos el alma
llena de música y brisas,
y lleno está de sonrisas
tu reloj; ¡bendita edad!

Con qué placer en la noche,
que á descansar nos obliga,
una madre nos abriga
de su albo seno al calor;
y con ternura tan grande,
que hasta el fanatismo toca,
en nuestra frente coloca
besos, puros como Dios.

Y con qué placer nosotros
contemplamos inocentes
las palomas imprudentes
en torno á la luz volar;
ó ya, quemando el azúcar,
esperamos con anhelo
las hebras del caramelo
que vamos á devorar.

O ya embobados oímos,
con interés que desvela,
los cuentos que nuestra abuela
nos cuenta para dormir:
y si en los cuentos hay flores,
y gigantes, genios, hadas.

y princesas encantadas,
y palacios de zafir,

entonces vemos soñando,
diáfanos, indefinibles,
todos esos imposibles
en nuestro redor vagar;
y miramos en la sombra
ráfagas de luz de cielo,
y en cristalizado suelo
cintas de color rodar.

Mas si la vieja imprudente
nuestro candor amedrenta,
porque la historia nos cuenta
de alguien que á penar volvió,
y la imagen de ese muerto
al dormir nos acobarda,
al santo Angel de la guarda
rezamos una oración.

Y nuestro sueño es tranquilo,
porque el alma no se anuda
de mañana con la duda,
ni de ayer con el pesar.
Y si un instante lloramos,
es nuestra ventura tanta,
que aun ese lloro abrillanta
de la ilusión el cristal.

Y doquier la mente gire
hace de flores acopio,
que un lindo caleidoscopio
tenemos siempre ante nos;
y bajo el brillante prisma
de nuestra ilusión primera,
ni la ventura es quimera,
ni hay ocaso para el sol.

IV

Pero ¿más tarde?... Más tarde
¡horrible la vida es!
el caleidoscopio arde,
y nuestro sueño cobarde
huye, porque sueño fué.

Que al venir años tras años
sólo quedan, ¡santo Dios!
de este mundo en los escaños,
¡desengaños! ¡desengaños!
que matan el corazón.

V

Tú que te duermes inocente ahora
sin recuerdos que vengan á punzarte,
sueña feliz en tu bendita aurora
sin que el dolor se acerque á despertarte.

¡Ay de quien corre en pos de la ventura
con la frente preñada de ilusiones,
con el alma inflamada de ternura
y el corazón de nobles pulsaciones!

¡Ay del mortal imbécil que delira
con amigos, amores, idealismo;
porque encuentra ridículo, mentira,
encuentra la maldad, el egoísmo!

Quien busca la verdad, encuentra el odio
traidor, rindiendo á la lisonja culto;
porque el amigo tiene, como Harmodio,
en bellas flores el puñal oculto.

Quien nos parece amigo verdadero,
si la fortuna llega á abandonarnos,
es nada más un cómico embustero,
que quiso divertirse y explotarnos.

Lo que amor se cree, es una llama
á cuya luz un sér se diviniza,
y al extinguirse su brillante flama,
quedan sólo tinieblas y ceniza.

Porque la fiebre del amor concluye,
tornándose en cansancio fatigoso,
y la ilusión soñada se destruye
al probar un deleite vergonzoso.

Y los que hablaron del amor, mintieron,
que no existe el amor en que creímos;
mentira es el amor que ellas sintieron;
mentira es el amor que ayer sentimos.

Al apurar la hiel de estas verdades,
miramos las creencias adoradas
convertidas en locas necedades
con adornos de baile engalanadas.

Aunque un resquicio de ilusión no sobre,
aunque ame la virtud el alma necia,
¿de qué le sirve la virtud al pobre
si hay una sociedad que le desprecia?

Y no se puede ni clamar mañana
contra esa sociedad que nos devora;
que si la sociedad es cortesana
la debemos tratar como señora...

Pronto, niño, colmado de tristura,
el mundo y sus quimeras maldiciendo,
viejo, pobre, gastado, sin ventura,
exclamarás, de cólera riendo:

¡Virtud! ¡honor! Risibles disparates,
palabras nada más, títulos vanos;
la virtud tiene aquí veintiún quilates,
y el honor diez dineros, veinte granos.

FLOR DE UN DIA

Yo dí un eterno adiós á los placeres
cuando la pena doblegó mi frente,
y me soñé, mujer, indiferente
al estúpido amor de las mujeres.

En mi orgullo insensato ya creía
que estaba el mundo para mí desierto,
y que en lugar de corazón tenía
una insensible lápida de muerto.

Mas despertaste tú mis ilusiones
con embusteras frases de cariño,
y dejaron su tumba las pasiones,
y te entregué mi corazón de niño.

No extraño que quisieras provocarme,
ni extraño que lograras encenderme;
porque fuiste capaz de sospecharme,
pero no eres capaz de comprenderme.

¿Me encendiste en amor con tus encantos,
porque nací con alma de coplero,
y buscaste el incienso de mis cantos?...
¿Me crees, por ventura, pebetero?

No esperes ya que tu piedad implore,
volviendo con mi amor á importunarte;
aunque rendido el corazón te adore,
el orgullo me ordena abandonarte.

Yo seguiré con mi penar impío,
mientras que gozas envidiable calma;

tú me dejas la duda y el vacío,
y yo, en cambio, mujer, te dejo el alma.

Porque eterno será mi amor profundo,
que en ti pienso constante y desgraciado,
como piensa en la vida el moribundo,
como piensa en la gloria el condenado.

¡DEJALA!

Toma, niña, este búcaro de flores:
tiene azucenas de gentil blancura,
lirios fragantes y claveles rojos,
tiene también camelias, amaranto
y rosas sin abrojos,
rosas de raso, cuyo seno ofrecen
urnas de almíbar con esencia pura.
Admítelas, amor de mis amores,
admítelas, mi encanto;
que en sus broches de oro se estremecen
las cristalinas gotas de mi llanto,
tibio llanto que brota
del alma de una madre que en ti piensa,
y por eso hallarás en cada gota
emblema santo de ternura inmensa.

*

Una tarde de abril, así decía,
sollozante, mi esposa infortunada,
á mi hija indiferente, que dormía
en su lecho de tablas reclinada;
y como Herminia, ¡nada!
nada en su egoísmo respondía
á esa voz que me estaba asesinando:
La madre entonces se alejó llorando,
y ella en la tumba continuó durmiendo.
«*Déjala,*—dije—*tu dolor comprendo*...»

UN PRODIGIO

SONETO

En ruín lugarejo bien lejano,
Homobono los títeres movía,
y á un muñequillo con primor hacía
tejer piruetas y cantar. No en vano;

porque el público, en títeres profano,
entusiasta, frenético aplaudía;
y el alcalde creyendo brujería
tal cosa, dijo al titerero: ¡Hermano,

posible es que ese mono que me encanta
baile y accione, mas cantar en tono
es un prodigio que en verdad espanta!

Humilde, entonces, respondió Homobono:
Pero, señor, el mono no es quien canta,
es mi mujer quien canta por el mono.

NO TE OLVIDO

¿Y temes que otro amor mi amor destruya?
qué mal conoces lo que pasa en mí;
no tengo más que un alma, que es ya tuya,
y un solo corazón, que ya te dí.

¿Y temes que placeres borrascosos
arranquen ¡ay! del corazón la fe?
Para mí los placeres son odiosos;
en ti pensar es todo mi placer.

Aquí abundan mujeres deslumbrantes,
reinas que esclavas de la moda son,
y ataviadas de sedas y brillantes,
sus ojos queman, como quema el sol.

De esas bellas fascinan los hechizos,
néctar manan sus labios de carmín;
mas con su arte y su lujo y sus postizos,
ninguna puede compararse á ti.

A pesar de su grande poderío,
carecen de tus gracias y virtud,
y todas ellas juntas, ángel mío,
valer no pueden lo que vales tú.

Es tan ingente tu sin par pureza,
y tan ingente tu hermosura es,
que alzar puede su templo la belleza
con el polvo que oprimes con tu pie.

Con razón me consume negro hastío
desde que te hallas tú lejos de aquí,
y con razón el pensamiento mío
sólo tiene memoria para ti.

Yo pienso en ti con ardoroso empeño,
y siempre miro tu divina faz,
y pronuncio tu nombre cuando sueño,
y pronuncio tu nombre al despertar.

Si del vaivén del mundo me retiro,
y ávido de estudiar quiero leer,
entre las letras ¡ay! tu imagen miro,
tu linda imagen de mi vida sér.

Late por ti mi corazón de fuego,
te necesito como el alma á Dios;
eres la virgen que idolatro ciego;
eres la gloria con que sueño yo.

UNA VERDAD

SONETO

Tranquilo el tonto en su moral penumbra
vive feliz, porque su fe palpita;
jamás la fiebre de saber le agita,
ni la falta de luz le apesadumbra.

El sabio con la gloria se deslumbra,
y entre la duda y el dolor medita;
porque el talento es lámpara maldita
que los horrores de la vida alumbra.

La tierra es para el tonto paraíso
en que viene á medrar gordo y contento;
y por la tierra el genio va indeciso,

triste, humillado, pesaroso, hambriento,
que Dios formó á los tontos, porque quiso
abatir el orgullo del talento.

EL USURERO Y LA GALLINA

APÓLOGO

Erase un usurero dromedario,
de fina garra y de talento romo,
y no sé cómo al viejo estrafalario
ocurrióle volar sin saber cómo.

Provisto de dos alas de buen cuero,
por llevar adelante su tontera,
fué á la cocina, se subió al brasero,
dió un brinco, y... ¡tras!... rompióse la mollera.

Atronó con sus ayes la cocina,
profiriendo blasfemias bien ingratas,
y al oirlas, furiosa una gallina,
que allí estaba ligada de las patas,

cacareando le dijo: *calle, abuelo,*
sufra el dolor y escarmentado quede,
que dar esas lecciones suele el cielo
al que quiere volar y andar no puede.

Hay necios aspirantes dondequiera,
que cuando suben llevan golpe insano,
y al caer aplicárseles pudiera
lo que dijo la polla al viejo vano.

A LA MUSICA

HIMNO ESCRITO PARA UN COLEGIO

Culto á la Música rinda,
tiernos niños, vuestra voz,
porque la Música es linda
como la frente de Dios.

I

Nuestro canto de gloria elevemos
como aroma de Dios al altar,
y con grata oblación deifiquemos
los hechizos de Euterpe inmortal.
Cuando el tedio á los hombres oprime
con la música el tedio se va:
es la música enviada sublime
que revela un feliz más allá.
Culto á la Música rinda,
tiernos niños, vuestra voz,
porque la Música es linda
como la frente de Dios.

II

Jamás nadie ha podido un momento
resistirse de Euterpe á la voz;
¡con razón de su lira al concento
á las rocas Orfeo conmovió!
Es la música el bello homenaje
que le rinde el mortal á su Autor,
y en tan lindo y sublime lenguaje
se comprenden las almas y Dios.
Culto á la Música rinda,
tiernos niños, vuestra voz,
porque la Música es linda
como la frente de Dios.

III

Cuanto se oye la música imita,
con sus notas se puede escribir
el estruendo del mar que se agita,
el murmurio del lago feliz,
de huracán el tremendo bramido,
el aliento del aura sutil,
de la fiera salvaje el rugido
y de mansa paloma el gemir.
Culto á la Música rinda,
tiernos niños, vuestra voz,
porque la Música es linda
como la frente de Dios.

Á GABRIEL GALZA

EN SU BENEFICIO

Hay hombres que viven buscando la gloria,
sin gloria esos hombres no pueden vivir;
pues quieren que en fastos que guarda la historia,
escriba sus nombres la fama senil.

Mas ¡guay de esos locos que en torpe delirio
su frente coronan de abrojo y laurel!
que siempre á la gloria precede el martirio,
y el mundo al que aplaude lo estigma también.

Quien pisa del arte la senda vedada,
y puede un aplauso doquier arrancar,
es mártir proscripto, y su alma elevada
del Gólgota forma espléndido altar.

El mundo está pleno de torpes farsantes;
la vida es comedia de risa y dolor...
¿Qué somos los hombres aquí?... ¡comediantes!
por eso el artista es mártir histrión.

La envidia á los genios rastrera se aduna;
es ruido el aplauso y hierba el laurel...
Aquí no hay más arte que el de hacer fortuna;
la gloria es el humo, que asfixia, Gabriel.

Si al orbe domina *el tanto por ciento,*
el pobre es el paria, el oro es un Dios,
payaso el artista, locura el talento,
la escena picota, la fama ilusión.

Mas tú, en quien se agita un alma que siente,
que sufre, que lucha, que sueña también,
audaz ambicionas ceñir á tu frente
la excelsa corona de Talma y Lekein.

Por eso, olvidando martirio y dolores,
en estos instantes, te sueñas feliz...
al fin los abrojos se cubren de flores,
aplausos nutridos resuenan, al fin.

La gloria del arte tu estudio conquista,
y encuentras más bella, hermano, tal vez,
la humilde corona que ciñes de artista,
que el trono que forma la gloria de un rey.

Prosigue... si espinas te da el escenario,
recuerda la historia sublime de Dios...

Para ir á la gloria se sube al Calvario...
Jamás ha vencido quien nunca luchó.

DOLCE FAR NIENTE

SONETO

Feliz yo que tendido boca arriba,
sin amo, sin mujer, sin nada de eso,
ni me duelo de Job, ni envidio á Creso,
ni me importa que el diablo muera ó viva.

Indiferente á lo que el docto escriba,
en holganza constante me esperezo,
y después de roncar, canto el bostezo,
y después de cantar, Morfeo me priva.

Aquella maldición que Adán nos trajo
de que al hombre le sude hasta su lomo
para comer un poco de tasajo,

por una chanza del Señor la tomo;
pues si yo he de comer de mi trabajo,
entonces, ¿la verdad?... mejor no como.

CUENTO

Erase un pueblo muy desgraciado
de cuyos lares huyó la paz:
en ese pueblo mandaba un indio,
que bien un indio puede mandar.

Los padres curas de aquella tierra
atesoraban riqueza tal,
que su avaricia contó por cientos
lo que lograron atesorar.

Como es el oro en aqueste siglo
el dios que adora la humanidad,
los adoraban como se adora
al adorado Dios de Isaac.

Pero aquel indio, que era un hereje,
quiso á los santos padres robar;
pero los santos ebrios de ira
colgar quisieron al indio audaz.

Y regimientos y batallones
formaron ellos con su caudal,
para hacer guerra á los bandidos
que aquel bandido pudo formar.

Y las legiones de los cruzados,
y las legiones de la impiedad,
en mil combates la sangre hicieron
correr, cual corre manso raudal.

Y en los cadalsos y los combates
doquier sembraron negra orfandad;
en *Haceldama* trocóse el que era
rico de frutos campo feraz.

Al fin el indio venció á los curas,
y al fin quedaron sin capital;
que al fin desnudos los dejó el indio
como nos pintan al padre Adán.

Pero los curas vieron humildes
á un rey altivo de allende el mar,
y le rogaron que les mandara
un reyezuelo, por caridad.

El rey altivo á un reyezuelo
mandó á aquel pueblo de Satanás;
dióle soldados, oro y bajeles
para que al indio pudiese ahorcar.

Mas aquel indio, que no era tonto,
luego que supo que un Majestad

venia á su pueblo para colgarle,
dejó su pueblo sin vacilar.

Ocupó el pueblo el rey parásito,
y fué un remedo de Alí Bajá,
y los curitas lanzaron *¡Hurras!*
porque tuvieron corte imperial.

Mas el tesoro los padrecitos
nunca volvieron á recobrar;
porque el monarca siguió las leyes
expropiadoras de su rival;

pues aunque rubio el rey exótico
era sin duda hereje asaz,
y los curitas en la impotencia
lanzaron ayes por chasco tal.

En tanto el indio desde muy lejos
al rey intruso mandó sitiar,
quien fué vencido en lid horrible
y prisionero cayó además.

Como los indios nunca perdonan,
al prisionero hizo matar,
y su cadáver á otro monarca
mandóle en prueba de su piedad.

La regia fembra del rey difunto
volvióse loca, loca de atar;
porque sus sueños se disiparon,
que son los sueños humo no más.

Alegre el indio como aleluya
volvió su pueblo á gobernar,
y su privanza dióle á un jesuíta,
y en eso dicen que obró bien mal.

Porque jesuíta que clava el clavo
queda al fin dueño de la heredad,
é indio y jesuíta forman, si se unen,
concubinato de Barrabás.

Indio y jesuíta en el gobierno
hicieron tanta barbaridad,
que hasta los suyos se rebelaron
contra el gobierno de aquel Sultán.

El pobre pueblo tembló medroso,
porque la guerra le hizo temblar;
pero el indígena hizo algo bueno:
murió, y su muerte volvió la paz.

Y muerto el indio quedó el jesuíta
del indio muerto en su lugar,
y al pueblo humilde en un programa
prometió mucha felicidad.

A la esperanza los corazones
abrieron todos con dulce afán,
y hasta los curas esperanzados
subieron todos á repicar.

Pero el programa salió borrego
porque el jesuíta, sin amo ya,
sobre la tumba del indio exánime,
ebrio de gozo bailó un can-can.

Después del baile se fué á la mesa
con apetito de Bato y Bras,
y en ella come, y come y come,
y come y come sin descansar.

Al ver su gula todos gritaron:
«¡Misericordia, Dios de Abraham!
Este no es hombre, éste es un monstruo
que á todos juntos nos va á tragar.»

Cuentan que el cielo oyó benigno
de aquellos fieles plegaria tal,
y que entre nubes bajó del cielo
el milagroso San Baltasar,

y que les dijo con voz tonante:
«Fuera temores, ¡voto á Caifás!

que si ese monstruo tragaros quiere,
mi lanza entonces lo evitará.»

. . . .

. . . .

Y sigue el cuento; pero es cansado
y me fastidia tanto contar,
que de fastidio me estoy durmiendo,
y mis oyentes se duermen ya.

LOS HEROES

SONETO

Héroes de carnaval, hijos mimados
de la casualidad, siempre oportuna,
en el poder os miro, sin que alguna
admiración me cause, que menguados

los pueblos, desde tiempos olvidados
fabricaron, sin lógica ninguna,
palacios, para audaces con fortuna,
presidios, para audaces desgraciados.

Ya que al común sentido así se ofende,
dando celebridad á ciertos nombres
cuya grandeza ó pequeñez trasciende,

óyeme, sociedad, y no te asombres:
tu estatura bajísima comprende
quien mide el alma de tus grandes hombres.

HORAS NEGRAS

Huyó la dulce sonrisa.
Nació el sarcasmo sangriento...
J. E.

Coplero á quien inspira el desencanto,
trovador sin futuro y sin amores,
sobre la tumba de mis sueños canto
al colocar mi búcaro de flores.

Odia el mundo mi canto descreído,
el estigma social tiznó mi frente...
cárabo del dolor, cada gemido
me concita el sarcasmo de la gente.

Sin luz el alma la ilusión desdeña,
el pesar no la irrita ni la abate,
y ni la frente envejecida sueña,
y ni el leproso corazón me late.

Repugna á todos mi fatal delirio,
repelen todos mi sufrir eterno,
que brilla en mi aureola de martirio
la fatídica flama del infierno.

Devorado por negra pesadumbre
lanzo en vez de sollozos carcajadas;
porque de infame crápula en la lumbre
arrojé mis creencias adoradas.

En aras de la fe vertí mi llanto;
perdida ya la fe, busqué la orgía;
pero el vicio acreció mi desencanto,
y el vicio, la virtud, todo me hastía.

A mi gastado corazón de lodo
nada, en fin, es capaz de conmoverlo,

y perezoso, indiferente á todo,
no puedo ser feliz, ni quiero serlo.

Mi vida ha sido decepción horrible,
el mundo sin piedad ha envenenado
mi corazón que, un tiempo tan sensible,
no sufre al encontrar un desgraciado.

Y si me duelo del dolor ajeno
mi risa burla ese dolor profundo,
que si á mi corazón queda algo bueno
me da vergüenza que lo sepa el mundo.

Cuando la pena torturó mi vida,
la cruda pena la insulté yo mismo,
porque soberbio disfracé la herida
con el torpe descaro del cinismo.

En el albor de juventud sensible
amaba todo, porque fuí creyente
yo deliré buscando lo imposible
y de mentiras se pobló mi frente.

Yo combatí con ánimo esforzado
contra la saña de mi suerte adversa;
pero en la lucha, atleta fatigado,
sentí agotarse mi gigante fuerza.

Me presentó pensiles engañosos
en su espejo ese mundo fementido,
cual presenta cambiantes primorosos
débil burbuja en su cristal fingido.

Yo también la ilusión vestí de gala
del placer en los cármenes risueños,
yo también de Jacob fijé la escala
para subir al mundo de los sueños.

Soñé con la virtud cándidos lirios
y quise, necio, de ilusión beodo,
subir á la región de los delirios;
pero al querer subir, caí en el lodo.

Yo rebusqué sediento de placeres
de amistad y de amor las emociones,
y turbas mil de amigos y mujeres
vinieron á matar mis afecciones.

Al ver mis sentimientos chasqueados
burlé yo mismo mi amoroso empeño,
y ya no alcé castillos encantados
sobre la base efímera del sueño.

De mi pobre ilusión asesinada
los restos profanó mi ánima impía;
porque el cadáver de mi fe burlada
alumbré con las luces de la orgía.

Y dí culto á ese mundo estrafalario,
y en mi gastada juventud inquieta,
vestido de arlequín subí al calvario
y empapé con mi llanto la careta.

En irritantes goces crapulosos
escarneciendo mi penar ingente,
hice cabriolas y tragué sollozos,
y lleno de ira divertí á la gente.

Mas penitente ya, sufro callando
y consumido de letal tristeza,
por la vía dolorosa voy cargando
la ridícula cruz de mi pobreza.

Histrión á quien el mundo no perdona,
héroe de carnaval, mártir maldito,
un birrete de loco es mi corona
y por túnica llevo un sambenito.

Y nutrido de negras decepciones,
avergonzado en mi vejez, reniego
del enjambre de locas ilusiones
que acarició mi juventud de fuego.

Ilusiones brillantes halagaban
á mi edad juvenil, que yo maldigo,
y sediento de gloria me agitaban
sueños de rey en lecho de mendigo.

Soñé en la gloria con delirio tanto,
fué tal la audacia de la mente loca,
que la gloria de Dios, único y santo,
á mi osada ambición pareció poca.

Mas Dios abate mi soberbia rara,
y encuentro justa la expiación severa;
que si la gloria que soñé alcanzara
Satanás vencedor acaso fuera.

Fué mi sueño una ráfaga ilusoria;
no existe ese laurel que busqué loco,
que para darme mi imposible gloria
el orbe es nada, lo infinito poco.

Para pedir la gloria que yo anhelo
es débil, impotente la palabra;
que desván estorboso encuentro el cielo
do el pensamiento audaz se descalabra.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Ya no me importa mi dolor presente,
ya no me importa mi dolor pasado,
el porvenir lo espero indiferente...
lo mismo es ser feliz que desgraciado.

Sólo ambiciono de fastidio yerto,
cansado ya de perdurable guerra,
al acostarme en mi cajón de muerto
dormir en paz debajo de la tierra.

CANTARES

Te adoré como á una Virgen
cuando conocí tu cara;
pero dejé de adorarte
cuando conocí tu alma.

—

Cuestión de vida ó muerte
son las pasiones,
si alguien lo duda, deja
que se apasione.

—

Las heridas del alma
las cura el tiempo,
y por eso incurables
son en los viejos.

—

Los astros serán, mi vida,
más que tus ojos hermosos;
pero á mí más que los astros
me gustan, linda, tus ojos.

INSOMNIO

Todo está color de tumba:
egoísta el firmamento
ha escondido las estrellas
entre nubarrones densos.

Disfruta, noche callada,
la paz de los cementerios;
y mientras que tú reposas,
yo saturado de tedio,

de bilis y de cansancio
dormir ¡oh noche! no puedo.

que el alma llena de espinas
no halla quietud ni consuelo,

porque mil ideas quemantes
como víboras de fuego,
impacientes se rebullen
en mi excitado cerebro.

Salid, hijas del fastidio;
me estáis picando los sesos,
y quisiera estrangularos,
porque mucho os aborrezco.

Idos, pues, aprisionadas
en el corsé de mis versos,
y no esperéis, necias locas,
ir prendidas con arreglo

á las graves exigencias
de los clásicos preceptos.
Salid sin orden, desnudas,
y os teñiré al ir saliendo,

con la baba que ennegrece
el hocico del tintero,
para que en la luz ridículas
tropecéis con un maestro

que os sacuda las espaldas;
negras hijas de un coplero.
Que su ridículo póstumo
deja en desatinos métricos.

*

¡Cuán tristes ¡ay! son las noches
que abortan en el silencio
fantasmas que tienen vida
con el calor del recuerdo!

Como la sombra oscilante
de escasa luz que está ardiendo

frente al velador, produce
vagos fantasmas inciertos,

de seres que en nuestra historia
una página escribieron;
página que el alma oculta
y está el corazón leyendo;

que nuestras propias ideas
dejan su cárcel de hueso
y se nos ponen enfrente
convertidas en espectros.

Yo, si fijo en el pasado
absorto mi pensamiento,
en la pared vacilar
miro, fugaces, inquietos,

fantasmas que me saludan
con estrambótico gesto,
y aunque carecen de ojos,
me están mirando, lo siento.

A tales fantasmas voy,
sin querer, reconociendo,
á medida que los visto
con girones de recuerdos,

que en un rincón de la mente
puso la mano del tiempo
fantasmas que perceptibles
son más, si los ojos cierro;

porque los miro por fuera,
como los miro por dentro;
porque en la sombra son blancos
y porque en la luz son negros.

Pasad, seres misteriosos,
de la triste noche engendros;
pasad, sombras fugitivas
que aborta el remordimiento

¿Habéis alzado, quizá,
la negra tapa del féretro,
sólo para recordarme
juveniles desaciertos,

ilusiones que pasaron
y creencias que se fueron?...
¡Idos en paz!... ya no soy
el joven de locos sueños,

que en bacanales impuras
y amorosos devaneos,
prodigó á los pies del vicio
las flores del sentimiento.

Pasaron ¡ay! para siempre
y en la nada se perdieron
las bellas horas, en que
el vino, el amor y el juego

hacían hervir en mi frente
fascinadores ensueños,
cuando con alguna hermosa
cambiando quemantes besos,

el adulador perfume
del oriental pebetero,
embriagaba mis sentidos
en humo espiral subiendo.

De aquellos placeres locos,
nada queda... Ahora tengo
la frente sin ilusiones,
el bolsillo sin dinero,

sin esperanzas la vida
y el corazón sin afectos:
no soy aquel cuya alma
ardorosa hasta el extremo

fué como chispa que brota
del yunque de los infiernos:

hoy, pobre, triste, impotente,
soy un desgraciado viejo,

sin horizontes, sin fuerzas,
y á quien el destino acerbo
encadena con harapos
al poste del sufrimiento.

Pronto voy á descansar,
el sepulcro no está lejos;
años, orgias y pesares
me empujan á él... ¡Por el cielo

que de este planeta inmundo
salgo de fastidio lleno,
porque la existencia en él
es un continuo tormento!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Habrá sueños en la tumba?
¿Y qué soñarán los muertos?
¿Descenderán los fantasmas
de la húmeda tierra al seno,

y así, cual celestes nubes
forman caprichos diversos,
en otras nubes de sombra
flotantes crespones negros,

fingirán al sepultado
con lúgubre movimiento
lápidas, tumbas y cruces,
calaveras y esqueletos?...

¿Se duerme en el ataúd
para despertar de nuevo?
¿También la muerte es mentira?
¿También se nace muriendo?

¿Tuve antes otra existencia?
Entonces, ya he sido muerto,
y de otra tierra en el vientre,
quizá de gusanos feto

fuí, para venir al mundo
que de corazón detesto.
¿Es el hombre, por desdicha,
infatigable viajero,

cómico de lo infinito
que hace papeles diversos,
cambiando en cada planeta
de traje, y tal vez de sexo?

Cuando acabe mi papel
en este sainete necio
y cubra el telón de tierra
mi pobre cadáver yerto,

¿iré bajo nueva forma
á Saturno, á Marte ó Venus,
para volver intangible
evocado por un *médium*,

á decirle barbarismos
anfibológicos, délficos?
¿Hay otra vida tras ésta?
¿Es la tumba un punto negro

colocado por la muerte
entre la nada y el sueño?...
Y qué ¿cuándo el estertor
se lleva el postrer aliento

va á perderse en el vacío
el espíritu?... ¡No es cierto!
Si fuera así, ¿para qué
puso Dios en mi cerebro

un águila que atrevida
con alas de pensamiento

se remonta en un instante
á la cumbre de los cielos,

y aun allí le falta espacio
y aun allí le sobra vuelo?

. . . .
. . . .

¿Es la muerte nada más
un letargo cataléptico?
¿Inmóvil en el sepulcro
oiré zumbar el silencio?

¿Veré la luz de la sombra?
¿Lamentaré mi aislamiento?
¿Aprisionado en mi caja
me torturará el recuerdo

del sol, del aire y las flores,
y del claro azul del cielo?
¿Creeré que la que idolatro
me olvida en brazos ajenos,

y quemará mi cadáver
la horrible rabia del celo?
¿Me ocurrirá que mis hijos,
pobres, débiles y huérfanos,

mendiguen ¡ay! un mendrugo
de pan humillante y negro?
. . . .
¡Qué! ¿me llevará el demonio
á su detestable averno

para que arda eternamente
con uñas y cola y cuernos,
con cuernos, aunque me vaya
á los abismos soltero?...

¡Oh Satanás, Satanás!
¡Yo condenarme no puedo,

porque tu orgullo y mi orgullo
no cabrian en los infiernos!...

¿Iré al Purgatorio entonces
para estar allí sufriendo,
hasta que me saque el cura
con sus responsos de á medio?

¿Me veré, ¡dicha inefable!
en el diamantino cielo
con alas en las costillas
entonando un himno eterno?...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Qué es la muerte? ¡qué sé yo!
¿La vida?... no la comprendo.
¿Qué soy? ¿qué fuí? ¿qué seré?...
Misterio, ¡siempre misterio!

¡Maldita sea la razón!
La razón no es luz, es fuego,
fuego que al quemar el cráneo
vuelve ceniza el cabello.

¡Feliz el que no razona,
feliz quien vive creyendo,
feliz, feliz quien disfruta
la dulce quietud del sueño,

sin que mil ideas malditas
al brotar de su cerebro,
se le coloquen enfrente
bajo la forma de espectros!

EPIGRAMAS

Al cortarse un usurero
las uñas, exclamó Lino:
Va á perder este grosero
lo único que tiene fino.
Recortadas, las tiró
saliéndose á poco rato;
vino su gato, las vió,
y le dió hipertrofia al gato.

*

Entraba un recién casado
al taller de un peinetero,
y oliendo á cuerno quemado
se paró muy asustado
á sacudir el sombrero.

*

Iban á matar un chivo,
y Cenobio lo evitó.
Su mujer le preguntó:
¿Para qué lo quieres vivo
cuando es inútil así?
El dijo entonces: «Señora,
lo que hago por él ahora
mañana lo harán por mí.»

*

Inés mira con enojo
á Pablito el diminuto;
pero el rico don Canuto
ese sí le llena el ojo.

*

«Qué tonta es mi hija Librada,»
dijo el buen Juan Acevedo;
sólo mi hija la casada
esa no se mama el dedo.

*

Casó la niña Villegas
con un rico, sordo y mudo;
porque resistir no pudo
al poder de sus talegas.

EXTRAVAGANCIAS

Regnum meum non est de hoc mundo.
Jesús de Nazaret.

I

Si la indolencia es tu norte,
alma loca y atrevida;
si no te importa la vida,
nada perderla te importe.
Deja que la muerte corte
mi esqueleto baladí;
porque extranjera ¡ay de ti!
en el mundo en que no cabes,
lo que te falta no sabes,
pero tú sobras aquí.

II

Reina altiva destronada
que á tus verdugos insultas
y llanto de sangre ocultas,
sufriendo incomunicada.
Ya que la suerte irritada
te pone su faz tan seria,
ojalá que la materia
Dios á mi tumba la mande;
porque te siento muy grande,
y aquí no hay más que miseria.

III

Tú á quien destino iracundo
hace un infierno sufrir,
puedes con Cristo decir:
No es mi reino de este mundo.
Y qué ¿al dejar el inmundo
planeta, en que los malvados
son los bienaventurados,

alma, irás á que te quemen
á ese otro infierno que temen
los espíritus menguados?

IV

Tras de tu negra orfandad
y tu negra pesadumbre,
¿irás al antro de lumbre
por toda una eternidad?...
Levántate ¡por piedad!
No te acobarde el averno,
que si es tu destino eterno,
y eres tú soplo divino,
el aliento de Dios trino
¿podrá arder en el infierno?

V

Tu porvenir es de flores
en ese cendal de estrellas,
do tal vez alguna de ellas
te encante con sus fulgores,
y quizá de tus amores
cierre con su amor la historia...
sacude la vil escoria,
vete á la región bendita;
porque Dios te necesita
para que aumentes su gloria.

VI

Muy pronto estarás allí,
libre del sucio capuz,
y bañada en mar de luz,
de una luz que no hay aquí,
en palacios de rubí
dicha inefable gozando,
te espaciarás, encontrando,
vaporosos y tangibles,
esos mundos imposibles
que te fingiste soñando.

VII

Que tu vuelo se remonte,
águila regia, nacida
para cruzar atrevida
espacios sin horizonte.
Disponte á partir, disponte,
que ignoro por qué delito
en este cuerpo maldito,
alma infeliz, te encadenas
tú á quien apenas, apenas
podrá bastar lo infinito.

VIII

Dios que los astros enciende,
te impuso por expiación
solitaria reclusión,
que alma á quien no se comprende,
es idioma que no entiende
ninguno; luz eclipsada;
vestal en vida enterrada;
niña que de hambre expirando
hace un esfuerzo gritando
en el destierro, olvidada.

IX

¿Por qué con tanta ansiedad
buscas lo desconocido?
Díme, ánimo, ¿qué has perdido
en la etérea inmensidad?
¿No ves que tu vaguedad
sirve á la razón de velo,
y que tu febril anhelo
risa insultante provoca?...
¡Alma infeliz!... ¡si eres loca,
busca tu jaula en el cielo!

A J***

(EN SU DIA)

Junto á ti no mido el tiempo
ni sé las horas contar,
porque de cuentas no sabe
quien sabe amar nada más;

y los números no entran
al bello Edén ideal,
donde las almas unidas
con lazos de amor están.

Por eso, mujer, ignoro,
hoy que brilla tu natal,
cuántas horas á tu lado
pasé de felicidad.

Linda flor que en mi camino
le plugo á Dios colocar,
para que aspire mi alma
su perfume celestial.

Eres tú, mujer preciosa,
el blanquísimo fanal
que los ángeles encienden
de mi existencia en el mar.

Eres la maga sublime,
que con tu amor divinal,
lo imposible de mi sueño
conviertes en realidad;

porque en tu mirada puso
Dios su poderoso *fiat*,
y mundos mil de ilusiones
tiene el poder de crear.

Por eso yo te idolatro
con ternura sin rival;
porque eres tú para mí
lo que el gusto al paladar,

lo que la luz á los ojos,
lo que la frente á la faz,
lo que la sangre á las venas,
lo que al pecho el palpitar,

lo que al alma el sentimiento,
lo que el acero al imán,
y lo que el aire á la vida;
que mi alma nada más

siente lo que tu alma siente,
goza si te ve gozar;
¿por qué si mi alma y la tuya
una sola forman ya,

parecen dos?—Porque somos
espejo de cada cual,
y es propiedad del espejo
los objetos duplicar

¡oh! quién pudiera expresarte
la inmensa felicidad
que hoy disfruto, porque vives
en la tierra un año más,

y porque te adoro este año
más que el que ha pasado ya,
y te adoraré el que viene
más que éste que va á pasar;

que mi amor es una escala
ascendente, sin final,
y te amo, como nadie
amó en el mundo jamás.

CRAPULA

In vino veritas.
Erasmo.

I

Dadme vino, y barajas, y mujeres,
porque la vida se me va escapando;
quiero reir en báquicos placeres,
porque estoy con el alma sollozando
quiero soñar con Capua y con Citérea,
que me está la razón asesinando;
quiero con el licor beber la vida,
quiero burlarme de mi fe perdida.

II

Quiero beber.—Estoy desfallecido,
mi corazón leproso se entumece.
Cuanto puede sufrirse yo he sufrido;
dejad que el vino mi cabeza abrume,
que en la crápula estúpida me olvido
de la vida real que me consume:
dejad, dejad, que cínico, beodo,
pierda al fin la razón quien perdió todo.

III

Creí que mi ilusión era posible;
pero hallé entre miseria y podredumbre
de la yerta verdad la faz horrible:
hoy me devora negra pesadumbre,
que al buscar en mi sueño lo imposible
me desperté del Gólgota en la cumbre;
y como Cristo en medio del tormento,
os pido de beber... estoy sediento.

IV

¡Sus!... ¡á beber!... Decapitad botellas...
guerra al dolor, á la locura paso.
¡Choque el cristal!... las ilusiones bellas
en el fondo buscad de vuestro vaso...
¡Divinas libaciones! yo por ellas
me siento arrebatado hasta el Parnaso
como fué arrebatado de improviso
el hijo de Sabaca al Paraíso.

V

Baco, Noé, sublimes bebedores,
titánicas figuras de la historia;
coronados de bácaras y flores
debéis estar en la celeste gloria.
De Baco á la salud brindo, señores,
y de Noé bendigo la memoria;
porque siento al beber que el alma crece,
y lo grande pequeño me parece.

VI

Y brillan mis harapos humillantes,
y levanto mi frente de maldito,
enano que desprecio á los gigantes;
infeliz que piedad no necesito;
Job con regia corona de brillantes;
gusano que me arrastro en lo infinito,
cuando bebiendo mi cerebro inflamo
¿quién más que yo?—como Satán exclamo.

VII

Licor divino, emanación del cielo,
galvánico motor de alma caída,
fuego de inspiración, luz de consuelo,
bezoar contra el veneno de la vida;
tú das calor de la vejez al hielo,
y finges dicha al que la ve perdida,

Hosanna á ti, á quien el orbe ingente
te consagra su culto reverente.

VIII

Es de dioses la sangre *icor* divino,
según la tradición de los paganos,
y la sangre de Dios vuélvese vino,
aseguran católicos romanos.
Reveladme iniciados, por San Lino,
de la cuba los místicos arcanos,
y si queréis que yo me santifique
predicad que en la gloria hay alambique.

IX

Servid licor.—Si en duelo fatigoso
arrastráis una vida desgraciada,
bebed con fe, el líquido precioso
es piscina del alma desahuciada:
en báquico espejismo primoroso
yo miro una esperanza dibujada,
y sueño un porvenir indeficiente,
que brilla ante mi *ephata* omnipotente.

X

Doquiera culto tributar se mira
del Dios de Nisa al néctar soberano:
por su *kúmis* el tártaro delira,
y por el *braga* el indio siberiano:
el *saki* al japonés placer inspira;
hace el *neutle* feliz al mejicano,
y agradecido el universo todo
bendice á Baco, al empinar el codo.

XI

Vaga el hombre por áspero camino
soñando luz entre tiniebla oscura,
y marcha, marcha errante peregrino
sin voluntad, ni objeto, ni ventura:

al antojo le arrastra su destino
como arrastran los vientos la basura,
que su propia razón le desorienta
y sólo el vino su ilusión alienta.

XII

Somos en manos del destino loco
lo que en manos del niño la pelota,
es nuestra mente de ilusiones foco:
al sentirlas morir, el vicio brota;
y caen las creencias poco á poco
como el agua destila gota á gota:
yo que sufrí terribles decepciones
encuentro en el licor mis ilusiones.

XIII

Yo que presa de bárbaro ateismo
á renegar de la amistad me atrevo,
cuando bebo, depongo mi egoismo,
y hermano soy del hombre con quien bebo.
Engañado por báquico espejismo
el santo afecto de amistad renuevo,
y de Diógenes quiebro la linterna
al pasar el dintel de la taberna.

XIV

Yo dudo del amor, falso es en todo:
el amor es un duelo en que *uno* muere;
amor no es redención, es negro lodo,
y ¡guay de aquel á quien su arpón le hiere!
Más *juicioso* que amar, es ser beodo;
mi corazón á la amistad prefiere,
á quien sufre cual yo, le doy la mano,
y bebe de mi copa y es mi hermano.

XV

Renegad del amor.—Vivan las bellas
copas, á las que doy sabrosos besos,

porque en los labios cristalinos de ellas
están los goces del Edén impresos.
Amo tanto las copas y botellas,
que me llena de envidia hasta los sesos
el mosquito sinóptico que boga
en rojo vino, hasta que en él se ahoga.

XVI

Quien nada espera ya, maldice al mundo,
y nada espero yo, todo he perdido
sufre el alma tormento sin segundo.
El licor es un bálsamo querido
que hace olvidarme de mi mal profundo.
Viejo, enfermo del alma, descreído,
sólo vivo, lo juro sin empacho,
con la vida ficticia del borracho.

XVII

Allá en mi juventud de fuego llena
volaba audaz mi fantasía de loco,
cual vuela el grano de caliente arena
arrebatado en alas del siroco:
mi alma otro tiempo compasiva y buena
emponzoñada está. La verdad toco,
y bebiendo, bebiendo soy felice
magüer la sociedad se escandalice.

XVIII

Sociedad exigente y corrompida;
lujuria en el altar santificada;
severa mojigata descreída,
Safo de Sor Teresa disfrazada;
ramera de pudor enrojecida;
reina loca de cieno coronada;
adúltera que audaz alzas el dedo,
yo, ni borracho, respetarte puedo.

ABROJOS

I

Siempre desgraciado fuí
desde mi pequeña cuna
á la incansable fortuna
de juguete le serví;
la noche en que yo nací
tronaba la tempestad,
y alaridos de ansiedad
la gente aturdida alzaba;
porque el cólera sembraba
el terror y la orfandad.

II

¡La niñez!—edad que vela
el ángel de las sonrisas,
y entre flores, juego y brisas
sin sentir el tiempo vuela.—
Esa edad amarga estela
dejó sobre mar de llanto;
porque sufrí tanto, tanto,
en aquella edad de armiño,
que en mis recuerdos de niño
comienza mi desencanto.

III

Vino después otra edad,
y pasiones irritantes
se alzaron, como bramantes
olas, en la tempestad.
Me desbordé en la maldad,
cual se desborda el torrente,
y entre crápula indecente,
y en indecentes amores,

sequé del alma las flores,
cubrí de sombra la frente.

IV

En mi tormento prolijo,
al cielo á veces acudo;
pero ¡ay! el cielo está mudo
para el hombre á quien maldijo.
En vano, en vano me aflijo
por la esperanza extinguida,
y aunque mi ya envejecida
frente, de pesar se abrasa,
no vuelve la edad que pasa,
ni vuelve la fe perdida.

V

Tiene luto el corazón
como de noche el desierto,
y, como *toque de muerto*,
tristes mis cantares son.
Es fúnebre panteón
la fatigada memoria,
donde en ánfora mortuoria
vino el tiempo á recoger
las imágenes que ayer
fueron el sol de mi gloria.

VI

Nutre incisivo sarcasmo
mi sonrisa de amargura,
y es el pecho sepultura
donde yace el entusiasmo.
Presa de horrible marasmo
desfallece el alma impía;
y en fatal melancolía,
y en estúpido quietismo,
parece que en mi sér mismo
hay un germen de agonía.

VII

Inclino con desaliento,
entre brumas de tristeza,
la encanecida cabeza
que rasa el remordimiento.
Y hostigado hasta el tormento,
de la mundana balumba,
grito, con voz que retumba
cual rayo que lumbre vierte
¡ábreme tus brazos, muerte!
¡trágate mi cuerpo, tumba!

AMOR

¿Por qué si tus ojos miro
me miras tú con enojos,
cuando por ellos deliro,
y á la luz del cielo admiro
en el éter de tus ojos?

Cansado de padecer
y cansado de cansarte,
y queriendo sin querer,
finjo amor á otra mujer
con la ilusión de olvidarte.

No es mi estrella tan odiosa:
que en fugaces amoríos,
como ave de rosa en rosa
yo voy de hermosa en hermosa,
y no lamento desvíos.

Pero el favor de las bellas
irrita más la pasión
que ardiente busca tus huellas,
y al ir mis ojos tras ellas,
vuela á ti mi corazón.

Así un proscrito tenía
goces en extraño suelo,
y volvió á su patria un día
por mirar en su agonía
la linda luz de su cielo.

De ti proscrito y dejando
las rosas por tus abrojos,
vuelvo á tus pies suspirando,
por mirar agonizando
la linda luz de tus ojos.

A UNA JALAPEÑA

SONETO

Dicen que es tu alma, noble Clementina,
ardiente y pura como luz febea,
que la gloria del ángel centellea
en tu mirar de fuego, que fascina.

Dicen que el ave que en el bosque trina
te dió su voz con que el mortal recrea;
dicen, en fin, que excede á toda idea
tu hermosura suprema, que domina.

Ya que formas un tipo sin segundo,
ven á brillar al mejicano suelo,
aunque entre sombra, con dolor profundo,

quede sin ti Jalapa en desconsuelo,
cual quedara sin luz el ancho mundo,
cual quedara sin Dios el claro cielo.

DIOS

Espíritu de fuego sagrado y rutilante,
tu voz la voz domina de ronca tempestad,
y soles mil coronan tu frente de gigante,
y brilla en tu mirada excelsa majestad.

Señor, tú eras antes que todo lo creado,
antes que fuera el tiempo, Señor, ya eras tú,
el sér de gloria lleno tú sólo te lo has dado,
tú sólo te formaste de tu espléndida luz.

Señor, eres más grande que todo lo que existe;
la cima de los astros es sima para ti;
Señor, tú de la nada al orbe suspendiste,
y pléyades brillantes colgaste en el zafir.

Es tu dosel de estrellas, de luz es tu palacio,
irradia luz de gloria tu espíritu inmortal;
eres quien desplegaste el viento en el espacio,
eres quien extendiste las aguas en el mar.

Tú eres, Dios divino, el Dios omnipotente;
los cielos y los mundos brotaron á tu voz;
un límite le puso tu voz al mar ingente,
y al hombre, dios pequeño, tu soplo le animó.

Retiemblan, si te irritas, los ejes de los cielos;
el rayo se estremece, el sol cubre su faz;
humillan las montañas su frente hasta los suelos,
las fieras dan rugidos, solloza el huracán.

A tu voz imperiosa los astros se oscurecen,
se rasga de los cielos el diáfano zafir;
los mundos se desquician, los mares desparecen,
el sér vuelve á la nada, si lo mandas así.

Tú eres luz sublime del cielo y de la tierra,
eres principio eterno de sempiterna luz;
eres la vida sola de cuanto el orbe encierra;
ante ti todo es nada, porque eres todo tú.

Los pueblos y los reyes desfilan presurosos,
y tiempos sobre tiempos se hacinan á tu pie;
y en nada convertidos se pierden, silenciosos,
en ese mar de sombra, callado del no ser.

Eres tú sólo eterno, omniscio, impenetrable,
son nube pasajera los siglos ante ti;
ninguno te conoce, que tú eres impalpable,
pero doquiera se oye tu nombre bendecir.

Señor, eres el *Eter* que Zenón adoraba,
el «Todo» que Pitágoras sumiso veneró,
el *Sér indestructible* que Platón deificaba,
la *Universal justicia* que soñó Cicerón.

Tú eres el Jehová del pueblo de Judea,
y del remoto chino tú eres el Xantí;
eres el sol brillante que á Cartago recrea,
eres del persa el fuego, en él adora á ti.

Eres el Dios que adoran los astros y las nubes,
un himno te levantan los vientos y la mar;
la flor te da su aroma, su canto los querubes,
las aves te consagran su trino matinal.

Tú diste á la oropéndola su traje de colores,
capullo á los gusanos, á las abejas miel,
á las arañas tela y púrpura á las flores,
cubil á los leones y las aguas al pez.

Del arca de Noé la brújula tú fuiste,
y tu brazo detuvo el brazo de Abraham;
libraste á Lot del fuego que en Sodoma encendiste,
de la ballena libre salió por ti Jonás.

A Moisés de las aguas del Nilo tú salvaste,
y le hiciste de un pueblo manumisor feliz;

tu Código en las Tablas por dárselo grabaste:
tus rayos coronaron de luz el Sinaí.

Eres quien dió la ciencia infusa á los profetas,
que el velo del futuro lograron levantar;
por ti ellos inspirados, sublimes y poetas,
al orbe predijeron grandiosa una verdad.

Hiciste al Nazareno el Sabio entre los sabios,
por ti brilló en su frente de redención la luz;
y aunque con vil brebaje humedeció sus labios,
el héroe del martirio, el ángel de la Cruz,

oró por sus verdugos con santidad extrema,
y en hórrido tormento morir supo cual Dios:
por eso ante la Cruz, de oprobio un tiempo emblema,
humilde y de rodillas la humanidad cayó.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

A ti, Dios de los hombres, cuya eternal historia
escrita con tu sangre en el cadalso fué;
sublime ajusticiado, monarca de la gloria,
que fuiste de los hombres la víctima también;

á ti, raudal de soles que inmensos reverberan
doquier multiplicando sus rayos mil y mil;
á ti, la eterna dicha que los hombres esperan,
á ti del alma eterna, eterno porvenir;

á ti, Señor, te ruego con ánima gastada,
que de mi tumba oscura la puerta se abra ya:
arrastro una existencia, maldita, desgraciada,
mis horas son más negras que el alma de Satán.

Pobre mártir, oscuro, coplero estrafalario,
un cáliz de amargura también apuro yo;
y, como Cristo el justo, también hallé un Calvario,
y sufro aquí tormentos que nunca El conoció.

Es un presente horrible la vida que me diste,
la vida tan amarga que yo no te pedí:
Señor, ya no soporto la vida mustia y triste;
devuélveme á la nada... ó llévame hacia ti.

A UNA EXBELLA

¿Eres tú?... ¿Eres tú la fada hermosa
á quien rendí mi corazón ingente?
¿Eres aquella peregrina diosa
que despreció mi culto reverente?...
¡Vade retro! ¡infeliz!... vieja asquerosa,
negro cadáver de ilusión ardiente,
poema de un amor santo, divino,
forrado en indecente pergamino.

¡Oh cuánto, cuánto padecer me hiciste
y con cuánta vileza me engañaste!
de mi llanto de fuego te reiste,
de mi fe candorosa te burlaste.
Todo al fin acabó... tú lo quisiste,
que en la senda del vicio te arrojaste,
y has encontrado en esa cloaca impura
una vejez infame y prematura.

Tu boca ayer fragante como rosa,
depósito de perlas inocentes,
se ha convertido en cueva tenebrosa
donde bailan un par de flojos dientes;
y tu crencha tan fina, tan sedosa,
es ya mechón de canas indecentes;
¿y así te amaba yo?... ¡terrible chasco!
si lo que inspiras tú es sólo... asco.

Pobre mujer, en tu vejez temida,
en la horrible vejez que da coraje,
eres muerta ilusión, fruta podrida,
árbol seco, cenizo, sin ramaje;
mariposa en gusano convertida,

pavo real desnudo de plumaje:
y qué ¿tu porvenir no te acobarda?...
vete ¡por Dios!... el hospital te aguarda.

*

Como el viento, fugaz es la hermosura;
es el lujo fantástica quimera:
las flores se convierten en basura,
los trajes van á dar á la hilachera
y la epidermis de sin par blancura
es el forro de horrible calavera,
y los ojos brillantes, primorosos,
se vuelven agujeros asquerosos.

SU RECUERDO

CANCIÓN

Bajo el ciprés doliente que vigila
de tus restos la tumba funeraria,
quiero elevar mi férvida plegaria
al trono del Señor.

Fué tu cuerpo clavel que al rayo ardiente
del sol, despliega el rojo terciopelo,
y marchito después por cano hielo
se dobla sin color.

Tu alma es como la bella mariposa
que dejó su crisálida sin pena,
por elevarse de atractivos llena
al cielo de zafir.

Allá do moras en eterno alcázar,
unida á tus hermanos los querubes,
al que reside en opaladas nubes
suplícale por mí.

SIN FE Y SIN AMOR

I

Arrastro una vida
de luto y dolor;
á todos les choco,
me choco hasta yo;
y todos los hombres
me excluyen, que soy
en medio de todos
maldita excepción.
Encina tronchada
del viento al furor,
mi copa gigante
la tierra besó.
Murió la esperanza,
murió el corazón,
que grande, hervoroso,
un tiempo asiló
excelsas virtudes
y vil corrupción.
Virtudes y vicios
luchando perdió,
y amorfo, sangriento,
cadáver es hoy
que duerme en la tumba,
sin fe, sin amor.

II

Mis horas cubiertas
de negro crespón,
pesadas, iguales,
rodar miro yo.
Esferas de sombra
que bajan, y son
como almas que bajan

malditas de Dios,
al orco, de horrores
eterna mansión.
Si aúlla doliente
el alto reloj,
yo te oigo, lo mismo
que el grito de horror
que arroja quien sufre
tormento feroz;
como eco lejano
de agudo esquilón
que *dobla,* pidiendo
piedad al Señor,
para un bandolero
que en la horca expiró;
como ese gemido,
ese ¡ay! de dolor
que da al reventarse
del harpa el cordón.
¡Qué lentas transcurren
las horas ¡oh Dios!
del hombre que hollando
punzante cambrón
camina en la tierra,
sin fe, sin amor!

III

Mi historia es historia
de mártir histrión;
sainetes y dramas
conozco, que yo
he sido en el mundo
genérico actor.
Con frailes menores
tranquila pasó
mi edad inocente,
y el padre rector
latín y consejos
conmigo perdió;
que frailes y claustro
dejé sin temor,



Bajo el ciprés doliente que visita.

PLAZA — *Su recuerdo.—Página 62*

y en mil aventuras
perdí el corazón.
Soldado en las filas
de Marte feroz,
vestido de loco
serví de sayón,
Chinaco más tarde,
sin ley y sin Dios,
escenas horribles
miré sin horror;
y pueblos he visto
que el hacha incendió,
envueltos en llamas
de rojo color.
Crugir, como cruge
rugiente crisol,
y en negros escombros
de altar, mi bridón
su huella sangrienta
soberbio dejó.
Por eso de todo
cansado ya estoy;
conozco los goces,
conozco el dolor,
los salmos del coro,
la voz del cañón,
la faz de los campos,
del mar el furor,
la horrible mazmorra,
el rico salón;
conozco lo bueno,
lo malo y peor;
yo sé de banquetes,
y de hambre sé yo;
me son familiares
la *Regla y Colón;*
desprecios y aplausos
el alma probó,
el alma que vive
sin fe, sin amor.

IV

Más triste que tumba,
más pobre que Job,
yo sufro en la tierra
fatal expiación.
La edad inflexible
mi frente rugó;
mi cuerpo inclinado
remeda una hoz,
mi barba y cabellos
de nieve ya son;
mi espíritu ardiente,
su fuego perdió;
mis piernas se doblan,
balbuce mi voz,
¡Adiós, ilusiones
divinas de amor,
adiós, esperanzas,
placeres, adiós!...
¡Oh, muerte, yo pido
que des por favor
un lecho de polvo,
allá en un rincón,
al pobre viandante
que al fin se cansó,
y llama á tu puerta
sin fe, sin amor!

UN ANGEL

SONETO

Gentil, preciosa, de crespón cubierta
ángel-mujer, sublime, sin defecto,
entróse á un *casuquín* de sucio aspecto
á la vez que de allí salió una tuerta:

y yo, sintiendo la ilusión despierta
al blando impulso de inocente afecto,
quise saber quién era, y al efecto,
pregunté á la mujer que vi á su puerta:

«¿Quién es el ángel divinal, muchacha,
que entró á esa casa cuando tú salías?»
Y la tuerta, soez y vivaracha,

dijo riendo ante las barbas mías:
«Qué ángel ha de ser, ni *quiojo diacha*,
si es Nicanora la *den cá Matías*» (1).

AMOR IDEAL

Á ***

I

¡Santo cielo! ¿Quién diría
que tan grande amor sintiera,
que ardiente llanto vertiera
por ti, de noche y de día?
En mi existencia sombría
un infierno has colocado;
porque en mi sér desgraciado
despertaron tus miradas,
ilusiones olvidadas
en la tumba del pasado.

II

Sin fe, sin luz ni emociones,
desgraciado y orgulloso,
llegué á la edad del reposo
burlando las ilusiones;
pero al verte, mis pasiones

---

(1) Individuo que en Méjico vive de cierto tráfico.

sacudieron su beleño,
porque sentí con empeño
la sed de amor infinito,
y ardió mi cráneo maldito
con la fiebre del ensueño.

III

Sufriendo, la muerte llamo,
la vida me desespera;
porque á ti, ¡quién lo creyera!
más que á mis hijos te amo.
Desde que en amor me inflamo,
todo gira indiferente;
pienso en ti exclusivamente
y soy con ellos mal padre...
tú, mujer, tú que eres madre,
¿comprendes mi amor ingente?

IV

¿Por qué te amo?—No lo sé.
¿Quién eres tú? No pregunto;
sólo sé que desde el punto
en que te vi, te adoré.
Por mi mal adiviné
que á tu alma huérfana, sola,
bárbaro destino inmola,
y te di mi fe profunda;
porque á tu frente circunda
del martirio la aureola.

V

Te amo con idolatría,
te amo hasta la timidez,
te amo, como en la niñez
amé á la Virgen María.
Aunque es mi pasión impía,
la esperanza que acariño
es casta como el armiño
y como el fuego quemante;

porque tengo alma gigante,
pero corazón de niño.

VI

Siempre te veo... ¿lo creerás?
huyéndote siempre estoy:
á donde tú vas yo voy,
y voy cuando ya te vas,
donde estuviste y no estás,
triste, silencioso, aislado,
permanezco allí extasiado
en aparente sosiego,
y, al fin, con lágrimas riego
la tierra que tú has pisado.

VII

Cuando no sales, señora,
temo ya no verte nunca,
y queda mi vida trunca
como noche sin aurora.
Triste, cual niño que llora
cuando huérfano despierta,
veo la calle tan desierta
por donde pasas día á día,
como la cuna vacía
que deja una hija muerta.

VIII

Intento darme la muerte,
porque á los muertos envidio;
pero me espanta el suicidio,
porque morir es no verte.
Si del cadáver inerte
el muerto cráneo soñara
y el corazón palpitara,
te juro, mujer preciosa,
que entre el polvo de mi fosa
un altar te levantara.

IX

Si existiere un más allá
de gloria ó condenación,
mi volcánica pasión,
eterna, eterna será;
y si Dios justo, quizá
por lo que sufro y sufrí
me reserva gloria á mí,
yo, que jamás he rogado,
le rogaré arrodillado
que te dé mi gloria á ti.

X

Basta ya... secreto lloro
comprendo que tu existencia
destruye, y en la impotencia
tu horrible pena deploro.
¡Adiós, mártir!... yo te adoro;
pero ya no te lo digo,
porque pobre, sin abrigo,
sólo tengo ¡maldición!
lágrimas del corazón
para verterlas contigo.

ES

Mi cuerpo un armazón de vil basura,
mi espíritu una sombra de tristeza,
mi corazón un cáliz de amargura,
y un ánfora de sueños mi cabeza
donde guarda delirios la locura.

AL DEJAR EL COLEGIO

Para una señorita.—En una distribución de premios

Ciencia, venero de saber constante,
del Mártir-Redentor fúlgida palma.
Pitonisa de trípode brillante,
Tabor de luz que transfigura el alma.

Reina que todo sin luchar conquista,
maná del alma que entre luz desciende,
estanque de Siloe que da la vista,
blanquísimo fanal que Dios enciende

vestal cuya pureza no se iguala,
que el fuego inspirador guardas con celo
y eres ¡oh Ciencia! de Jacob la *scala*
que al espíritu audaz remonta al cielo.

Lindo sol que las nubes tornasola,
arcángel de grandiosa omnipotencia;
eres de Dios espléndida aureola,
eres el mismo Dios: Dios es la Ciencia.

*

Años hace que yo, niña ignorante,
vine á este centro para mí bendito,
la virtud siempre aquí tuve delante,
un génesis de luz aquí vi escrito.

Aquí de la virtud al soplo leve
sentí correr mi plácida existencia,
bajo las alas, blancas como nieve,
del ángel tutelar de la inocencia;

escuché de moral voces divinas
como de arpa eólica los preludios;

aquí corté mis rosas sin espinas,
entregada al placer de los estudios.

Aquí al albor de mágicos abriles
brilló feliz mi virginal estrella,
y feliz en mis juegos infantiles
resbaló de mi vida la edad bella.

Por eso devorando mi amargura
de este plantel á mi pesar me alejo:
tiernas amigas de la infancia pura
al deciros adiós, el alma os dejo.

A UN ANGEL CAIDO

SONETO

Bella y feliz, señora respetada,
fuiste en áureo salón reina preciosa;
mas te dejó la suerte caprichosa
sin hijos, sin honor, sin fe, sin nada.

Por quemante despecho arrebatada
hoy que vives en crápula estruendosa,
eres más que el cinismo escandalosa,
y más que la desgracia, desgraciada.

Te comprendo ¡infeliz! porque infinita
amargura también guarda mi seno;
y también como tú, mártir maldita,

me revuelco en un Gólgota de cieno;
que la inmensa desgracia necesita
retar al mundo y maldecir lo bueno.

A UNA RAMERA

Vitium in corde est idolum in altare.
San Jerónimo.

I

Mujer preciosa para el bien nacida,
mujer preciosa por mi mal hallada,
perla del solio del Señor caída
y en albañal inmundo sepultada;
cándida rosa en el Edén crecida
y por manos infames deshojada;
cisne de cuello alabastrino y blando
en indecente bacanal cantando.

II

Objeto vil de mi pasión sublime,
ramera infame á quien el alma adora,
¿por qué ese Dios ha colocado, dime,
el candor en tu faz engañadora?
¿Por qué el reflejo de su gloria imprime
en tu dulce mirar? ¿Por qué atesora
hechizos mil en tu redondo seno,
si hay en tu corazón lodo y veneno?

III

Copa de bendición de llanto llena,
do el crimen su ponzoña ha derramado;
ángel que el cielo abandonó sin pena,
y en brazos del demonio se ha entregado;
mujer más pura que la luz serena,
más negra que la sombra del pecado,
oye y perdona si al cantarte lloro;
porque, ángel ó demonio, yo te adoro.

IV

Por la senda del mundo yo vagaba
indiferente en medio de los seres;
de la virtud y el vicio me burlaba;
me reí del amor de las mujeres,
que amar á una mujer nunca pensaba;
y hastiado de pesares y placeres
siempre vivió con el amor en guerra
mi ya gastado corazón de tierra.

V

Pero te vi... te vi... ¡Maldita hora
en que te vi, mujer! Dejaste herida
á mi alma que te adora, como adora
el alma que de llanto está nutrida:
horrible sufrimiento me devora,
que hiciste la desgracia de mi vida;
mas dolor tan inmenso, tan profundo,
no lo cambio, mujer, por todo un mundo.

VI

¿Eres demonio que arrojó el infierno
para abrirme una herida mal cerrada?
¿Eres un ángel que mandó el Eterno
á velar mi existencia infortunada?
¿Este amor tan ardiente, tan interno,
me enaltece, mujer, ó me degrada?
No lo sé... no lo sé... yo pierdo el juicio.
¿Eres el vicio tú?... ¡Adoro el vicio!

VII

¡Amame tú también! Seré tu esclavo,
tu pobre perro que doquier te siga;
seré feliz si con mi sangre lavo
tu huella, aunque al seguirte me persiga
ridículo y deshonra; al cabo, al cabo,
nada me importa lo que el mundo diga;

nada me importa tu manchada historia
si á través de tus ojos veo la gloria.

VIII

Yo mendigo, mujer, y tú ramera,
descalzos por el mundo marcharemos;
que el mundo nos desprecie cuanto quiera,
en nuestro amor un mundo encontraremos:
y si horrible miseria nos espera,
ni de un rey por el trono la daremos;
que cubiertos de andrajos asquerosos,
dos corazones latirán dichosos.

IX

Un calvario maldito hallé en la vida
en el que mis creencias expiraron,
y al abrirme los hombres una herida,
de odio profundo el alma me llenaron:
por eso el alma de rencor henchida
odia lo que ellos aman, lo que amaron,
y á ti sola, mujer, á ti yo entrego
todo ese amor que á los mortales niego.

X

Porque nací, mujer, para adorarte
y la vida sin ti me es fastidiosa,
que mi único placer es contemplarte.
Aunque tú halles mi pasión odiosa,
yo, nunca, nunca, dejaré de amarte.
Ojalá que tuviera alguna cosa
más que la vida y el honor más cara,
y por ti sin violencia la inmolara.

XI

Sólo tengo una madre, ¡me ama tanto!
sus pechos mi niñez alimentaron,
y mi sed apagó su tierno llanto,
y sus vigilias hombre me formaron:

á ese ángel para mí tan santo,
última fe de creencias que pasaron,
á ese ángel de bondad, ¡quién lo creyera!
olvido por tu amor... ¡loca ramera!

XII

Sé que tu amor no me dará placeres,
sé que burlas mis grandes sacrificios;
eres tú la más vil de las mujeres;
conozco tu maldad, tus artificios;
pero te amo, mujer, te amo como eres;
amo tu perversión, amo tus vicios;
y aunque maldigo el fuego en que me inflamo,
mientras más vil te encuentro, más te amo.

XIII

Quiero besar tu planta á cada instante,
morir contigo de placer beodo;
porque es tuya mi mente delirante,
y tuyo es ¡ay! mi corazón de lodo.
Yo que soy en amores inconstante,
hoy me siento por ti capaz de todo;
por ti será mi corazón do imperas,
virtuoso, criminal, lo que tú quieras.

XIV

Yo me siento con fuerza muy sobrada,
y hasta un niño me vence sin empeño.
¿Soy águila que duerme encadenada,
ó vil gusano que titán me sueño?
Yo no sé si soy mucho, ó si soy nada;
si soy átomo grande ó dios pequeño;
pero gusano ó dios, débil ó fuerte,
sólo sé que soy tuyo hasta la muerte.

XV

No me importa lo que eres, lo que has sido,
porque en vez de razón para juzgarte,

yo sólo tengo de ternura henchido
gigante corazón para adorarte.
Seré tu redención, seré tu olvido,
y de ese fango vil vendré á sacarte:
que si los vicios en tu sér se imprimen
mi pasión es más grande que tu crimen.

XVI

Es tu amor nada más lo que ambiciono,
con tu imagen soñando me desvelo,
de tu voz con el eco me emociono,
y por darte la dicha que yo anhelo
si fuera rey, te regalara un trono;
si fuera Dios, te regalara un cielo;
y si Dios de ese Dios tan grande fuera,
me arrojara á tus plantas, vil ramera!

25 DE JUNIO

Á LOS MÁRTIRES DE VERACRUZ

Si al destino fatal, vuestra memoria
glorificar por el martirio plugo,
con la quijada de Caín la historia
escribirá la historia del verdugo.

Negra, muy negra es la inflexible suerte
que abrir la tumba ante vosotros vino;
mas no cambio el honor de vuestra muerte
por la vida infeliz del asesino.

De vuestra tumba brotará la idea
que la tumba será de los malvados;
pues Dios dispone que la sangre sea
redentora de pueblos humillados.

¡Dormid en paz, sin odio ni rencores,
víctimas de la infamia y la malicia...
quiera Dios que con cráneos de opresores
un altar os levante la justicia!

EL CANTO DEL JESUITA

PARODIA

No hay crimen que les parezca grande, tesoro que sacie su avaricia, virtud que no aparenten y maldigan en el fondo de su corazón. Malvados por instinto, sórdidos por esencia, é hipócritas por cálculo, son una verdadera plaga social de quien el mismo demonio podría tomar lecciones.

Rúfugo

¡Hurra, cosacos de sotana! ¡Hurra!
Méjico os brinda opíparo festín,
y sus palacios y sus templos sean
de vosotros magnífico botín.

I

¡Hurra! venid, abortos de Loyola,
un Crucifijo es mucho capital;
¿veis esa linda tierra? no está sola,
hay gente rica, embrutecida ya.
Palacios, hombres, campos y jardines,
todo es modesto y poderoso allí...
¡oh! nos creerán ignotos serafines
desprendidos del cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos, etc.

II

Encontraréis riquezas y mujeres
de talle esbelto y argentina voz;
id á gozar un mundo de placeres
saciando vuestra sórdida ambición.
Malditos ¡guay! de los que esconden su oro
les haremos mil lágrimas verter.
¡Hurra! ¡volad, su honor y su tesoro
de alfombra servirán á vuestro pie!
¡Hurra, cosacos, etc.

III

Al imponer vuestro capricho leyes
veladas con artera santidad,
esas cobardes degradadas greyes
de nuestro carro humildes tirarán.
Corred, corred á hartar vuestros deseos,
abortos de la noche y Belcebú,
y esos semblantes lánguidos y feos
cubrid con la careta de virtud.
¡Hurra, cosacos, etc.

IV

Ya desgarramos á la vieja Europa
como hipócrita gato su ración;
ahora volad, volad con viento en popa
el vergel á talar de Guauhtemoc.
El rico imbécil al dejar la vida
su tesoro á nosotros legará,
y su frente cobarde, envilecida,
al mover nuestros ojos, bajará.
¡Hurra, cosacos, etc.

V

Venid, volad, juglares de sotana,
oiremos á la hermosa en confesión,
será para nosotros flor temprana
que al fuego de los trópicos se abrió.
¡Hurra! corred, volad, no confundidos
cual tromba que arrebata el huracán;
al contrario, con orden divididos
cual paladines que á la liza van.
¡Hurra, cosacos, etc.

VI

Un tiempo á nuestros padres expulsaron
y tuvieron su presa que dejar;
es fama que su oro abandonaron,
tal afrenta volemos á vengar.

Venid, venid, y ¡guay de los bandidos
que á contrariar se atrevan nuestra voz!
sobre ellos y sus nietos fementidos
nuestro estigma caerá sin compasión.
¡Hurra, cosacos, etc.

VII

Qué ¿no sentís el pecho estremecerse
hambriento en la sotana por llegar?
¿No veis en lontananza aparecerse
esa nación embrutecida ya?
Es befa vil de las demás naciones
la que grande, muy grande un tiempo fué,
de sangre se cubrieron sus pendones
y rodó por el fango su poder.
¡Hurra, cosacos, etc.

VIII

¿Quién en luto cambió las alegrías
de la Virgen un tiempo tan feliz?
¿Quién amargó sus divinales días?
Fué la falanje de la cruz... Venid.
Volad, volad á terminar la obra;
que la Virgen descienda al ataúd;
si queréis poseer lo que aun le sobra,
educad á la tierna juventud.
¡Hurra, cosacos, etc.

IX

Será vuestro semblante rudo, austero;
humilde vuestro traje, pobre al fin;
mas bajo el sayo vil de pordiosero
la negra sangre sentiréis hervir.
El pueblo idiota nos verá humildoso
burlándonos de Dios y del altar,
y usando de lenguaje religioso
al cuello le pondremos un dogal.
¡Hurra, cosacos, etc.

X

A poco tiempo nos verá triunfantes
con frente enhiesta, sin careta ya;
nuestros ojos de rabia centellantes
en la cima de un trono brillarán.
Grande, terrible sea nuestra venganza;
sangre y más sangre se verá correr;
al combate volemos sin tardanza:
una muralla en el altar tendréis.
¡Hurra, cosacos de sotana! ¡Hurra!
Méjico os brinda opíparo festín,
y sus palacios, sus altares sean
de vosotros magnífico botín.

A ***

SIRVIÓ AL IMPERIO

SONETO

Viejo y panzón, más cojo que Vulcano,
probó el pan del apóstol Iscariote,
y hoy que el hambre le seca hasta el cogote
le excluyen del festín republicano.

Pobre exsoldado, exhombre, exmejicano
va para muerto caminando al trote;
de su cuerpo gastado perdió un *lote*,
y el resto morirá, si falta grano.

En su abdomen ingente hay un vacío,
que torna cada tripa en catacumba:
una gula rabiosa le da brío;

pero al sentir que el hambre lo derrumba,
anhela hundirse en el sepulcro frío,
por comerse las tablas de su tumba.

COMER Y BAILAR

I

La calva fortuna,
la ciega deidad,
ilógica siempre,
dió á usted, Sebastián,
del buen Sancho Panza
la dicha casual.
Voacé, sin embargo,
no puede tocar
la flauta, y su genio
gubernamental,
no vale un pepino
para gobernar.
Tiene usted, sin duda,
un diente especial,
y piernas usadas
que saben danzar;
mas mientras engulle
con gula voraz,
y brinca y se tuerce
bailando el can-can,
nos lleva el demonio,
señor, sin piedad,
que aquí vegetamos
escasos de pan.
Voacé no gobierna,
porque gobernar
no es solamente,
señor Sebastián,
bailar y comer,
comer y bailar.

II

La horrible discordia
rugiendo ya está,

y afila en los montes
sus garras audaz.
La reina silvestre
su cetro fatal
en cuba de sangre
pretende mojar.
Muy pronto esa hidra
infame será
atroz combustible
de hoguera voraz.
¿Por qué á las montañas,
señor, no se van
esos que le hicieron
honores de Czar,
la noche que vino
de aquella ciudad
á la que entre *Hurras*
marchó sólo á
bailar y comer,
comer y bailar?

III

Sus ministros tienen
talento brutal,
la patria con esos
no puede marchar;
el fisco en la *bruja*
camina bien mal,
con trampas aquí,
con trampas allá,
usted sabe que
si falta metal
pierden las naciones
su vitalidad.
Exigen las armas
reforma formal;
porque en el ejército
generales hay
que nunca un petardo
oyeron tronar.
Son las oficinas

un campo feraz,
do medra y engorda
la gente animal.
¡Por Dios! no se ocupe,
señor, de danzar;
que platos y copas
se queden en paz,
que al fin es la gula
placer de gañán.
Dirán que es su doble
pasión capital
bailar y comer,
comer y bailar.

IV

¿Acaso es la patria
convivialidad?
¿haciendo cabriolas
se puede salvar?...
Cesen las piruetas,
las polkas, el vals,
no sea que brincando
se vaya á encojar.
Los blancos manteles
levántense ya,
empiece el gobierno,
acabe Canaán:
porque indigestarse
es malo á su edad.
Ya no se divierta
con danza fugaz;
hecho un Rigoletto
voacé estuvo ya;
eso no da gloria,
ni renombre da;
porque nunca pasa
á futura edad
ocioso magnate
que sabe no más
bailar y comer,
comer y bailar.

A MARIA LA DEL CIELO

Y ya al pisar los últimos abrojos
De esta maldita senda peligrosa,
Haz que ilumine espléndida mis ojos
De tu piedad la antorcha luminosa.
García Gutiérrez

Flor de Abraham que su corola ufana
abrió al lucir de redención la aurora;
tú del cielo y del mundo soberana,
tú de vírgenes y ángeles Señora;

Tú que fuiste del Verbo la elegida
para Madre del Verbo sin segundo,
y con tu sangre se nutrió su vida,
y con su sangre libertóse el mundo;

tú que del Hombre-Dios el sufrimiento
y el estertor convulso presenciaste,
y en la roca del Gólgota sangriento
una historia de lágrimas dejaste:

tú que ciñes diadema resplandente,
y más allá de las bramantes nubes
habitas un palacio transparente
sostenido por grupos de querubes;

y es de luceros tu brillante alfombra;
donde resides no hay tiempo ni espacio,
y la luz de ese sol es negra sombra
de aquella luz de tu inmortal palacio.

Y llenos de ternura y de contento
en tus ojos los ángeles se miran,
y mundos mil abajo de tu asiento
sobre sus ejes de brillantes giran:

tú que la gloria omnipotente huellas,
y vírgenes y tronos en su canto

te aclaman soberana, y las estrellas
trémulas brillan en tu regio manto.

Aquí me tienes á tus pies rendido
y mi rodilla nunca tocó el suelo;
porque nunca, Señora, le he pedido
amor al mundo, ni piedad al cielo.

Que si bien dentro el alma he sollozado,
ningún gemido reveló mi pena;
porque siempre soberbio y desgraciado
pisé del mundo la maldita arena.

Y cero, nulo en la social partida
rodé al acaso en páramo infecundo,
fué mi tesoro un arpa enronquecida
y vagué sin objeto por el mundo.

Y sólo por doquier, sin un amigo,
viajé, Señora, lleno de quebranto,
envuelto en mis harapos de mendigo,
sin paz el alma, ni en los ojos llanto.

Pero su orgullo el corazón arranca,
y hoy que el pasado con horror contemplo,
la cabeza que el crimen volvió blanca
inclino en las baldosas de tu templo.

Si eres ¡oh Virgen! embustero *mito*,
yo quiero hacer á mi razón violencia;
porque creer en algo necesito,
y no tengo, Señora, una creencia.

¡Ay de mí! sin creencias en la vida,
veo en la tumba la puerta de la nada,
y no encuentro la dicha en la partida,
ni la espero después de la jornada.

Dále, Señora, por piedad ayuda
á mi alma que el infierno está quemando:
el peor de los infiernos... es la duda,
y vivir no es vivir siempre dudando.

Si hay otra vida de ventura y calma,
si no es cuento promesa tan sublime,
entonces ¡por piedad! llévate el alma
que en mi momia de barro se comprime.

Tú que eres tan feliz, debes ser buena;
tú que te haces llamar Madre del hombre,
si tu pecho no pena por mi pena,
no mereces á fe tan dulce nombre.

El alma de una madre es generosa,
inmenso como Dios es su cariño:
recuerda que mi madre bondadosa
á amarte me enseñó, cuando era niño.

Y de noche en mi lecho se sentaba,
y ya desnudo arrodillar me hacía
y una oración sencilla recitaba
que durmiéndome yo la repetía.

Y sonriendo te miraba en sueños,
inmaculada Virgen de pureza,
y un grupo vía de arcángeles pequeños
en torno revolar de tu cabeza.

Mi juventud, Señora, vino luego,
y cesaron mis tiernas oraciones;
porque en mi alma candente como el fuego
rugió la tempestad de las pasiones.

Es amarga y tristísima mi historia:
en mis floridos y mejores años,
ridículo encontré, buscando gloria,
y en lugar del amor los desengaños.

Y yo que tantas veces te bendije,
despechado después y sin consuelo,
sacrílego, Señora, te maldije,
y maldije también al santo cielo.

Y con penas sin duda muy extrañas
airado el cielo castigarme quiso;

porque puso el infierno en mis entrañas;
porque puso en mi frente el paraíso.

Quise encontrar á mi dolor remedio
y me lancé del vicio á la impureza,
y en el vicio encontré cansancio y tedio,
y me muero, Señora, de tristeza.

Y viejo ya, marchita la esperanza,
llego á tus pies arrepentido ahora.
Virgen que todo del Señor alcanza,
sé tú con el Señor mi intercesora.

Díle que horrible la expiación ha sido,
que horribles son las penas que me oprimen;
díle también, Señora, que he sufrido
mucho antes de saber lo que era crimen.

Si siempre he de vivir en la desgracia,
¿por qué entonces murió por mi existencia?
si no quiere ó no puede hacerme gracia,
¿dónde está su bondad y omnipotencia?

Perdón al que blasfema en su agonía,
y haz que calme llorando sus enojos,
que es horrible sufrir de noche y día
sin que asome una lágrima á los ojos.

Quiero el llanto verter de que está henchido
mi pobre corazón hipertrofiado,
que si no lloro hasta quedar rendido
¡por Dios! que moriré desesperado.

¡Si comprendieras lo que sufro ahora!...
¡Aire!... ¡aire!... ¡infeliz!... ¡que me sofoco!...
Se me revienta el corazón... ¡Señora!
¡Piedad!... ¡piedad de un miserable loco!

AMOR Y PROSA

SONETO

Te adoro como á Dios—dije á Gregoria—
y si te inflama esta pasión ingente,
yo juro que mi cántico ferviente,
como Dios hará eterna tu memoria.

Con luz de cielo escribiré tu historia,
pondré bajo tu planta el sol ardiente,
la regia luna brillará en tu frente
y hasta en la gloria envidiarán tu gloria.

Mas ella ¡ay! sus ojos picarones
en mí clavando, dijo con salero:
«Lindas son en verdad sus ilusiones;

pero, responda usted, señor coplero:
¿con el sol y la luna y sus canciones
tendré casa, vestidos y puchero?»

FATALIDAD

Encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo
Palpé la realidad y odié la vida...

Espronceda

I

¡Ay infeliz de aquel que en torpe sueño
ama á la virgen que soñando vé,
y al despertar de su febril beleño
sueña que existe lo que sueño fué!

Y pierde ¡ay! su venturosa calma,
y corre ciego de una sombra en pos,

y busca un alma que comprenda su alma
cual se comprende la virtud y Dios.

Y el demonio le pone en su camino
un demonio con formas de mujer,
y el soñador en loco desatino,
clama:—*¡La virgen de mi sueño es!*

Y lleno de ternura y de inocencia
idolatra al demonio como á Dios,
y el demonio emponzoña su existencia
y le arranca la fe del corazón.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

II

Hubo tiempo que ajena de dolores
mi vida fué pasando,
como entre blancas flores
cruza feliz el aura, remedando
la sonrisa del dios de los amores.

Era mi alma de ángel á semblanza,
un porvenir veía
brillante en lontananza,
y mi sensible corazón latía
lleno de fe, de amor y de esperanza.

Mi alma tan pura como blanco armiño
y como sol ardiente
rebosaba cariño,
y con los sueños que abrigó mi frente
latió feliz mi corazón de niño.

En esta alma para el bien nacida
levantéle un sagrario
á la que fué mi egida,
mi arcángel tutelar, mi relicario,
y el perfume precioso de mi vida.

III

Fué una mujer mi creencia,
mi encanto, mi religión,
la vida de mi existencia,
la luz de mi corazón.

Y la amaba como ama
el poeta su laúd,
como el guerrero la fama,
como el justo la virtud,

como el náutico los mares,
la virgen su castidad,
como el proscrito sus lares,
como Dios la caridad,

como el avaro ama el oro,
como el ciego ama la luz,
como al paraíso el moro,
y como el mártir la Cruz.

*

De mi amor en el exceso,
mi aspiración sólo era
poner en su planta un beso,
y en cambio, querido hubiera

darla por lecho la espuma,
y por toldo de colores
las níveas alas de pluma
del ángel de los amores.

Y al que formó los palmeros
rogar que su mano santa
tejiera con sus luceros
un tapiz para su planta;

que al contemplarla tan bella
quería de Dios el poder,

para inventar un placer
exclusivo para ella.

Para mí era su ventura
la ventura de los dos,
y la adoré en mi locura
como nadie adora á Dios.

*

Pero la verdad un día
quebró el prisma de colores,
y en lugar de luz y flores
vi doblez, hipocresía.

Conocí que deificaba
á una víbora dañosa,
que traidora y cariñosa
el corazón me picaba.

IV

De mis sueños nacarados
el panorama cambió,
y en escombros vi trocados
los castillos encantados
que la mente fabricó.

La ilusión vertiginosa
castigó el Supremo Sér,
porque en mi fiebre amorosa
formé ¡imbécil! una diosa
de quien sólo era mujer.

Y eran falsos sus acentos,
y era falsa su pasión,
y falsos sus juramentos,
y falsos sus sentimientos,
y falso su corazón.

Quise yo perder el juicio
para no sentir mi mal,

y aturdirme con el vicio
arrojándome al bullicio
de irritante bacanal.

Y escandalosas veladas,
y frenética embriaguez,
y amistades depravadas,
y mujeres degradadas,
envejecieron mi tez.

¡Ay del que al crimen se arroja!
es el crimen la expiación;
yo rendido de congoja
vi morir hoja tras hoja
las flores del corazón.

Hallé en la amistad falsía,
en el goce padecer,
en el amor ironía,
y maldije en mi agonía
mis momentos de placer.

Mis labios palidecieron,
y mi barba emblanqueció,
y mis cabellos cayeron,
y mis mejillas se hundieron,
y mi frente se rugó.

V

El triste corazón sólo es la umbra
del que latiera ayer joven y fuerte;
lánguido está cual lámpara que alumbra
los fúnebres altares de la muerte.

Murió mi corazón. Ni odia ni ama,
ni palpita anhelando los placeres
que presenta del mundo el panorama
con sus bailes, su gloria y sus mujeres.

Murió mi corazón. Sensible un día
de amar y aborrecer quedó cansado;

fué convulsa y horrible su agonía,
pues murió el infeliz envenenado.

El beso de una hermosa no lo embriaga,
ni el desdén de una hermosa lo enardece;
el aplauso del mundo no le halaga,
ni el desprecio del mundo le entristece.

Altivo roble que volvió ceniza
el rugiente volcán de las pasiones,
el dardo del dolor le martiriza
y le niega el placer sus ilusiones.

*

Viejo, pobre, de tedio consumido,
nada en el mundo á consolarme alcanza,
que en mi rebelde corazón podrido
ya se apagó la luz de la esperanza.

Miserable juglar, sér despreciado,
siento que pesa en mi amarillo seno
un lazarino corazón, preñado
de lágrimas, de sangre y de veneno.

Bajo mi pie la tierra se estremece,
por donde voy rencores me concito,
lo que aspira mi aliento languidece,
lo que toca mi mano, está maldito.

VI

Si quiero el ámbar de las bellas flores
aspirar con anhelo,
se mueren sus olores,
y si las toco, ruedan por el suelo
sus transparentes hojas de colores.

Cuando la sed terrible me devora,
si encuentro los cristales
de vertiente inodora,

y mis labios acerco, en lodazales
se convierte la linfa bullidora.

Si de un harpa el concento apetecido
se oye sonar distante,
y escucho conmovido,
se revientan sus cuerdas al instante
y al reventar murmuran un gemido.

Si de un arpa el concento apetecido
y si el sol en la cumbre
del mundo, resplandece,
y quiero un rayo de su viva lumbre,
el sol entre las nubes desparece.

Nuncio del mal, gitano pordiosero,
es mi laúd si canta
fatídico agorero,
que es mi voz, si en la noche se levanta,
del cárabo el gemido lastimero.

Si ante Dios de Israel caigo de hinojos,
del templo en las baldosas,
con iracundos ojos
me miran las imágenes piadosas
y me vuelven el rostro con enojos.

Si quiero orar, se anuda mi garganta,
y sin querer agravio
la omnipotencia santa,
que audaz murmura el rencoroso labio
torpe blasfemia que aun al cielo espanta.

Baña helado sudor mi faz rugosa
y me falta el aliento,
y una voz pavorosa,
¡Sale!—me dice—y salgo, porque siento
que me empuja una mano misteriosa.

Sér de fastidio y maldición emblema,
doquier estoy proscripto,
y mi frente se quema;

porque en mi vieja frente se halla escrito
de un cielo vengador el anatema.

Ni siquiera en llorar hallo consuelo,
la fuente está agotada,
y mi llanto es ¡oh cielo!
una ronca, estridente carcajada
que me postra sin fuerzas en el suelo.

VII

Mas... pronto moriré. ¡Soy desgraciado!
y mi cuerpo que acaso dormirá
insepulto en camino abandonado,
de ración á los perros servirá.
Triste es morir en orfandad penosa,
transida el alma, yerto el corazón;
sin que la madre ó la querida esposa
riegue con llanto el fúnebre crespón.
Triste, muy triste es al dejar el mundo
tender la vista en derredor de sí,
y balbucir con labio moribundo:
¡Ya no hay quien tenga compasión de mí!

VIII

Y ¿qué importa morir?—¡Una careta!
Me vuelvo al carnaval que llaman vida,
entre esa turba del cinismo atleta
voy á burlarme de mi propia herida,
á embromar, á reir en danza inquieta
aunque esté el alma de veneno henchida,
y aunque ruede beodo al precipicio
quiero reir hasta perder el juicio.

Y sufriré, mas sufriré callando
no quiero que se burlen de mis males;
riendo siempre me verán cruzando
por la senda del mundo entre zarzales,
que ni interés ni compasión demando:
el odio y la piedad encuentro iguales.

y si acaso de pena desfallezco,
que ignore el mundo lo que yo padezco.

Si errante voy en brazos de la suerte,
ya, ¡vive Cristo! de vagar me enojo:
quiero el descanso ya, quiero la muerte,
quiero decir al mundo: *Ahí te arrojo*
pedazos hecho un corazón inerte,
de mi esqueleto mísero despojo:
sirva de alfombra á tu brillante carro
ese juguete de asqueroso barro.

Y que se cumpla mi fatal destino,
al fin me hastió la humanidad entera:
si es el hombre del hombre el asesino,
si es la mujer del hombre la pantera,
y si es la vida batallar contino,
lucharé hasta morir, y cuando muera
saludaré la fúnebre morada
con mi ronca y convulsa carcajada.

HOJAS SECAS

Á ***

Tú despertaste el alma descreída
del pobre que tranquilo y sin ventura,
en el Gólgota horrible de la vida
agotaba su cáliz de amargura.

Indiferente á mi fatal castigo
me acercaba á la puerta de la parca.
Más infeliz que el último mendigo,
más orgulloso que el primer monarca.

Pero te amé; que á tu capricho plugo
ennegrecer mi detestable historia...

quien nació con entrañas de verdugo
sólo dando tormento encuentra gloria.

Antes de que te amara con delirio
viví con mis pesares resignado;
hoy mi vida es de sombra y de martirio;
hoy sufro lo que sufre un condenado.

Perdió la fe mi vida pesarosa;
sólo hay abismos á mis pies abiertos...
quiero morir... ¡feliz el que reposa
en el húmedo lecho de los muertos!...

Nacer, crecer, morir. He aquí el destino
de cuanto el orbe desgraciado encierra;
¿qué me importa si al fin de mi camino
voy á aumentar el polvo de la tierra?

¿Y qué la tempestad? ¿qué la bonanza?
¿ni qué me importa mi futuro incierto,
si ha muerto el corazón, y la esperanza
dentro del corazón también ha muerto?...

¿Sabes por qué te amé?... Creí que el destino
te condenaba, como á mí, al quebranto,
y ebrio de amor, inmaterial, divino,
quise mezclar mi llanto con tu llanto.

¡Ah!... ¡coqueta!... ¡coqueta!... yo veía
en ti de la virtud la excelsa palma...
¿ignoras que la vil coquetería
es el infame lupanar del alma?

Di ¡por piedad! ¿qué males te he causado?
¿Por qué me haces sufrir?... Alma de roble,
buscar el corazón de un desgraciado
para jugar con él, eso es... ¡innoble!

¿Me hiciste renacer al sentimiento
para burlarte de mi ardiente llama?...
Te amo hasta el odio, y, al odiarte, siento
que más y más el corazón te ama.

Fuiste mi fe, mi redención, mi arcángel,
te idolatró mi corazón rendido,
con la natura mística del ángel,
con el vigor de un Lucifer caído.

Que tengo un alma ardiente y desgraciada,
alma que mucho por amar padece;
no sé si es miserable ó elevada,
sólo sé que á ninguna se parece.

Alma infeliz, do siempre se encontraron
el bien y el mal en batallar eterno;
alma que Dios y Satanás forjaron
con luz de gloria y lumbre del infierno.

Esta alma es la mitad de un alma errante,
que en mis sueños febriles reproduzco,
y esa mitad que busco delirante,
nunca la encontraré; pero... ¡la busco!

Soy viejo ya, mi vida se derrumba,
y sueño aún con plácidos amores,
que en vez de corazón llevo una tumba,
y los sepulcros necesitan flores.

Te creí la mitad de mi sér mismo;
pero eres la expiación, y me parece
ver en tu faz un atrayente abismo,
lleno de luz que ciega y desvanece.

No eres mujer; porque la mente loca
te ve como faceta de brillante...
eres vapor que embriaga y que sofoca,
aérea visión, espíritu quemante.

Yo que lucho soberbio con la suerte,
y que luchar con el demonio puedo,
siento latir mi corazón al verte...
ya no quiero tu amor... me causas miedo.

Tú me dejas, mujer, eterno luto;
pero mi amor ardiente necesito

arrancar de raíz; porque su fruto
es fruto de dolor, fruto maldito.

Quiero á los ojos arrancar la venda,
quiero volver á mi perdida calma,
quiero arrancar mi amor, aunque comprenda
que al arrancar mi amor, me arranque el alma.

EL ANGEL DE MI AMOR

SONETO

Es del dios de las aguas el tridente;
es de Moisés la milagrosa vara;
es del salvaje la ligera jara;
es la espina dorsal de un pretendiente;

es la momia de tísico escribiente;
es la segur que al golpe se prepara;
es lanza que Telefo no empuñara;
es un timón delgado, pero ingente.

Es triste, prolongada catacumba;
es electro-magnético un alambre;
es una tabla lateral de tumba;

es una hembra, mal dije; es una hambre,
es un cañón de colosal embudo
El Angel de mi amor, si está desnudo.

A CENOBIA

(EN SU DÍA)

I

Quiero pulsar la lira temerario,
aunque falte á mi lira inspiración;
quiero cantar, mujer, tu aniversario;
quiero pedir al entusiasmo voz.

Quiero elevar, cual humo vagaroso,
mi pobre acento hasta el excelso tul,
donde reside el Sér que generoso
te colmó de belleza y de virtud.

Que cándida cual pecho de paloma
blanquísima, cual flor, eres, mujer;
es la virtud tu virginal aroma
que las auras impregna del Edén.

Por mostrar el Eterno su belleza
te hizo bajar al mundo baladí,
coronada de luz y de pureza,
más que mujer alado serafín.

II

Y desprendiendo tu vuelo,
arcángel humanizado,
dejaste un brillante cielo
para servir de consuelo
á quien gime desgraciado.

Cuando un alma acongojada
siente la luz de tus ojos,
se ve al punto consolada,
que tu angélica mirada
vuelve flores los abrojos.

¿Viste al astro matutino
espejar la omnipotencia
del Dios que rige el destino?
así en tu mirar divino
se refleja tu clemencia.

Yo, en mis horas de tormento,
cuando el ánima agitada
entregaba al desaliento,
olvidé mi sufrimiento
al fulgor de tu mirada.

Yo, Cenobia, he comprendido
de tu alma la excelsitud;
tú mi noble amiga has sido,
y por eso, agradecido,
hoy te canta mi laúd.

III

Y ruega á Dios, que bárbaro destino
nunca enlute tus horas venturosas,
que huelles en tu plácido camino
púdicas, frescas y fragantes rosas.
Que tu Edén encantado de ilusiones
alumbre el sol, mujer, en lontananza,
y que brille entre cándidos crespones
la inmaculada luz de la esperanza.

RUEDAS DE MOLINO

SONETO

Hijo, ¿crees que un ángel insurgente
se cayó del infierno en las parrillas?
¿Crees que Adán parió por las costillas
y que Eva dialogó con la serpiente?

¿Crees que pecas porque aquella gente
una manzana se comió á hurtadillas?
¿Crees que Jericó hízose astillas
al sonar del clarín la voz valiente?

¿Crees que Josué al astro más visible
detuvo, y que un profeta nada romo,
voló con su carreta combustible?

¿Crees que me ilumina el dios palomo?
¿Crees, en fin, que el Papa es infalible?
—Sí, tata cura; pero no la como.

LA VIDA

Et stultorum infinitus est numerus.
Ecle. L. XV.

Es la vida risa y llanto;
y los hombres, á fe mía,
son locos que en romería
marchan para el camposanto.

Y veo con placer profundo
que los cuerdos son tan pocos,
que es un hospital de locos
todo el ámbito del mundo.

Si á tanto loco perverso
tratáramos de encerrar,
preciso era circundar
de muros el universo.

En las necias bataholas
del mundo que tanto miente,
la gente empuja á la gente
como á las olas las olas.

Cada edad ¡oh contratiempo!
á quien la tierra se traga,
es una onda que se apaga
sobre los mares del tiempo.

Porque la vida, en verdad,
del hombre, reptil rehacio,
es burbuja en el espacio,
es nada en la eternidad.

¿Y la historia?... Ese vestigio
sólo enseña, por mi nombre,
que el hombre es mono del hombre
y un siglo plagia á otro siglo.

Hoy, como antes, diviniza
lo absurdo el hombre ¡qué horror!
y cuando cambia de error
sueña que se civiliza.

Entre brumas tenebrosas
los errores siempre imperan;
y aquí más cambios se operan
de palabras, que de cosas.

Lo absurdo con lo divino
confunde el hombre á su turno,
y si derriba á Saturno
eleva á San Saturnino.

Siempre necio ha sido el hombre;
y desde que el hombre existe,
el politeismo subsiste
bajo diferente nombre.

La humanidad con su idea
de progreso, poco avanza,
que en su torpe contradanza
no marcha, se bambolea.

Yo diré á quien me pregone
el derecho de los reyes,
ó que el pueblo da sus leyes:
toda autoridad se impone.

En vano las gentes chocan
por sistemas, ¡voto á Febo!
cuando lo viejo es lo nuevo
y los extremos se tocan.

Nihil sub sole novum, dijo,
no quiero acordarme quien;
pero á fe que dijo bien,
y no soltó un acertijo.

En la vida todo es nada,
sueño es el goce y la pena;

porque la vida es cadena
á la tumba eslabonada.

Es un carnaval, reímos;
pero al expirar las luces,
entre tumbas y entre cruces
bajo la tierra dormimos.

El mundo, en fin, es sendero
que transitar da coraje:
y ¡guay del que emprende el viaje
desprovisto de dinero!

Porque todos pasan sobre
el pobre. Vil interés
impera en la tierra. Es
mejor ser perro que pobre.

Al rico todo se humilla:
el pobre es menos que perro,
y todos ante el becerro
de oro, doblan la rodilla.

La seda es más que el estambre,
la plata mejor que el cobre,
y todos huyen del pobre...
el pobre no es hombre, es hambre.

En este mundo fullero,
donde todo se remata,
más vale un Judas de plata
que un Crucifijo de acero.

Para el pobre no hay placer,
no hay amigos, no hay esposa:
en el mundo no hay más cosa
que tener ó no tener.

Los que con gran desparpajo
nos dan amistad no esquiva,
se ofenden si está uno arriba;
se alegran si está uno abajo.

El matrimonio es materia
de cálculo y de afección:
lazo que ata la ilusión
lo desata la miseria.

La sociedad es convite
en que al pobre dicen: *vete*,
y en tan risible sainete
es un ridículo mite.

Al pobre le importa un mico
monarca ó federación:
siempre es «carne de cañón,»
siempre es el burro del rico.

¿Os place ser libres? ¡Bravo!
Procurad que el oro sobre;
porque nunca es libre el pobre,
y nunca es el rico esclavo.

El que roba con trompeta
y asesina oficialmente,
gloria alcanza ante la gente
que lo adula y lo respeta.

¡Oh! cuántos de esos señores
que bastón de mando oprimen,
por el camino del crimen
han llegado á los honores.

¿Qué es un héroe en su grandeza?
Idolo de sangre lleno,
cuyo pedestal de cieno
viene á lamer la bajeza.

Vive pobre, aun siendo honrado,
quien no sabe audaz mentir;
porque más vale vivir
ignorante que ignorado.

Aunque el hombre nazca probo,
muere pillo, no os asombre;

porque el hombre educa al hombre
como el lobo educa al lobo.

En suma, el mundo rüin
siempre ha sido y es comedia;
y si Dios no lo remedia
comedia será hasta el fin.

DESPECHO

I

Arcanidad terrible de la vida,
destino lleno de rigor sin nombre,
infamia entre las sombras escondida,
aprieta sin piedad, que das en hombre.

No esperes con tu golpe furibundo
avasallar mi soberano aliento:
es grande mi tormento como el mundo;
pero el alma es mayor que mi tormento.

Y siempre aquí, con arrogante calma
de tus rencores la sin par fiereza
afronto audaz, que la grandeza de alma,
aunque pequeño soy, es mi grandeza.

Nunca al poder ni al oro me arrodillo,
y aunque me agobie padecer tirano
me muero de hambre; pero no me humillo...
seré cadáver; pero no gusano.

Bien, alma ¡bien! porque jamás te humillas...
eres inmensa en tu sufrir constante...
¡No mendigues la gloria de rodillas,
conquístala de pie, mártir gigante!

. . . .

Nací juguete de la vil fortuna,
y me acompañan en fatal camino.

la negra sombra que bañó mi cuna,
la negra mano que marcó mi sino.

A la luz de brillantes ilusiones
de la horrible verdad vi los arcanos,
y fué mi alma festín de las pasiones,
como el cuerpo es festín de los gusanos;

lloré por la esperanza asesinada,
pero tanto creció mi desventura,
que traduje en sonora carcajada
la suprema expresión de la amargura.

Al fin, cansado de mortal quebranto
adopté el estoicismo por divisa:
tanto lloré, que se agotó mi llanto,
tanto reí, que se acabó la risa.

Sin fe, sin juventud, la despreciada
vida infeliz, indiferente rueda...
con mi última ilusión evaporada,
¿qué me queda en el mundo?... ¿qué me queda?

Ya no tengo sonrisa, ni gemido;
ni amo, ni aborrezco, ni ambiciono,
que en indolencia criminal sumido
hasta mi propio espíritu abandono.

Hora tras hora solitario pierdo
envuelto en bruma de oriental pereza;
es mi goce sufrir con el recuerdo,
entregado al placer de la tristeza.

Pláceme abrir heridas mal cerradas,
contemplando á la espalda de los años,
ilusiones de fuego, sepultadas
en la nieve de horribles desengaños.

II

También un tiempo ¡ay de mí!
tras de fantasmas risueños

desatinado corrí;
porque la razón perdí
entre marañas de sueños.

Lindo germen de ilusión,
en mi espíritu gastado
engendró loca pasión...
soñó con la redención
mi frente de condenado.

En mi desencanto amé,
creyendo que no creía,
y más desencanto hallé...
¡imbécil! ¿por qué soñé,
cuando soñar no debía?

Amé á una mujer, como ama
quien amar no cree... su llanto
alzó en mi sér una llama,
como alza fosfórea flama
la lluvia en el camposanto.

Pero ¡ay! de aquellas historias
sólo guarda el corazón
recuerdos de muertas glorias,
memorias, sólo memorias,
que sólo memorias son.

Porque mis sueños huyeron,
y mis amores volaron,
mis esperanzas murieron,
y los que placeres fueron
luto en el alma dejaron.

Hoy en negra decepción
los desprecios y el cariño,
para mí lo mismo son...
en lugar de corazón
llevo el cadáver de un niño.

III

De luz imposible mi cráneo era foco,
de luz imposible mis sueños vestí;
pero ¡ay! que mis sueños febriles de loco
en mares de sombra perdiéronse al fin.

El alma, la vida apenas soporta,
la paz de las tumbas, del alma es la paz;
yo soy un pasado que á nadie le importa;
yo soy en la tierra cadáver social.

¡Guay del que vegeta de sueños desierto!...
dormirse soñando es muerto vivir...
yo vivo y no sueño, cadáver despierto,
del sér y la nada parodia infeliz.

Al cielo pregunto con ansia indecible:
¿los mártires suben de Dios al dosel?
el cielo se calla, y un eco terrible
me dice: *no sueñes... mentira es la fe!*

Quien deja la vida de luto y hastío
se vuelve á la nada que de ella salió,
tras esas estrellas no hay más que vacío;
me dice: *No sueñes... mentira es la fe!*

El hombre, ese imbécil gusano pequeño,
de orgullo inflamado, se juzga inmortal;
pero es la existencia la sombra del sueño
del sueño que forja la nada quizá.

. . . .

. . . .

Señor, de la duda me asfixia el abismo,
te ruego que mandes á mi alma infeliz
la fe sacrosanta ó el negro ateismo...
negar es creer... dudar es sufrir.

EN LA «BRUJA»

SONETO

Triste como Jesús allá en el huerto,
impaciente cual virgen casadera,
y *brujo* como indígena hechicera,
hago papel de sordo en el concierto.

Con la esperanza que alimenta un muerto,
y desnudo como una calavera,
ya rujo con rugidos de pantera,
porque estoy como Job en el desierto.

En vano, en vano agoto mi discurso:
veo en mis *ingleses* pronunciadas tropas,
y sufriendo de penas vil concurso,

soy un naipe sin oros y sin copas...
sólo me queda *el último recurso*
y tras ese recurso... *las dos sopas.*

SU MEMORIA

Á ROSA

¿Está bien un ángel en el mundo?
Shakespeare

Blanca Rosa inmaculada,
que con blanca luz bañó
inocente una alborada;
blanca Rosa perfumada
con el aliento de Dios:

tú, la tímida azucena,
tú, la del carmen encanto

que meció el aura serena,
y nunca empañó la pena
con una gota de llanto:

tú, el éter que en un momento
dejó el brillante cristal;
pluma que en alas del viento
subió al azul firmamento
para no volver jamás:

tú, que la tierra temida
apenas, Virgen, rozaste,
y por genios suspendida
de cándida luz vestida
á otra región te elevaste:

tú, que en vaporosas salas
gozas de un mundo mejor,
ángel de brillantes galas
cuyas blanquísimas alas
nunca este mundo enlodó;

tú, á quien del velo de esposa
formó la muerte el sudario
que cubre tu faz preciosa,
y del tálamo de rosa
un túmulo funerario:

tú, que volviste la espalda
á los placeres de aquí;
tú, que la nupcial guirnalda,
la dejaste por la gualda
del Edén, digno de ti:

tú, que en esfera infinita,
hija de la luz y el cielo,
tienes tu historia bendita
por mano de Dios escrita
sobre el estrellado velo:

tú, que sintiendo emociones,
que yo de pintar prescindo,



¿Por qué si del paraíso
Dios te mandó, ángel mujer,
PLAZA

Su memoria.—Página 111

habitas altas regiones,
y entre nubes de crespones
eres el ángel más lindo:

tú, que en beatitud tranquila
á Dios contemplando estás,
y de Dios en la pupila,
como en mar de luz, vacila
dibujada, ángel, tu faz;

tu faz donde se atesora,
el brillo de las estrellas:
plega tus alas ahora
que mi razón se evapora
queriendo seguir tus huellas;

Y si puedes el acento
que parte del corazón
escuchar desde ese asiento
que tiene por pavimento
el rostro regio del sol;

deja la órbita estrellada,
baja, y verás de Gabriel
la faz de llanto surcada,
que si en la tumba eres nada,
eres todo para él.

Míralo aquí: sollozando
y transido de aflicción
está tu fosa mirando,
mientras tú estás admirando
la linda imagen de Dios.

Que tú eras, Rosa, su egida
su ilusión, su porvenir;
y hoy que te llora perdida,
porque dejaste la vida,
no quiere, Rosa, vivir.

Tú le eres indispensable
como á la ancha tierra el sol,
como el agua al mar variable,
como el llanto al miserable
y el latido al corazón.

Hoy que ve su Edén trocado
en túmulo funeral,
nada, Rosa, le ha quedado,
y sin fe, desconsolado,
en la tumba se hundirá.

. . . .

¿Por qué si del paraíso
Dios te mandó, ángel-mujer,
te arrebató de improviso?
y si Dios tan linda te hizo,
¿por qué te llevó?

Porque
quien le da lumbre al sol, blancura al hielo,
por mostraros un ángel esplendente,
te hizo venir al infecundo suelo
coronada de luz indeficiente;
y al verte pura como azul de cielo,
y al ver el cielo en tu inspirada frente,
vuelve—te dijo, con amor profundo—
que no está bien un ángel en el mundo.

DOS ENTIERROS

SONETO

Asomado al balcón, vi que pasaba
un gran entierro, su cortejo ingente
con pompa funeral, muy lentamente
invadiendo tres calles desfilaba.

Y más tarde pasó... ¿pasó?... ¡volaba!
otro *entierrillo* rápido, impaciente;

iba el muerto en arcaz, hasta indecente,
y nadie al muerto aquel acompañaba.

Comparando pensé: yo no me explico
lo que hay tras de la muerte, mas diría;
el pobre que la teme es un borrico,

que si la muerte da con saña impía
fin á la vida cómoda del rico,
también da fin del pobre á la agonía.

A LA FORTUNA

I

Fortuna pérfida y loca,
tu capricho al orbe manda;
con el audaz eres blanda,
con el tímido eres roca.

Ciega que á gozar provoca
y hace al hombre padecer;
vana eres como el placer,
y aunque alientas alma infame,
no hay hombre que no te ame,
porque al fin eres mujer.

II

Veleta de oro, que gira
según el viento se muda;
Astarté ante quien desnuda
la prostitución se mira;
aunque es tu favor mentira,
por llegarlo á poseer,
todos echan á correr
tras de ti, de ansia beodos;
pero tú burlas á todos,
porque al fin eres mujer.

III

Maga de rostro severo,
con el asta de Amaltea,
linda vuelves á la fea
y general á un arriero;
ennobleces al fullero,
al bruto le das saber,
á un bicho le haces valer;
pero al conceder tu amor
siempre eliges lo peor,
porque al fin eres mujer.

IV

Prostituta, la virtud
es tu esclava, á quien humillas,
ante el crimen te arrodillas
y dispensas plenitud
de bienes á multitud
de pícaros, que magüer
ahorcados debieran ser;
no extraño que des tus dones
á estúpidos y bribones,
porque al fin eres mujer.

V

Reina de las joyas falsas,
al que hoy elevas al cielo
lo arrojas mañana al suelo
y al abatido lo ensalzas.
Al hombre mísero alzas
para dejarlo caer;
porque con sólo querer
haces todo en el instante...
eres tú muy inconstante,
¡oh Fortuna! al fin mujer.

VI

Vieja del mechón inmundo,
soberana sin conciencia,
ante cuya omnipotencia
de hinojos se postra el mundo.
A todo hombre nauseabundo
que arrastra su noble sér
ante el oro y el poder,
tú la proteges, injusta,
que la adulación te gusta,
porque al fin eres mujer.

VII

Santa Juliana bendita
ató al demonio temido;
pero á ti nadie ha podido
atarte, calva maldita.
En vano el hombre se agita,
Fortuna, por detener
tu rueda que hace caer
al infeliz que la toca;
porque eres pérfida y loca
como una mala mujer.

VIII

Quien vivir sabe, te acecha;
desvelas al codicioso,
no te busca el perezoso,
el pródigo te desecha:
el imbécil se despecha;
porque á nadie tu poder
contento puede tener,
y te maldicen no pocos,
que á todos los vuelves locos,
porque al fin eres mujer.

IX

Quien no tiene confianza
en ti, siempre te aborrece,
y quien menos te merece,
Fortuna, siempre te alcanza.
Nadie pierde la esperanza
de llegarte á poseer,
sólo yo, mísero sér,
quizá filósofo ó necio,
Fortuna, no te hago aprecio,
porque al fin eres mujer.

X

Tú, lo mismo que mi suegra,
me aborreces, vil Fortuna,
y aunque yo desde la cuna
he visto tu cara negra,
no me aflige ni me alegra
tan villano proceder;
y sin pena, sin placer,
te doy la espalda, ¿qué quieres?
me fastidian las mujeres,
y tú al fin eres mujer.

AMOR DE MARTIR

Á ***

Corazón que, renaciendo
á las ilusiones, vas
tu letargo sacudiendo;
sigue, corazón, durmiendo,
y no despiertes jamás.

Dos negros ojos te flechan
con sus dardos celestiales;
pero, aunque tiernos te acechan

esos ojos, ni sospechan,
corazón, lo que tú vales.

Esa de talle de palma,
morena de labios rojos,
robó, corazón, tu calma...
¡ay de ti, si tiene el alma
tan negra, como los ojos!...

¿Por qué estás á cada instante
tú con la razón en riña?...
¡pobre entraña palpitante,
con altivez de gigante
y tus candores de niña!

Deja, corazón, que arguya
contra ese amor la experiencia,
para que tu afán destruya;
porque cada historia tuya
me ha costado una creencia.

Corazón, ¡tú me asesinas!...
por contentar imprudente
pasiones que no dominas,
en el alma llevo espinas,
y llevo luto en la frente.

Que el alma altiva que aliento
arde, como arde la tea,
y al expresar lo que siento,
falta espacio al pensamiento
y falta idioma á la idea.

Buscando un alma latiste
materia vil deificando;
¿mas si el alma en qué creiste,
ya ni en mis sueños existe,
por qué la sigues buscando?

¿Por qué recordar no quieres
en tu amorosa porfía,
el infierno de placeres

que te dieron las mujeres
á quienes amaste un día?...

Niño mártir sin memoria,
nacido por el dolor
inmenso, mudo, sin gloria,
¿por qué olvidaste tu historia?
¿no sabes lo que es amor?

Amor, es vivir muriendo
en un infierno, gozando
la gloria de estar sufriendo;
¡es amar aborreciendo,
y despreciar adorando!...

¡Corazón, no me atormentes
con tu insensata pasión!...
¿suspiras?... ¡si tanto sientes,
suspira hasta que revientes,
desgraciado corazón!

Que la audaz filosofía
el amor que yo te niego
combate de noche y día...
¿por qué es la razón tan fría,
si eres, corazón, de fuego?...

¡Me quemas cuando te toco!...
¡lates con fuerza increíble!...
¡eh! corazón, poco á poco...
sosiégate, niño loco,
no me pidas lo imposible.

Sólo te dará un calvario
el amor de esa mujer;
olvídala, es necesario,
y envuélvete en el sudario
de tus memorias de ayer.

*

Sí, morena, al conocerte
perdió mi sér el quietismo;

pero ya no quiero verte;
porque mi amor es la muerte,
más que la muerte, el abismo.

Sé que te haré desgraciada
con esta absurda pasión...
Al fin ¿yo qué pierdo?... ¡Nada!...
soy un alma condenada
que vuela á su perdición.

Deja que por ti yo tema...
huye de mi amor maldito;
porque el amor que me quema,
tiene un horrible anatema
con letras de fuego escrito.

Deja que en silencio ame,
fingiendo estúpida calma;
y antes que mi amor te infame,
todo tu desprecio dame,
ya que te di toda el alma.

EN LA BENDICION DE UNA BANDERA

SONETO

Ni el regio manto de oriental monarca
ni el pendil de la virgen pudorosa,
ni la falda irritante y vaporosa,
do el pensamiento al corazón embarca;

nada, soldados, la belleza abarca
que atesora la enseña tan preciosa
tremolando en las filas orgullosa;
porque de gloria su camino marca.

Ojalá que al blandir vuestros aceros
bajo sus filos la discordia muera,
la vil discordia que el dolor nos trajo;

y que forméis un batallón de obreros
al colocar la Paz, esa bandera,
sobre el altar bendito del trabajo.

DOS RIVALES

La humanidad se parece á un rústico borracho; si la levantáis por la izquierda caerá en seguida por la derecha.

Martín Lutero

I

Una soberana horrible
entre las sombras impera,
y su reinado es tranquilo
como el de la nada extrema.

De sombras es su ropaje,
de sombras es su diadema,
do en vez de piedras preciosas
negros puntos se condensan.

Tiene un túmulo por trono,
por palacio una caverna
en la que nunca los rayos
del vívido sol penetran.

De esa mansión las cortinas
son, como la tumba, negras,
y cual péndulo las mueve
viento que el alma congela.

Y narcóticos los frutos
que en secos árboles cuelgan;
porque narcóticas aguas
y el triste mar del olvido
aquel triste campo riegan,
sin azul, sin transparencia,

con soporíferas ondas
turbias, monótonas, lentas,
arrulla el pesado sueño,
prolonga la imbécil siesta
de la imbécil servidumbre
de la mujer que allí reina.

¿Queréis que revele el nombre
que la soberana lleva?...
Es su nombre: *la Ignorancia*,
audaz, vanidosa, vieja;
su razón es el capricho,
porque la razón detesta;
su progreso es la costumbre;
ojos tiene, pero es ciega,
y muchos que no son ciegos,
ciegos obedecen á ella.

II

En lontananza se mira
brillar como punto de oro,
linda luz que del Oriente
se aproxima poco á poco.
Después, de dos peregrinos
los bultos antes dudosos
se ven: un viejo con alas;
en su aspecto grave y hosco,
y empuña reloj de arena,
cuyo finísimo polvo
anuncia que de la calma
el fin encuéntrase próximo.
Lo sigue una linda virgen:
la Reforma.—Lindo el óvalo
es de su faz, y es muy linda
la expresión que hay en sus ojos.
Cubre sus formas de hada
ropa más blanca que el copo
de nieve. Brilla en su frente
diadema de fuego rojo.
Su marcha es firme, y el eco
de su paso á uno tras otro

de los que duermen despierta;
y enciende la ira, el odio,
en aquellos que no quieren
dejar el sueño sabroso.

III

La caverna al fin invade
la luz que su frente arroja;
y al herir sus resplandores
el imperio de la sombra,
todos se levantan.—Unos
la saludan y la adoran;
pero otros cierran los ojos,
porque su brillo les choca.
Los primeros dicen: *Tú*
eres la verdad, Reforma,
¡bendita seas y bendita
sea tu luz reveladora!
Los últimos gritan: *Eres*
la impiedad y la discordia,
¡maldita seas, que á tu frente
maldita luz la corona!
¡Adelante! dicen unos,
¡atrás!—otros con voz ronca.
Y los que roncaban juntos
bajo el sudario de sombras,
hoy á combatir se aprestan
ebrios de sangre y de cólera.

*

Brillan desnudos aceros,
y los fusiles detonan;
el clarín rompe los aires,
y los cañones rimbomban.
Alzanse nubes de polvo,
jinetes van, vienen, chocan;
el *¡ay!* de los moribundos
horribles gritos ahogan:
la sangre mancha la tierra,
está la muerte de broma,

que la cuba de Tomiris
se llena hasta que desborda,
y en su rojo contenido
el rencor infame boga.
Sigue una lucha á otra lucha;
tras una batalla, otra;
que en ese interno combate
nadie alcanza la victoria;
y entretanto que unos bajan
á colonizar las fosas,
hay otros, los escogidos,
que suben, medran, engordan,
y los que aguadores eran
en generales se tornan.
La Ignorancia al fin despierta;
imprime diversas notas
á sus cantados bostezos;
se espereza, se prolonga,
y de la lid el rüido
no altera su calma insólita;
que sabe que es su reinado
eterno.—Si una victoria
obtienen los reformistas,
se disfraza de *Reforma*,
y burla de su enemigo
las conquistas ilusorias.
Y la *Reforma* que es joven,
inexperta, candorosa,
deja á su rival que usurpe
el puesto que á ella le toca.
El Tiempo entonces le dice,
sin pararse: *Tú, ahora*
eres «La Ignorancia,» lucha,
que atrás viene otra Reforma.
Las escenas se repiten,
y van y vienen reformas,
que siempre conduce *El Tiempo*
tras una *Reforma* otra;
y todo reforma el hombre,
y al hombre nada reforma.

SOMBRA

I

¿Quién eres, di, sombra errante,
que me sigues pertinaz,
y doquiera que la faz
vuelvo, te miro delante?
¿Eres la memoria estuante
de lejano devaneo,
ó al engendrarte el deseo
con mi propio sér batallas?
¿Por qué sin saber do te hallas
en todas partes te veo?

II

¿Eres éter desprendido
de la región impalpable,
por mandato inextricable
en fantasma convertido?
¿O de mi llanto vertido
el vaporoso ardimiento
finge una forma en el viento,
forma que amo y acobarda?
¿eres ángel de la guarda?
¿eres mi remordimiento?

III

Cuando la noche sus mares
de sombra, en la tierra vierte,
y en mi lecho caigo inerte,
nutrido de mil pesares;
dejando tal vez tus lares
fantásticos, apareces,
y si el afán toma creces,
me levanto como loco.

por ver si tu sombra toco,
y al punto te desvaneces.

IV

Mi extraviada fantasía
con distintas formas pueblas,
eres luz en las tinieblas,
y sombra en la luz del día.
Inspiras á mi ardentía
amor que entraña el espanto;
¿por qué desde el camposanto
me recuerdas, por mi mal,
una historia criminal
que santificó mi llanto?

V

Te adoro, sombra imposible,
como al arcángel enteo,
y aunque nada, nada creo,
hoy me asombra lo increíble.
¿Por qué no eres ¡ay! tangible,
sombra del alma adorada,
sombra de la infortunada
que mi labio en sueños nombra?
¿por qué no me vuelvo sombra
para fundirme en tu nada?

VI

Sombra de la amada mía,
que brillas lánguidamente,
como brilla una palente
estrella, en la noche umbría.
¿Por qué en mi audaz fantasía
vives, memoria de ayer?
¡Oh quién pudiera creer
que entre la bruma del sueño
amara con loco empeño
á un sér que no puede ser!

VII

Te veo unas veces, estela;
otras, estatua marmórea;
otras, visión incorpórea;
otras, cual luna á quien cela
denso vapor que la vela,
y otras, como esos quemantes
rayos de sol, que anhelantes
al entrar por el balcón,
fingen faja de crespón
llena de átomos brillantes.

VIII

Te adoro intuitivamente,
y vuela, si estoy dormido,
mi espíritu desprendido
tras tu forma transparente.
Ojalá nunca la mente
por tu presencia exaltada
llegue á verte evaporada;
porque quiero al fenecer
dar á tu nada mi sér,
ó ser con tu nada, nada.

EL TAHUR FULLERO

SONETO

De proyectos preñada la mollera,
punto en la banca y en la vida cero,
y más tacaño mientras más fullero,
si gana miente, si perdió exagera.

Amistad... gratitud... eso es... ¡quimera!
que sólo por jugar ama el dinero,
y por llevarse el oro del montero
jugara hasta el honor, si honor tuviera.



Pero tú burlas a todos
porque al fin eres mujer.
PLAZA

A la fortuna.—Página 115

Son los *pichones* su mejor comida,
le *pone plan* á su mejor amigo,
su fe, su religión, es la partida

y los naipes, su gloria y su castigo;
que *haciendo burros* mil pasa la vida
y acaba en la vejez hecho mendigo.

A LA LUNA

I

¡Salud! salud, antorcha refulgente,
vestal sublime del ignoto cielo,
tímida maga de la humilde frente,
íris de paz, emblema de consuelo.

Con qué silencio en la cerúlea esfera
de blanca luz circundas tu camino:
¡bendita seas, angélica lumbrera,
que al hombre consolar fué tu destino!

Prosigue en paz, princesa veneranda,
desde tus ricos, luminosos lares,
tendiendo tu magnífica opalanda
sobre el cristal de los inmensos mares;

que yo, Luna, te adoro reverente;
porque tu disco de crespón inspira
al resbalar por mi rugosa frente,
notas de amor á mi olvidada lira.

Al infeliz que pisa moribundo
sin amores, sin fe, sin esperanza,
el triste yermo del trillado mundo,
sólo tu vista á consolarlo alcanza.

Yo tengo un alma en el pesar nutrida,
alma rebelde que lo niega todo,
y un corazón donde el cinismo anida:
¡formado al fin el corazón de lodo!

Hay un genio infernal que me aconseja
y que rebulle dentro el alma hirviendo...
mucho he sufrido, y la virtud se aleja
de los que viven, como yo, muriendo.

¿Por qué el mortal en impotencia ruda
débil nació, como tremblante caña?
Díme: ¿por qué la matadora duda
deseca el corazón, el alma empaña?

A otra existencia, á mi pesar, no aspiro
cuando la frente el padecer me oprime;
pero apareces, y en tu rostro miro
algo de grande, como Dios sublime.

Si hay otra vida tras el ancho cielo,
tan linda como luz de tu mirada,
¡dímelo por piedad! rompe ese velo
que ofusca mi razón desesperada.

II

Las creencias que me inculcaron
volaron,
volaron ¡ay! porque amé
con locura; fuí vendido,
y el amor escarnecido
es la tumba de la fe.

Llena el alma de amargura,
sin ventura
vago errante por el suelo,
agitado, moribundo,
sin ilusión en el mundo,
sin esperanza en el cielo.

Mas... ¿veo tu faz eclipsada?
¡desgraciada!
tal vez, como yo, sufriste...
¿las estrellas que cintilan
y bajo tu pie vacilan,
son lágrimas que vertiste?

¿O el Señor de su diadema
suprema,
viendo tu faz que me asombra
los brillantes arrancó
y al éter los arrojó
para formarte una alfombra?

Díme, en fin, de donde vienes
y si tienes
alma, que se agita en pos
de la dicha, que no espero,
ó eres sólo pebetero
que arde en el trono de Dios?

Díme, Luna, por piedad
la verdad:
¿te sacó Dios de la nada
por realizar amoroso
algún sueño vaporoso
de su Madre inmaculada?

¿Nunca envolverá tu luz
el capuz?
¿Siempre verás inmutable
á las edades hundirse
y los tronos convertirse
en vil polvo miserable?

¿O te entregarás inerte
á la muerte?
¿También ¡ay! tu lácteo velo
vendrá su mano á rasgar?
¿Será tu sepulcro el mar?
¿Será tu sudario el cielo?

III

¡Oh! si pudiera, antorcha sacrosanta,
remontarme á esa altura diamantina,
poner mi frente donde está tu planta
y allí beber la inspiración divina,
audaz entonces, con robusta mano
en la lumbre del sol quemara el velo
que cubre de los hombres el arcano,
por ver de qué eres tú, y si hay un cielo.

FUEGO PATRIO

SONETO

Es muy lindo sorber trago tras trago
y beberse botella tras botella,
y adormirse en el seno de una bella
y devolver halago por halago.

¡Ruja la tempestad! Terrible estrago
cause á mi expatria su maldita estrella.
La muerte imprima por doquier su huella,
mientras yo mis caprichos satisfago,

llámese á la tontera patriotismo,
truene el cañón con estampido sordo
y cargue el diablo con el diablo mismo.

¿Qué me puede importar cuando yo engordo,
y en carruajes, en tívolis, en bailes
boto las rentas que soplé á los frailes?

CANCION

Fantástica virgen,
visión ideal,
más linda que el cielo
es linda tu faz.

Yo sueño contigo
de amor un Edén,
que endulzan tus labios
del alma la hiel.
Tus labios más frescos
que rojo botón
de rosa, nacida
allá en Jericó.
Olvido las penas
que un tiempo sufrí,
si miro que al verte
me miras á mí.
¿Por qué al conocernos
temblaste y temblé?
¿Por qué sin hablarnos
me amaste y te amé?
¿Por qué nuestros ojos
cruzaron su luz?
¿Por qué nuestras almas
se hablaron de tú?
Dios quiere, sin duda
llevarse hasta El,
fundidos en uno
tu sér y mi sér.
Si te hago dichosa,
tú me haces feliz,
cual hiedra en el olmo
uniéndote á mí.
Tu amor es mi vida,
tu vida es mi amor;
y te amo cual ama
el campo á la flor.
Cual forman dos gotas
un solo cristal,
formamos nosotros
un alma no más.
Es tuya mi vida,
yo vivo por ti;
por eso abrazados
debemos morir.

VALLE DE GOCES

SONETO

Es la gloria fantasma de colores;
la vida es un infierno pasajero;
la amistad, accidente del dinero,
el amor es un Gólgota entre flores.

La juventud es germen de dolores;
la vejez, una infancia sin babero;
la ciencia altiva del mortal, un cero;
los altares de Cristo, mostradores.

Los vicios todos en la tierra moran
y perdida lloramos la esperanza;
pero aunque hórridas penas nos devoran,

—según Ripalda—todo aquí es bonanza;
pues siendo bienhadados los que lloran,
este es el valle de la bienandanza.

Á ***

I

Por ti, mujer divina, en éxtasis levanto
las notas que despide mi tétrico rabel;
por ti, mujer, que enciendes el fuego sacrosanto,
que al cundir por mis venas enaltece mi sér.

Por ti, mujer divina, hermosa luz sin sombra,
transpórtame á los cielos excelsa beatitud,
y quisiera á tus plantas tenderles por alfombra
las trémulas estrellas que brillan en el tul.

Sí á Dios por un momento su *Fiat* arrebatara
tan sólo me ocupara de hacerte muy feliz

y sin goces al cielo y á la tierra dejara
por dártelos ¡divina! por dártelos á ti.

Porque el amor inmenso que dentro el alma brota,
ese amor le da vida al muerto corazón,
así como da vida la transparente gota
al pétalo rugado que el viento marchitó.

Es tu alma como mi alma, ardiente como fuego,
y mi alma sin tu alma no puede ya vivir:
yo quiero poseerte y condenarme luego,
que hasta la eterna gloria despreciara sin ti.

Yo que lloré perdida la luz de la esperanza,
yo que el horrible cáliz del dolor apuré,
aun miro, porque te amo, brillar en lontananza
un porvenir de dicha... Eres mi última fe.

Y yo te necesito, así como alimento,
así como del agua necesita la flor,
así como las aves necesitan del viento,
así como la tierra necesita del sol.

Si tomo entre mi mano esa tu mano blanca,
y la llevo á mi seno convulso de placer,
yo siento que un suspiro del corazón se arranca,
suspiro que me lleva de Dios hasta el dosel.

Si vieras que de noche, rendido abandonado,
aunque el sueño me venza, pensando estoy en ti,
y tu virgíneo rostro de blanca luz bañado
como ángel de mi guarda, le miro junto á mí.

II

En ti nada más pensando
y tu imagen siempre viendo,
y contigo delirando,
y en sueños contigo hablando,
mi vida estoy consumiendo.

Que mis pensamientos son
tuyos, tuya mi existencia,
y tuya la pulsación
que agita mi corazón
con volcánica violencia.

Eres la dicha á que aspiro;
eres la luz con que veo;
eres aire que respiro;
eres la Virgen que admiro;
eres el Dios en quien creo.

III

Y yo, mujer, te juro guardar inmaculado
en lo íntimo del alma tu divinal amor;
que si tu amor me falta, seré desventurado,
y entonces, no lo dudes, me arranco el corazón.

AMISTAD

SONETO

Amistad... amistad... ¡frasismo vano!
el hombre, por esencia comerciante,
cuando puede comprar es un gigante,
cuando quiere vender es vil gusano.

Ya que hay en la amistad Mercurio y Jano,
me vuelvo como todos, traficante,
me pongo al mostrador con buen talante,
y doy la mano al que me da la mano.

Al que no deja, mi prudencia evita;
al que no quita, mi candor corteja;
y en mi libro de caja queda escrita

esta útil, excelente moraleja:
siempre algo deja lo que nada quita,
siempre algo quita lo que nada deja.

SOMNIUM

Pulvis es et in pulverem reverteris.
Gén.—3—19

Esta vida es un misterio,
una visión vaporosa,
una vereda escabrosa
que conduce al cementerio.

Siempre la ambición que mueve
siempre delirios que embriagan,
siempre sueños que no apagan
ni los años con su nieve.

El hombre hasta vacilando
al borde del ataúd,
sueña, en su decrepitud,
siempre la dicha esperando.

Porque la esperanza trunca
muestra siempre su faz bella,
y siempre el hombre tras ella
corre, sin tocarla nunca.

Y siempre su engaño fragua
y siempre loco delira,
y vive entre la mentira
como el pez vive en el agua.

Busca la verdad su anhelo,
y halla la razón curiosa,
misterio es la negra fosa,
misterio es la luz del cielo.

Porque ni esa luz alumbra
á la extraviada razón...
esa luz, es ilusión;
en vez de alumbrar, deslumbra.

Esta vida infortunada
que ama el hombre con empeño,
es un ¡ay! dentro de un sueño;
es un algo de la nada.

Es aire que en su carrera
teje un velo de crespones;
es un nido de ilusiones
dentro de una calavera.

Es óptica embarcación,
que mira un ciego soñando,
estela que va dejando
sobre mares de ilusión.

Es un eco pasajero;
es impenetrable esfinge;
es el fantasma que finge
la sombra de humo viajero.

¿Qué es la vida que la suerte
con tanto rigor agita?...
—Palabra en el viento escrita
por la mano de la muerte.

*

Todo, Muerte, lo derrumbas,
todo tu poder asedia;
porque la vida es comedia
sobre tablado de tumbas.

Todo tu poder alcanza,
todo tu poder nos roba,
que barriendo va tu escoba,
sueños, dolor, esperanza.

Sigue, Muerte, haciendo guerra
sin piedad á los humanos,
con tu cetro de gusanos
y tu corona de tierra.

Al fin la tierra que halaga
es madre nada ruin,
nos alimenta, y al fin
¡¡qué buena madre!!... nos traga.

EL POETA Y EL FRAILE

SONETO

En púlpito lujoso encaramado,
pobreza el fraile con fervor predica,
y las ventajas del ayuno explica,
diciendo que la gula es gran pecado.

El hambriento poeta desdichado
encomia en su zahurda triste y chica,
el lujo, los placeres y la rica
mesa, que tiene gusto delicado.

¿Por qué el fraile que traga sin conciencia,
quiere que expire su rebaño de hambre?
¿Por qué el poeta encomia la opulencia,

cuando carece de camisa y fiambre?
Porque en el mundo, con diversos modos,
todos procuran engañar á todos.

GOTA DE HIEL

Lasciate ogni speranza.
Dante

Entre la sombra del dolor me hostigo
sin que una luz ante mis ojos radie,
y bostezando, mi existir maldigo
sin creer en nada, sin amor á nadie.
Para mí la esperanza está perdida,
nada me importa mi futura suerte,
ni tiene objeto mi cansada vida,
que al corazón se anticipó la muerte.

Desde que al mundo vine, desgraciado
un Gólgota infernal he recorrido;
y no hay tormento para mí ignorado,
que todos los tormentos he sufrido.
Mis horas de penar son infinitas,
horas que el alma de ponzoña llenan,
horas de mi expiación, ¡horas malditas!
en el reloj de los infiernos suenan.
A nadie importa mi dolor eterno,
y vago triste, descreído, aislado,
como vaga en los antros del infierno
el *¡ay!* desgarrador del condenado.
A los hombres fastidio y me fastidian,
que rüines los hombres me parecen:
en la miseria estoy, y así me envidian:
desgraciado me ven, y me aborrecen.
Los hombres me desdeñan, y por eso
alzo orgulloso mi estigmada frente,
que soy un Job con ambición de Creso,
un reptil con instintos de serpiente.
También encuentro ponzoñoso gusto
al mirar otro ser desventurado;
porque así el corazón se vuelve injusto
luego que el corazón es desgraciado.
Sér de fastidio y de ponzoña lleno,
tengo de ira el corazón beodo:
¿qué extraño es que se convierta en cieno
una entraña que Dios formó de lodo?
Era mi corazón cáliz de llanto,
del mundo en el vaivén quedó vacío,
y aunque me hace reir el desencanto,
me duele el corazón cuando me río.
Esconde el corazón su mal profundo
y ya no busca el corazón consuelo,
que un desgraciado más no importa al mundo,
ni un réprobo de más importa al cielo.
Y marcho, y la desgracia va delante
marcándome la ruta que yo sigo:
¡pobre de mí, cantor extravagante,
mezcla vil de filósofo y mendigo!
Ya no lloro perdidas ilusiones,
ni el temor me desvela, ni el deseo,

ni me importan las negras decepciones,
ni espero porvenir, ni en nada creo:
que fué la gloria mi ilusión un día
y mi alma era como fuego ardiente;
y por eso, convulso, en mi agonía
soñé con un laurel para mi frente.
Indiferente á todo, ya no quiero
ni la gloria que audaz busqué anhelante;
porque forma la gloria del coplero
un sambenito de oropel brillante.
Recoge espinas, y prodiga flores,
porque el coplero en la mundana feria
vive atado con cintas de colores
á la picota vil de la miseria.
Hoy que las penas sin gemir soporto,
hoy que no sueño cual soñaba necio,
nada me importa ya, ni á nadie importo,
y hasta la gloria que adoré, desprecio.
Porque la gloria que desvela al hombre
es una necedad abrillantada:
¿de qué le sirve perpetuar su nombre?...
no quiero gloria ya, ni quiero nada.
¿Conqué seré feliz?—Nada hay bastante
para darme esa dicha que yo anhelo,
que siempre encuentra mi ambición gigante
pequeño el mundo y aplastado el cielo.
Nada tengo, ni nada necesito,
ni corro ya tras locas ilusiones,
que en las zarzas de un Gólgota maldito
dejé de mis creencias los girones.
¡Ilusiones!... ¡Amor!... Fué necesario
que marchaseis al fin; pero no os siento,
lentejuelas pegadas al sudario,
pedazos de oropel que barre el viento.
No más soñar: fantasmas de colores,
idos, idos de aquí, quiero el olvido;
porque es risible coronar de flores
un ridículo cráneo encanecido.
Gastado el corazón, herida el alma,
llegué por fin de la vejez al puerto;
voy á dormir en perezosa calma:
¡adiós, edad, en que soñé despierto!

EL BORRACHO

SONETO

Generoso en la copa, ruin en todo;
ronca la voz, inyecta la mirada,
párpados gruesos, faz abotagada,
y siempre crudo, cuando no beodo.

Perdida la razón, goza á su modo,
y nunca estar en su razón le agrada;
que el vino es todo, la razón es nada,
y sólo vive al empinar el codo.

Cuando á inflamarle empieza el aguardiente,
lenguaraz, atrevido y vivaracho,
es intrépido, franco y excelente

amigo; pero juzgo sin empacho
que no es franco, ni amigo, ni valiente;
porque el borracho, en fin, sólo es... borracho.

LAGRIMAS Y FLORES

Á VIRGINIA

Soy el coplero cuyo cinismo,
ha muchos años que celebró,
en el estruendo de las orgías,
los funerales del corazón.

Mi cráneo, que antes se enardeciera
de los ensueños con el calor,
de lindos sueños está desierto,
porque no es cierto lo que soñó.

Entre los sueños encantadores
estaba oculta la decepción,

y el desencanto con mueca horrible
vino á burlarse de mi candor.

Soberbio entonces bajé al infierno
de infame crápula que me abrasó,
y con sonrisa mefistofélica
á las virtudes les di mi adiós.

Al ver que huyeron mis esperanzas,
lleno de ira me dije: «¡oh!
las esperanzas son ilusiones,
las ilusiones mentira son.»

Y con mi tedio de condenado,
con la amargura que da el dolor,
en malos versos le doy al mundo
la horrible presa de que me hartó.

Que rencoroso pulso mi lira,
lira tan negra como el carbón,
y en cada nota que de ella salta,
se oye el rugido que da el rencor.

Cantor histérico del torpe vicio,
busco en el vicio la inspiración;
y á las virtudes y á las bellezas
jamás, Virginia, les canto yo.

Pero á ti, joven, que eres tan pura
como el aliento de linda flor,
te doy un canto, yo que en el lodo
perdí las flores del corazón.

Eres tú, virgen, llena de gracia,
porque de gracias Dios te formó;
tienes tus ojos color de cielo,
tienes las trenzas color de sol.

Tienes un tipo muy elegante,
cuerpo de reina, dulce la voz,
y tu epidermis es fina y blanca
más que la nieve del Septentrión.

Cuando en tus labios, al conocerte,
vi una sonrisa, me pareció
tu dentadura nido de perlas
entre una rosa de Jericó.

Angel sin alas, que descendiente
de la sagrada linda región,
por ti los cielos vistieron luto,
por ti la tierra se engalanó.

Eres más bella que la esperanza,
más vaporosa que la ilusión;
y donde pones tu pie pequeño,
pone sus labios el casto amor.

Eres la reina de las hermosas,
porque natura te concedió
tantos hechizos como cabellos
tienen tus trenzas color de sol.

Eres más noble que el sacrificio;
interesante más que el pudor;
envidia causas á las mujeres;
pero á los hombres admiración.

Por eso, niña, cuando te canto
mis ilusiones, llorando estoy...
perdona, virgen, si mis cantares
de tus encantos indignos son.

Para cantarte cual tú mereces,
preciosa rubia, quisiera yo
subir al cielo, robar su lira
al increado poeta Dios.



Formamos nosotros
un alma no más.
PLAZA

Canción.—Página 133

NADA

SONETO

Nada es quien fué nada.
Pirron

Nadaba entre la nada. Sin empeño
á la vida, que es nada, de improviso
vine á soñar que soy; porque Dios quiso
entre la nada levantar un sueño.

Dios que es *El Todo* y de la nada es dueño,
me hace un mundo soñar; porque es preciso:
El, siendo Dios, de nada un paraíso,
formó, nadando en eternal ensueño.

¿Qué importa que en la nada confundida
vuelva á nadar, al fin, esta soñada
vil existencia que la nada olvida,

nada fatal de la que fué sacada?...
¿Qué tiene esta ilusión que llaman vida?...
—Nada en su origen—¿y en su extremo?—¡Nada!

LA NOCHE

Tiende, noche, tu lóbrego manto,
y en un mar de tinieblas, al sol,
ahoga, noche, que quiero mi llanto
esconder en tu negro crespón.

Ya no quiero ni gloria, ni amigos,
ni esperanza, ni amor, ni virtud;

quiero sólo quedar sin testigos;
quiero sombra; detesto la luz.

Quiero el llanto verter que nutriendo
está siempre mi vida infeliz,
y correr dando un grito estupendo,
y después como loco, reír.

Que la luna entre sombras sepulte
su maldita montaña de luz,
cielo y tierra á mis ojos oculte,
negra noche, tu negro capuz.

Que ni el eco á la voz corresponda,
que se enlute del campo el verdor;
que ennegrezca el cristal de la onda;
que se arrastre maldita la flor.

Sólo se oiga del noto el silbido
y del mar el solemne rugir,
de agorera lechuza el graznido
de la alondra el doliente gemir.

La pavura del gélido osario
reine en torno; que el éter azul
se convierta en inmenso sudario
y la tierra en gigante ataúd.

De relámpago rojo las luces
en el cielo de luto al flagrar,
sólo alumbren de tumbas y cruces
un calcáreo fatídico erial.

Si en el cielo, de bilis preñado,
brilla acaso de luna el fulgor,
que su disco de sangre manchado
enrojezca ese cuadro de horror.

Las campanas distantes produzcan
un tañido llorón, sepulcral;
y los miasmas infectos conduzcan,
salmodiado, imponente cantar.

Forma vana, severa, imposible,
abandone el podrido ataúd:
misteriosa, cariada, terrible,
vuelva un punto del sér á la luz.

Y sus órbitas duras esmalte
fosforente, siniestro brillar,
y de su antro de hueso que salte
carcajada estridente, fatal.

Que del rayo la voz tan temida
truene y cruce distancia sin fin,
y la tierra por él sacudida
se abra y brote cadáveres mil.

Las culebras se empinen silbando,
ruja sordo el terrible huracán;
y los cuervos fastidien graznando;
vengan rayos la fiesta á alumbrar.

Esqueletos y momias horribles
que la mano amarilla se den,
y las piernas torcidas, risibles,
muevan todos con lento vaivén.

Y pedazos de tumba saltando,
cruces, huesos y trozos de cal,
al impulso del viento chocando
improvisen orquesta infernal.

Y con cauda de sombras tejida,
la diadema de fuego en la sien,
desde un trono de tumbas presida
el festín de los muertos, Luzbel.

El infierno en sus antros se agite;
carcajadas arroje el dolor,
y una voz estentórea que grite:
¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!

. . . .
. . . .
. . . .

II

¿Y la noche?... ¿Qué es la noche?
Línea de sombras, que Dios
en medio de dos crepúsculos,
por dividirlos, tiró:

tenebroso mar con débiles
ondas de luz y vapor,
do el desengaño navega
remolcando á la ilusión:

cortinaje de tinieblas
bajo el cual, en vil jergón,
duerme el pobre, en tanto en púrpura
tal vez se agita el señor:

caleidoscopio enlutado
que muestra en gira veloz
embusteras ilusiones
y espectros que dan pavor:

tumba inmensa en que sepulta
su pena y su humillación
el infeliz que en el sueño
único placer halló;

de ese sueño que es tristeza,
honda laxitud, sopor,
paréntesis de la vida,
estupidez, absorción.

El desdichado quisiera
nunca despertar, que el sol
le trae sólo pesares,
luto y desesperación.

De quien oprimido vive
entre miseria y dolor,
es su consuelo la noche,
dormir su placer mayor.

¡Salve, noche! ¡Te bendigo!
En tu funeral crespón
oculto el llanto salobre
que mi mejilla escaldó.

Y tranquilo en sueño blando
venturoso á veces soy,
porque en la vida del sueño
sueño otra vida mejor.

III

Sueño es la vida; lloramos y reímos,
porque soñamos sin cesar despiertos,
hasta que un sueño, sin soñar, dormimos
entre sombras y tumbas con los muertos;
que á la nada fatal de do salimos,
á esa nada fatal tornamos yertos;
y en la noche solemne, impenetrable,
descansamos en sueño perdurable.

A INES NATALY

SONETO

Quiso mostrarse la clemencia santa
y te infundió su soberano aliento;
puso en tus ojos luz de firmamento
y del ángel el trino en tu garganta.

Y admirándose al ver belleza tanta,
Baja—te dijo—*al valle del tormento,*
y cuando el hombre en negro desaliento
clame: ¡NO EXISTE DIOS! *mírale y ¡canta!*

Y tú, cisne del cielo, la armonía
nos revelas del cielo al escucharte;
yo, que olvidado al cielo ya tenía,

enviada del Señor, quiero cantarte,
que aunque la fe del alma apagó el llanto,
donde Dios se revela, allí le canto.

LEJOS DE TI

Lejos de ti, mujer encantadora,
sólo encuentro fastidio en derredor;
fastidio horrible al corazón devora,
porque sin ti no alienta el corazón.

Lejos de ti, el triste pensamiento
tu imagen halla sin cesar doquier,
y tu imagen divina es mi tormento,
y tu imagen divina es mi placer.

Lejos de ti, si miro á otras mujeres
radiantes de belleza y juventud,
no ambiciono sus mágicos placeres,
que mi único placer, linda, eres tú.

Lejos de ti, no encuentro qué me halague,
en ti pienso las horas sin contar;
y al querer que la mente se divague,
entonces en ti pienso más y más.

Lejos de ti, de noche, en mi retiro,
es cuando más estoy cerca de ti,
porque tu imagen en el sueño miro
bañada de pureza junto á mí.

Lejos de ti, la vida es un desierto,
porque *lejos de ti*, mujer, estoy
como sin aire las canoras aves,
como sin agua la marchita flor.

Lejos de ti, no vivo, bien lo sabes;
un horizonte lúgubre, sin luz,

Océano las lágrimas sin puerto,
un sudario maldito, un ataúd.

Lejos de ti, mi vida es el hastío;
porque mi vida absorbe la pasión,
como absorbe á la gota de rocío
la arena del desierto abrasador.

Lejos de ti, con júbilo muriera
si enterrarme quisieran á tus pies,
y cadáver tus lágrimas sintiera
sobre mi yerto corazón caer.

Lejos de ti, mi frente está abatida;
lejos de ti, mujer, no soy feliz;
lejos de ti, no quiero ni la vida,
que vivir no es vivir *lejos de ti*.

POLITEISMO

SONETO

Tres dioses hay en uno soberano
del romanismo en los celestes lares;
dioses hay del salvaje en los aduares,
y en el Nimbos también, del bonzo ufano.

En el absurdo Olimpo del pagano
los dioses se registran á millares;
dioses hay de Vischnú en los altares,
y de Mahoma en el Edén liviano.

Con tanto dios y tanto paraíso,
brota la horrible duda que atormenta,
pero la duda cesa de improviso:

hé aquí la solución que se presenta:
Dios hizo al hombre; pero el hombre quiso,
haciendo dioses, liquidar la cuenta.

A UNA PRIMERA DAMA

EN SU BENEFICIO

¿Qué es el arte?—De dolores
un germen, lleno de encanto;
sol de quemantes fulgores;
divino carmen de flores
que riega el alma con llanto.

¿Qué es la luz?—Un pensamiento.
¿Y la gloria?—Una emoción
en que hay placer y tormento;
porque el mundo da al talento
aplausos y proscripción.

. . . .

Artista, la gloria quema;
el laurel se torna en palma;
el aplauso es anatema:
porque el arte su diadema
forma con llanto del alma.

Por eso tú, á quien pregona
la fama actriz, y caminas
entre aplauso que emociona,
te ciñes bella corona
de laureles y de espinas.

Sufre y triunfa: es necesario
ya que tu ingenio profundo
orna del arte el santuario,
que atravieses un Calvario
entre el aplauso del mundo.

Sufre y triunfa: al fin la historia
vendrá de tu nombre en pos,
para guardar tu memoria;
que si Dios es todo gloria,
la gloria es algo de Dios.

¡SIEMPRE SOLO!

SONETO

Si de la blanca aurora diamantina
se dibujan los célicos albores,
los pájaros del viento moradores
al éter mandan su canción divina.

Y si el sol orgulloso se reclina
sobre un lecho radiante de colores,
llenas de amor las carminadas flores
entreabren su corola purpurina.

Todos tienen un sér que los comprenda,
yo al vicio y la virtud indiferente
aislado cruzo la maldita senda,

cual se arrastra en las rocas la serpiente;
mas tengo un alma de vivir cansada
que ni al cielo ni al mundo pide nada.

EN EL CAMPO

I

Te saludo, santuario del reposo,
como al Monte sagrado el pasajero;
bendito seas, oasis misterioso,
de bienandanza asilo verdadero.
Ojalá que á la sombra de este añoso
árbol, encuentre la quietud que espero,
y un instante siquier torne á la vida
un alma por el vicio carcomida.

II

De rica pompa te vistió natura,
hibleo vergel, do cantan ruiseñores;

te dió un riachuelo cuya linfa pura
despide á la alborada sus vapores,
y de tu suelo en la feraz llanura
rosas tejió de límpidos colores,
que abren su botón sin pesadumbre
del astro rey al resbalar la lumbre.

III

Foco de luz, Edén privilegiado
que respetan tal vez las tempestades;
alcázar de esmeralda fabricado
por Aquel que gobierna las edades;
paraíso de flores habitado
por feronias, ondinas y oreades;
en ti de Dios lo grande se retrata,
y al visitarte el pecho se dilata.

IV

Es de tisú tu pabellón ingente
que en perlas mana líquido rocío;
huele á jazmín el tu aromoso ambiente
de azahar es tu bosque tan sombrío,
y en roca de coral brota el torrente
de plata pura que se vuelve río:
por eso yo, tan linda al contemplarte,
tierra de promisión, quiero besarte.

V

Feliz si aquí sin pena y sin desvelo
resbalaran mis horas venturosas,
mirando en el esmalte de tu cielo
las de oro y nácar nubes vaporosas.
Ese Edén imposible que yo anhelo,
lleno de luz, de aromas y de rosas,
realizado en tus cármenes lo viera,
y de Dios la clemencia bendijera.

VI

Si con la virgen que adoré soñando
al asomar mis años juveniles,
aquí estuviese de su amor gozando,
pasara nuestra vida en los pensiles
como dos colibrís pasan cantando,
y fueran nuestras almas infantiles
cual dos gotas del cielo desprendidas
en el nectario de la flor unidas.

VII

Corriera tras mi linda en el boscaje
siguiendo las pintadas mariposas,
y el aura al recoger el fino encaje
me enseñara sus formas deleitosas:
y al detenerla en sólito paraje
mirara sus pupilas ardorosas,
nácar la faz, el pelo destrenzado,
y palpitante el seno fatigado.

VIII

Y de azucenas y claveles rojos
gruta ignota mis manos compusieran,
do no asomaran importunos ojos,
ni las blancas palomas nos sintieran;
y ante ella allí, postrándome de hinojos,
á mi semblante los deseos salieran,
y trémula y medrosa presentara
débil repulsa que el deseo aumentara.

IX

Nos sorprendiera la callada noche,
y al débil rayo de la tibia luna,
cuando cierra la flor su tierno broche,
cuando silencio á majestad se aduna
y se oye sólo, cual lejano coche,
el rüido que forma la laguna

y el cielo vierte mágico beleño,
dijérame convulsa: *eres mi dueño.*

X

Y mi tórrido pecho en el turgente
regazo de la hermosa reposara,
y la ígnea luz de su mirar ardiente
en la región de mi alma se filtrara;
y mi frente se uniera con su frente;
y mi boca á su boca se juntara,
y expirantes los dos, ebrios de amores,
quedáramos sin vida entre las flores.

XI

¡Necio de mí! En medio del tormento
vagas visiones la memoria evoca;
al hombre condenado al sufrimiento,
padecer y morir es lo que toca,
en vano, en vano de gozar hambriento
alza castillos en su mente loca,
que si un instante en su ilusión medita,
viene más negra la verdad maldita.

XII

Huid de aquí, visiones nacaradas,
de blanco lino y de glacé cubiertas:
¿para qué presentáis abrillantadas
imágenes de amor, sombras inciertas,
si ya perdí mis horas encantadas,
si lloro ya mis esperanzas muertas,
y sólo, lejos del mundano asilo,
busco una tumba en que dormir tranquilo?

XIII

Un tiempo fué que al corazón de lodo
le agitaban divinas emociones;
en cáliz de placer bebí beodo
soñando con preciosas ilusiones:

en todo tuve fe, lo amaba todo;
mas vinieron horribles decepciones,
y todo miro descarnado, feo,
y á nadie amo, porque á nadie creo.

XIV

Soy nube tenebrosa que atraviesa
el tendal, por los vientos arrojada;
yo no sé adonde voy, ni me interesa.
Sólo sé que mi vida despreciada
ha de acabar en medio la tristeza,
de Dios y de los hombres olvidada;
y aunque viaje ¡infeliz! de polo á polo,
he de encontrarme solo, ¡siempre solo!

XV

Si un viejo veo de niños rodeado,
cual se rodea de vástagos la encina,
que al oir que le llaman *padre amado*
para besarles trémulo se inclina
y de placer llorando, entusiasmado,
gracias tributa á la bondad divina,
me digo: *á ti, viajero sin abrigo,*
nadie te llama padre, hermano, amigo.

XVI

Si niñas veo de ojos rutilantes,
porque de amor la lumbre reverberan,
que al mirar á sus jóvenes amantes,
que también intranquilos las esperan,
los abrazan convulsas, palpitantes,
cual si un alma de dos formar quisieran,
exclamo: *para mí no hay nada; nada;*
y nadie me dirige una mirada.

XVII

Ama el jazmín la juguetona brisa;
el ave al viento que orgullosa hiende;

la fiera con el monte simpatiza:
ama el sol el azul en que resplende;
el río al mar buscando se desliza:
todo se ama, se aduna, se comprende;
sólo á mi corazón, injusto el cielo,
al ostracismo condenó y al duelo.

XVIII

Y marcho huyendo á la ventura errante,
como rabioso perro perseguido;
miro á todos los hombres el semblante
y no encuentro un semblante conocido:
y si caigo en el suelo, agonizante,
de pesar y cansancio consumido,
pára esa gente, á quien muriendo imploro,
y ni siquier pregunta por qué lloro.

XIX

¡Ah! sólo tengo de dolor postrada
mi pobre madre en su desnudo lecho;
tal vez ahora expira ¡desgraciada!
con flaco rostro en lágrimas deshecho,
y su amarilla mano descarnada
le da tortura á su huesoso pecho,
y, conteniendo el estertor prolijo,
con túrbido mirar busca á su hijo.

XX

Tal vez ¡oh madre! ya no vuelva á verte,
porque así cumpla el hado furibundo;
víctimas somos de contraria suerte,
ambos ludibrios del artero mundo.
Tú dormirás bajo la losa inerte;
yo seguiré mendigo vagabundo,
y en tierra extraña dejaré la vida,
sin que á nadie le importe mi partida.

XXI

Mas cúmplese el decreto inexorable
que dar le plugo al irritado cielo;
al fin en este mundo miserable
mentira es el placer, mentira el duelo;
que puso Dios sapiente, inexcrutable,
pena en la dicha, en el dolor consuelo;
zarza en la rosa, en la ilusión quebranto;
llanto en la risa, risas en el llanto.

XXII

Por eso, resignado y humildoso,
sigo de espinas mi fatal camino.
Quédate, adiós, ¡oh campo tan precioso,
con gayas flores de matiz divino!
Siempre serás oasis misterioso
que en éxtasis admire el peregrino;
mientras yo soy, en la revuelta vida,
pobre basura entre el turbión perdida.

EPIGRAMAS

Aquí yace Blas Quiroga,
¡hasta el entierro hizo droga!

*

Dicen que divina fué
la invención del matrimonio;
con tal invención, á fe,
mucho ha ganado el demonio.

*

La hermosa doña Ventura
descansa aquí boca-arriba.

porque cuando estaba viva
le agradaba esa postura.

*

Y ¿cómo es el diablo, madre?
dime, para entretenernos.
—Es viejo, feo y con cuernos.
—¡Si será el diablo mi padre!

*

La virtud de Inés no ofendas,
porque me consta que Inés
es mujer de muchas prendas.
—¡Cómo que presta ocho al diez!

*

Más de once mil, ¡no te asombres!
vírgenes el cielo encierra,
¿y que así busquen los hombres
una virgen en la tierra?

*

Buenas cabezas, Tomás,
están del gobierno en torno;
pero á mí me gustan más
aquellas *calientes de horno*.

*

¿Por qué llaman pretendiente
al que anda en pos de un destino
—No lo sé; pero imagino
que es por aquello del diente.



Y expirantes los dos ebrios de amores,
quedáramos sin vida entre las flores.
PLAZA *En el campo.—Página 156*

VIRTUD Y CIENCIA

(PARA UN NIÑO EN UNOS PREMIOS)

Virtud excelsa, tu perfume aspiro
en la voz de mi madre cariñosa,
y de mi sueño en el crespón te miro
tranquila sonreír, virgen preciosa.

De blanca veste y vaporosa falda,
fuente de inspiración. rico tesoro;
flor que mece en varilla de esmeralda
hojas de nácar y botón de oro.

Fuego sublime que el Señor mantiene,
te dió el cielo virtud, por atributo
la ciencia divinal: árbol que tiene
raíz amarga, pero dulce fruto.

Nosotros que á las aulas acudimos
en la plácida edad de la inocencia,
con afán empeñoso te pedimos
un destello de luz. Divina ciencia,

ciencia inmortal, maná del pensamiento,
hija de Dios, angélico preludio
del arpa de Sión, dános aliento
en la senda escabrosa del estudio.

Sea el estudio nuestra única esperanza;
amemos la virtud, niños queridos,
que con ciencia y virtud el hombre alcanza
años preciosos de ventura henchidos.

Al estudio, delicia de los sabios,
consagrad lo mejor de vuestra vida,
y acercará la ciencia á vuestros labios
la copa del placer apetecida.

La ciencia, niños, nos dará renombre;
miremos el estudio con cariño,
porque la ciencia al niño vuelve hombre,
y la ignorancia al hombre vuelve niño.

ENSEÑANZA SUPERIOR

SONETO

Muchachas sin camisa ni tomines,
concepciones de honrada figonera,
que no saben mover una tijera,
ni remendar siquiera calcetines;

pero armadas de lazos y botines,
pretenden sacudir su pobre esfera
aprendiendo posturas de bolera,
y á cantar como en ópera y maitines:

luego que esas chicuelas relamidas
se conviertan en hembras pretenciosas,
Primas Donas, con *puff*, marisabidas,

y nieguen á sus madres haraposas...
para los ricos sobrarán queridas,
para los pobres faltarán esposas.

A MARIA

EN SU ALBUM

Han díchome que tienes,
señora, el alma
como la excelsa Virgen
inmaculada,

y que de niño
tu corazón es casto
como el armiño.

*

Es tu alma—dicen todos—
humo de incienso
que exhalando perfumes
busca lo eterno,
y en espirales
giros, va de la gloria
á los umbrales.

*

Y doquier aseguran
que eres tan buena,
que las virtudes santas
te son ingénitas;
que en tu sublime
alma, el Dios de los justos
su amor imprime.

*

Todos saben, señora,
que eres un ángel,
y lo que saben todos
tú no lo sabes;
porque, María,
es tu modestia ingente
cual tu valía.

*

Yo que en crápula inmunda
crecí maldito,
y al dejar mis creencias
entre los vicios,
necio, beodo,

los brillantes del alma
  arrojé al lodo:

*

  yo que en el fuego impuro,
quemé, señora,
  del corazón las flores
hoja tras hoja,
  y después lleno
de odio, la ceniza
  cubrí con cieno:

*

  yo, en fin, que sin virtudes
me hostiga todo,
  cuando virtudes miro
caigo de hinojos,
  y alzo mi canto
donde quiera que brillan
  con fuego santo.

*

  Por eso mis cantares
consagro á tu alma,
  linda como el ensueño
de la esperanza,
  que entre mujeres,
por tu virtud excelsa
  bendita eres.

¡HOSANNA A LOS PILLOS!

I

  El mundo es comedia,
no sé quien lo dijo,
pero es una farsa

de risa y gemidos,
en que hacen primeros
papeles los pillos.
  Aquel que de honrado
se precia, por digno,
no pasa en la vida
jamás de borrico.
  ¡Dichoso el que lame
como un falderillo,
la pérsica alfombra
de prócer conspícuo,
y brinda gozoso
en prosa ó idilio
por glorias excelsas
de noble caudillo,
cantándole siempre
que es máximo altísimo!
  ¡Feliz el menguado
que haciéndose mínimo,
será con el tiempo
lo menos ministro!
¡que al fin es el pueblo
un pobre pollino,
que nunca las coces
tirar ha sabido,
y carga la carga
sin dar un respingo!
  ¡Dichosos los bajos!
¡dichosos los pícaros!
venid, marmitones,
formad un gran círculo,
cantando entusiastas,
¡hosanna á los pillos!

XI

  Feliz quien del robo
haciendo un oficio,
con veinte por ciento
le presta al vecino.
Y si este se queda
sin torta ni abrigo,

al caco le importa
todo eso un pepino.
El mutuo usurario
es bueno y es lícito;
la ley lo protege,
la ley que hace rico
al noble usurero
que medra tranquilo
sembrando su vida
de goce infinito,
que si ella es el goce,
gozar es preciso.
¡Qué vivan las leyes,
las hembras, el vino!
en rápida polka,
en grave zorcico,
en vals vaporoso,
en danza y en brincos,
con júbilo el caco
arroja este grito:
venid, marmitones,
formad un gran círculo,
cantando entusiastas,
¡hosanna á los pillos!

III

Feliz el que tiene
por cánon político
pasar la existencia
viviendo del fisco.
¡La patria!... ¿qué importa
que ruede al abismo,
y cargue el demonio
con todos sus hijos?...
dichoso el que antaño
quemaba rendido
migajas de mirra
al viejo Benito;
á Lerdo más tarde
y hoy dice á Porfirio
que es de sus adeptos

el más decidido,
y grita entusiasta
que es don Vicentico
general insigne,
muy generalísimo.
  Al ver á éste y otros
famélicos bichos,
que siempre á la nómina
están adheridos,
  gobierne ya Pedro,
ó Juan ó Remigio,
sonando las manos
entonces les digo:
¡salud, miserables!
¡hosanna á los pillos!

EL JUGADOR DEL DOMINO

SONETO

  El lápiz en la oreja prisionero;
su fortuna, el real que está á su frente;
si la pierde, baraja displicente
y cambia de lugar el majadero.

  Pierde ó gane, regaña al compañero,
marca las dobles con destreza ingente;
echa un forro con ánimo valiente
y debe á todos; pero paga cero.

  Es el café su perennal morada;
el *fosforito* su placer más puro;
la pereza se pinta en su mirada;

  y sin goces viviendo y sin futuro,
nada sabe, ni sirve para nada,
ni dispone jamás de un peso duro.

UN EMBUSTERO

FÁBULA

«¡Oid!»—gritaba un charlatán osado,
ante inmenso auditorio de babiecas
que en derredor bullía,
y escuchaba extasiado,
como el concurso aquel de las Batuecas,
ó como escucha á veces
el pueblo rey en alta galería
del onogro conscrito las sandeces.
«¡Oid!»—el badulaque repetía—
«Bajo esta capa que á mi seno arropa
hay oculto un objeto primoroso,
de tan sin par valía,
que por él se navega viento en popa
en el mar de la vida proceloso.
De este objeto adustivo es en el mundo
la posesión, señores, siempre grata;
todos quieren lograrlo,
y hasta el vil avariento por tentarlo,
á pesar de su vicio nauseabundo,
diera al instante su escondita plata.
Preciado talismán, magüer maldito;
todo, todo por él es conquistable:
su poder infinito
un prócer puede hacer de un miserable.
Por él suelen pescar muchos gandules
entorchados, capelos y curules.
El conquista la paz, la guerra enciende,
él trastorna á los reyes y naciones;
vuelve derrochador al mentecato;
convierte á los honrados en bribones,
al viejo vuelve niño, al cuerdo loco,
él convierte en audaz al timorato,
en pobre al rico, viceversa al pobre,
y torna en calavera al mogigato,
pues no existe milagro que no obre.

No hay poder que le iguale:
ni de Moisés la vara prodigiosa;
ni la varita de virtud del cuento;
ni la lámpara asaz maravillosa;
ni el oro, ni el talento
valen lo que éste vale;
porque en el mundo su fatal influencia
es superior al oro y á la ciencia.
Hasta el santo cartujo de la Trapa...
«¡Calle!»—dijo un curioso—«yo ambiciono
conocer lo que oculta y... ¡no se escapa!»
Diciendo así tirólo de la capa
y halló tras ella un desgraciado mono.

¡Cuán cierto es que un hablador tunante
del objeto más vil forma un gigante!

A SOLEDAD AMAT

(EN «FLOR DE UN DÍA»)

SONETO

Y ¿tienes ambición? ¿Excelsa gloria
quieres que brille en tu inspirada frente?
¿quieres que pase á la futura gente
en alas de los genios tu memoria?

¡Bien, Soledad! Es tuya la victoria,
porque tienes de *Lola* el alma ardiente,
porque sientes también como ella siente,
y artista que ama así, pasa á la historia.

Y ¿por qué por la gloria tanto empeño
cuando nada es la vida, y todo en ella
es sueño nada más, es *Flor de un día?*

No... ¡no! que si la gloria fuera sueño,
Dios no hubiera formádola tan bella,
ni en la gloria su sér existiría.

LUZ Y SOMBRA

I

Es la estación de brisas y de flores,
y son bellas las flores y las brisas;
y los pájaros cantan sus amores,
y natura prodiga sus sonrisas.

II

Hermosa noche tiende
su manto. Hermosa luna
de su óvalo desprende
blanquísima la luz:
la luz en que derrama
ilusiones tan lindas,
que por ella se inflama
de amor el cielo azul.

Y fino, apasionado,
por agradarla ostenta
de estrellas salpicado
su rico pabellón.
La dama corresponde
y asoma su faz lánguida,
ó coqueta la esconde
en nube de crespón.

El si la ve, se adorna
con brillo esplendoroso,
y si se esconde, torna
su brillo en lobreguez.
En la órbita estrellada
la eólica pareja
difunde enamorada
sosiego y languidez.

Las palomas amantes
se arrullan, escuchando

las ondas sollozantes
de arroyo de cristal.
La rosa, casta y bella,
se inclina, desfallece,
y viene junto a ella
el viento a suspirar.

Con verde rico traje
la tierra se engalana;
de nieblas en su encaje,
de rosas su corsé.
Del cielo los fulgores,
los poros de la tierra,
las aves y las flores
palpitan de placer.

El aromoso viento
conduce llama tibia,
y quema á fuego lento
el frágil corazón.
En la tranquila calma
de noche tan preciosa,
amor respira el alma,
respira todo amor.

En éxtasis la mente
de Dafne hasta las selvas
en ilusión ardiente
transportada se ve;
ó recorre soñando
de Armida los vergeles,
en intuición gozando
de lo que sueño es.

Ven á mi lado, hermosa,
y en tan lánguida noche
con su venda preciosa
nos unirá el amor.
El hielo de la muerte
de mi alma se apodera;
pero me siento fuerte
de tu seno al calor.

De la noche gocemos;
si el campo no te agrada,
á mi albergue pasemos,
allí te haré feliz.
¿Aceptas? Ven, ¡mi linda!
apóyate en mi brazo
que mi retiro brinda
placeres mil y mil.

III

Y mi frente á tu frente juntando
sentiré de tu sien el calor,
en la luz de tus ojos mirando
el edén que Mahoma soñó.

Tu mirada revélame luego
que de amor te devore la sed;
mas no temas que á mí falte fuego
para el fuego que quema tu sér.

¡Beberemos! La pena destierra,
que la vida es un sueño fugaz,
y el sepulcro es un monstruo de tierra
que más tarde nos ha de tragar.

Mira, bella, el champaña espumoso
cómo sube al dejar su prisión:
bebe más, que ese néctar sabroso
á otro mundo conduce mejor.

Adornaste con flores en vano
tu albo seno que incita á gozar,
que si pongo yo en ellas la mano
hoja á hoja en el suelo caerán.

Bebe más, que beber es la vida,
y es al alma el sabroso licor
lo que lluvia del cielo caída
sobre rama que el noto secó.

Si la vida entre goces exhalas,
y de amor en las tórridas alas
nuestro goce inefable expresemos
con los ojos, mujer, nada más.

Si el vigor con el goce perdemos,
tu sudario será una ilusión,
y si el goce nos hace callar,
volarás hasta un cielo de amor.

Quebraremos las copas, los vasos;
que tus labios de fino carmín,
esos labios de fuego no escasos,
mejor copa serán para mí.

El amor, el placer, los licores,
embellecen la vida fatal;
fabriquemos un sueño de amores,
y no de él despertemos jamás.

Un placer infinito apuremos;
y aunque muertos nos hallen aquí,
nuevos goces los dos inventemos,
que es muy bello gozando morir.

* *

Retírate, mujer. Ya no me beses:
con el cansancio y la vergüenza lidio:
eres caliz precioso en cuyas heces
el brevaje se encuentra del fastidio.
El placer fatigoso que me ofreces
de una linda ilusión es el suicidio.
¡Qué necio fuí con mi pasión de fuego!
¡qué necia fuiste al escuchar mi ruego!

Yo te miré más linda que celaje,
de blanca gasa y de crespón vestida;
pero al quitarte el vaporoso traje
hallé sólo una momia corrompida.
Momia que engañas con sin par ropaje,
y aspiras necia á encadenar mi vida:

¿juzgas tú que mi amor queda pagado
con un deleite de que estoy hastiado?

Pobres mujeres, torpes cortesanas,
embusteras, postizas hermosuras;
la virtud os hiciera soberanas,
y esclavas os rendís. Evas impuras.
Una ardiente ilusión matáis livianas
con deleite sensual. Locas criaturas,
ebrias de incienso descendéis al lodo,
y al perder el pudor, lo perdéis todo.

EN LA LOSA DE UNA NIÑA

SONETO

¿Te faltaba, Señor, alguna estrella
que colgar en el éter tachonado?
¿ó un ángel que sentar en el sagrado
solio brillante donde el sol destella?

¿Me diste acaso una ilusión tan bella
para así destruirla despiadado?
¿ó del hombre que gime desgraciado
no llega á tus oídos la querella?

Perdona mi blasfemia detestable;
arrepentido ya de mi torpeza
comprender tus misterios no ambiciono:

respeto tu justicia impenetrable,
y conozco que ese angel de pureza
digno era sólo de tu excelso trono.

ARBOL SIN FRUTO

Rico el viejo de abriles y arrogancia,
conozco el mundo,—dice—porque olvida
que es la existencia una perpétua infancia,

la vejez una infancia encanecida,
y la ciencia del hombre la ignorancia.

El anciano, ese niño que chochea,
pretende el velo desgarrar, impío,
de la verdad, que conocer desea...
¡pobre Ixion abrazado del vacío!
¡pobre Alcidas que en mármol se recrea!

Nadie este mundo conocer espere:
foco es de sueños nuestra edad florida,
y aunque otra edad á la razón prefiere
la muerte llega al sospechar la vida,
y el hombre, niño, como nace, muere.

CONSOLACION

SONETO

Bienaventurados los que han hambre.
San Mateo

Nunca olvides de tu hambre en los horrores
que tesoro es la fe, pan la esperanza:
quien va al Calvario, en el Tabor alcanza
la gloria que enaltece sus dolores.

Tras negra noche vienen los fulgores
de un sol divino que sus rayos lanza;
tras la borrasca viene la bonanza;
tras el soplo invernal llegan las flores.

Sufre, sin que una queja se deslice;
es el sufrir de la paciencia padre:
cuando llores hambriento é infelice,

y negra humillación tu alma taladre,
oye la voz solemne que te dice:
vete á moler á tu señora madre.

TUS OJOS

Ni la luz refulgente de la aurora,
cuando rasga del cielo la cortina,
ni los rayos de fuego con que dora
el ígneo sol la corpulenta encina,
pueden brillar, mujer fascinadora;
que todo tu mirada lo domina,
y á la aurora y al sol les causa enojos
la luz fulgente de tus lindos ojos.

A UN ACTOR

(EN SU BENEFICIO)

SONETO

Desde su alcázar de rubí fulgente,
de donde brota esplendoroso el día,
viéndote afable la sin par Talía
guirnaldas teje para ornar tu frente.

Allá en su pecho conmovido siente
albergarse profunda simpatía;
y al ver tu empeño que brillar ansía,
¡es mi hijo! dice, con delirio ardiente.

Sigue, artista atrevido, á los altares
de la gloria subiendo sin cuidado,
con faz altiva y luminoso vuelo;

y aunque no llegas de lejanos mares,
exclamaré de orgullo circundado:
también hay genios en mi patrio suelo.

16 DE SEPTIEMBRE

Venid, el arpa que tomé en mis manos
Cuando vagué por la infecunda arena
Tiene una maldición á los tiranos,
Que en sus bordonas ásperas resuena.
Mármol

La Virgen de Occidente, ondina de los lagos,
la fada de ojos negros brillantes como el sol,
la linda como estrella sagrada de los magos,
la perla que soñaron Virgilius y Colón;

la Venus de los castos idílicos amores,
sultana sobre lecho mullido de arrayan,
azteca soberana, señora de señores,
la reina de cien reyes, indígena beldad;

lloraba sin ventura sufriendo los insultos
que audaz le prodigara ibérico invasor:
cadáveres sus héroes rodaron insepultos,
hollados por el casco de exótico bridón.

Las plantas extranjeras pisaron estos lares,
al genio revelados del sabio genovés,
que con audacia suma condujo á nuestros mares
carabelas compradas con joyas de Isabel.

La gente aventurera que vino de otro mundo
inmarcesible gloria queriendo conquista-
cubrió nuestra campiña de luto sin segundo,
taló de nuestros padres la espléndida heredad,

y aquellos españoles que retemblar hicieron
la tierra infortunada del gran Tezozomoc,
á las hondas, macanas y flechas, opusieron
el estallido ignoto de horrísono cañón.

Batallas desiguales el campo estremecían,
que nunca el mejicano se rinde sin luchar;
en *yácalas* profundas los muertos no cabían...
era una fosa inmensa el suelo de Anahuac.

De sangre se tiñeron las olas de los mares,
de sangre se tiñeron las rosas del pensil,
las llamas devoraron alcázares y aduares,
y Méjico fué presa de horrores mil y mil.

Manchóse la teocali con la sangre inocente
de aztecas que Alvarado inermes degolló,
¡lástima que un guerrero de corazón valiente
dejara en su memoria caer ese borrón!

Preparó la hecatombe con frases de cariño,
y su traición infame le vino á conquistar
la gloria del gigante que lucha con el niño,
la gloria del cobarde que mata por detrás.

Aquellas indomables legiones altaneras
que luto y exterminio sembraron por doquier,
cazaban á los indios como se cazan fieras,
y el estertor del indio formaba su placer.

La guerrera falange que trajo en sus pendones
el símbolo sagrado sublime de la Cruz,
en medio de atabales y fuego de cañones
importó el Evangelio divino de Jesús.

Y frailes y caudillos hallaron desde luego
en Méjico la bella espléndido botín;
y expiró atormentado en su lecho de fuego
el héroe de los héroes, el gran Quautemotzin.

Sedientos de riqueza en sangre se bañaron,
doquiera desplegando un lujo de crueldad;
y trémulos de ira, mataron, y mataron,
la raza conquistada queriendo exterminar.

Que sangre y sólo sangre formaba su delicia,
un sudario sangriento sirviólеs de mantel:

viles migajas de oro tentaron su codicia,
y sobre negras tumbas basaron su poder.

Las púdicas doncellas lloraban deshonradas
por la torpe lascivia de audaz conquistador;
y las nobles matronas sufrieron indignadas
ultrajes inauditos de soldadesca atroz.

Y la virgen que antes posara sobre flores
aurífera sandalia, perdió la libertad;
su veste desgarraron altivos vencedores,
y tuvo por corales cadenas nada más.

¡Ay! Méjico la hermosa, señora independiente,
rodar vió por el fango su límpido blasón;
y al extranjero yugo dobló su altiva frente
sufriendo resignada tres siglos de opresión.

Tres siglos de conquista, de nobles y virreyes,
y frailes que atizaron la hoguera de la fe,
tres siglos en que España dictó á su antojo leyes,
tres siglos ominosos de gótico poder.

Tres siglos coloniales de triste remembranza,
tres siglos en que Méjico sus fastos enlutó;
porque los conquistados creían sin esperanza
eternas sus cadenas, eterno su baldón.

II

Mas Dios quiso en sus favores
que un sacerdote bendito,
lanzara de guerra un grito
en el pueblo de Dolores.

Grito fué que, por ventura,
épico recuerdo encierra:
porque retembló la tierra
con el grito de aquel cura.

Grito que escuchó la gloria
ebria de placer profundo;

grito que se oye en el mundo
repetido por la historia.

Dios del suelo mejicano
retirar quiso el azote,
que al grito del sacerdote
palideció el castellano.

Fué aquel grito, no os asombre,
de resultado inaudito,
que al escuchar aquel grito
volvió el esclavo á ser hombre.

El que antes, pobre villano,
los ojos alzara apenas,
trituró con las cadenas
la frente de su tirano.

Y tranquilo, porque encono
no cabe en pechos valientes,
con un grupo de insurgentes
desafió el párroco al trono.

El trono aprestó legiones
con rencorosa bravura,
y la mitra lanzó al cura
tremendas excomuniones.

Realistas é independientes,
por intereses extraños,
lucharon años tras años,
y corrió sangre á torrentes.

Fosas y fosas llenaban
las huestes del rey odiosas,
y del centro de las fosas
nuevos soldados brotaban.

Y lleno de fe sencilla
en mil combates librados,
batió el cura á los soldados
intrépidos de Castilla.

Y armado de buen derecho,
entre las sangrientas olas,
opuso siempre su pecho
á las balas españolas.

Pero Hidalgo, en su delirio,
halló abrojos y no flores;
que Dios da á los redentores
la corona del martirio.

Y cual Moisés, que la vida
al perder sin pesadumbre,
vió brillar desde la cumbre
del Phasga, la prometida

tierra, así aquel cura egrégico.
de su gloria en el vestíbulo
vió brillar desde el patíbulo
la independencia de Méjico.

Hoy, con júbilo profundo,
conmemora el mejicano
el grito de aquel anciano,
que fué redentor de un mundo.

E Hidalgo desde la gloria
tiene aquí sus ojos fijos,
porque nosotros, sus hijos,
bendecimos su memoria.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Hoy mi labio á nadie inculpa,
ni vengo á encender rencores,
porque de aquellos horrores
tuvo la época la culpa.

Por mi parte, sin violencia
y sin temor, lo confieso:
la conquista fué un progreso,
un deber la independencia.

Hoy benditas afecciones
han substituido á la saña;
porque Méjico y España
son dos hidalgas naciones.

Y á todo español diremos:
«Aquellos hechos pasaron;
si nuestros padres se odiaron,
nosotros nos amaremos.»

Porque, creedme, señores,
siendo grandes y benignos,
podremos hacernos dignos
del párroco de Dolores.

III

Anciano venerable, quizá en el cielo penas
mirando de tu patria el porvenir fatal;
de tu patria que tiene escrita en sus cadenas
la irónica palabra de santa libertad.

La patria que dormida al borde del abismo,
su estúpido letargo no quiere sacudir;
aquí la democracia es negro despotismo,
la estafa y el capricho las leyes son aquí.

Mas confórmate, Cura, con tu brillante suerte,
que en libro misterioso por Dios escrito fué:
que de los grandes hombres sirva sólo su muerte
para que tengan vida los pequeños después.

EL BUEN SENTIDO

Allá en los tiempos remotos,
en la genésica edad,
cuando mamaba *Tancredo*
solamente á su mamá;
errabunda y amarrida
la indeclinable Verdad
viajó en desnudez completa,

enseñando, como Adán,
un espectáculo sin
el signo gramatical.
En ese ropaje impúdico
nadie la quiso aceptar,
y despechada huyó entonces,
como huyó don Sebastián.
Al instante la mentira
vino su puesto á ocupar,
ornada con falsas joyas
y con sérico disfraz.
Parece que el Buen Sentido
también como ella se va,
si no quieren los mortales
proveer *de conformidad*
á varios puntos que abraza
un extenso memorial
que en forma elevó, pidiendo
lo que sigue, y algo más.

*

Que los gobiernos gobiernen
con el palo y con el pan,
y que haya sólo *dos sopas*
para el que proceda mal;
que no sea mito el sufragio
que no sean mito la paz,
el poder de los ediles
y la ley fundamental.
Que no vengan al Congreso
los burros á rebuznar;
que se dé asilo en la cárcel
á tanto infame curial;
que á todo judío que presta
así, como *Alí-Valay*,
los expertos petardistas
lo dejen sin un real;
que los fulleros que roban
con la sota y con el as,
marchen á medir los muros
del castillo de San Juan;
que á los pollos que se achispan,
á esos pillos en agraz,

á mañana, tarde y noche,
los flagelen sus papás;
que á las viejas se les quite
de la lengua la mitad;
que den las pollas de baja
el morrión piramidal,
base del *petit* sombrero,
con más rosas que un rosal;
pues así parece que
vendiendo cuajada van;
que á don Vicente Palacio,
novelista y general,
por ser en letras recluta
y en las armas algo más,
para que sane y despierte
del sueño presidencial,
en el palacio de locos
le den hospitalidad,
y que á su espada febrida
cuelguen en el gavilán
inmaculadas coronas
de azucenas y azahar;
que Romero, ese que suma
y resta sin caridad,
para saber dividir
aprenda á multiplicar;
que á tanto versero imbécil
que ignora hasta el b a-n, ban
se le remita á la escuela,
á donde también irá
el imbécil que á sus versos
pone aquí punto final.

EPIGRAMAS

Mariquita Siempre-viva
una noche resbaló;
y aunque cayó boca arriba
el vientre se le inflamó.

*

El marido de Violante
no estudia: pero es pasante.

*

La doncella Vasconcelos
murió llena de dolor
alumbrando dos gemelos...
era doncella de honor.

*

Se casó don Celedonio
y todo es para él ganancia,
porque halló en el matrimonio
el cuerno de la abundancia.

*

Isabelita Meneses,
siendo tan pobre y tan bella,
al cielo se fué doncella
y murió de quince meses.

*

Ya no cura el Doctor Lario:
¡éste si es humanitario!

*

El empleado Govantes
aquí reposa como antes.

*

Doña Manuelita Ocio
un pleito tiene enredado;
pero no encuentra abogado
que le agite su negocio.

*

El marido de Tomasa
vió un cuerno, y sin dilación
cargó con él á su casa
para tener refacción.

*

El brujo Mariano Uceda,
aunque no tiene cuartilla,
se atreve á hacerle la rueda
á una muchacha riquilla.

LA CIENCIA

(LEÍDOS POR UN NIÑO EN UNOS PREMIOS)

La ciencia es, niños, de virtud asiento,
raudal que no se agota,
corona del estudio y el talento,
fúlgido sol que en el espacio brota,
dando calor y vida al pensamiento:

limpio fanal de blanca trasparencia,
emanación ingente
de sublime, sin par, omnipotencia;
porque es fecunda cual de Dios la frente;
porque forma su luz de Dios la ciencia.

Por la ciencia el mortal rasga ese velo
de ignorancia, que aterra;
por ella, en fin, con empeñoso anhelo
investiga los antros de la tierra,
y los mundos que ruedan en el cielo.

Nosotros, que en la cuna despertamos
ayer, y sonreímos
á la primera luz que contemplamos,
hoy en pos de otra luz aquí vinimos;
la luz del alma es, si la alcanzamos.

Tendremos, niños, al dejar la infancia,
un porvenir risueño,
conquista del estudio y la constancia;
que al hombre hace la ciencia dios pequeño,
y en bruto le convierte la ignorancia.

A UNA ACTRIZ

SONETO

Intérprete feliz del pensamiento,
ángel que brillas en la gloria humana,
ciñéndole á tu frente soberana
la espléndida corona del talento.

Heroína del noble sentimiento,
no me admira el laurel que te engalana;
porque sé que en la tierra mejicana
el genio tiene su mejor asiento.

Sigue de gloria con tu sueño santo,
y conquista renombre sin segundo
en la futura edad, que yo entretanto,

al aplaudirte con afán profundo,
diré orgulloso en atrevido canto:
nada envidias ¡oh patria! al viejo mundo.

A LORETO

(EN SU DÍA)

Feliz el que recuerda al llegar su cumpleaños
las horas que vinieron preñadas de placer;
feliz quien no ha sufrido terribles desengaños;
feliz el que no bebe la copa de la hiel.

Feliz el que recoge sin pena en su camino
las flores de la vida que el cielo perfumó;
feliz el que no lucha con bárbaro destino,
feliz el que no pierde, luchando, el corazón.

Feliz el que acaricia la faz de la esperanza;
feliz el que se duerme soñándose feliz:

feliz el que despierto contempla en lontananza,
bordado de placeres, brillante porvenir.

Feliz el que transita su ruta de ilusiones,
llevando ante los ojos la venda de la fe;
feliz el que no sabe que negras decepciones
arrancan esa venda. Feliz el que creé.

¿Eres feliz, Loreto? ¿Iguales y tranquilas
tus horas se desprenden, trayéndote quizá
ventura tras ventura?... ¿O acaso en tus pupilas,
del infortunio sientes las lágrimas temblar?

Yo miro en tu semblante un algo que entristece:
señora, yo adivino que no eres tú feliz;
tal vez una esperanza en tu alma desfallece;
tal vez una creencia ha muerto para ti.

¿Por qué si Dios te hizo tan buena como hermosa,
tus ojos impregnando con luces del Edén:
por qué permite, díme, que pena silenciosa
tu corazón trucide, simpática mujer?

¿Por qué misterio triste tu seno deposita?
¿por qué te enluta el alma la noche de pesar?
¿y por qué todos sufren, Loreto, en la maldita
tierra, en la que se vierte de lágrimas raudal?

Nunca hablas de tu pena; pero sé que padeces,
aunque quieras tu palma de mártir esconder.
A mí con tu tristeza, señora, me entristeces,
que yo también padezco al verte padecer.

Feliz si yo pudiera, hermosa infortunada,
derramar en tu herida un bálsamo feliz,
y tus pesares todos leer en tu mirada,
y al quitártelos todos, tomarlos para mí.

Feliz fuera, Loreto, si acaso conocieras
cuánto mi pecho apena tu negro padecer,
y como te comprendo también me comprendieras,
que dos infortunados compréndense muy bien.

Perdona si me atrevo tu pena á recordarte
en la bendita fecha que marca tu natal;
ojalá que pudiera de gloria coronarte,
y á tus pequeñas plantas el goce encadenar.

Coplero sin fortuna, sólo tengo mi lira,
que bárbaro destino de luto la cubrió;
por eso es triste el canto, señora, que me inspira
el afecto que siente por ti mi corazón.

Dios quiera que tranquila resbale tu existencia;
Dios te dé más placeres que goces me dió á mí;
Dios haga que te halaguen con su divina esencia
las flores purpurinas, encanto del Abril.

Dios quiera que recuerdes, en cada cumpleaños,
las horas que pasaron preñadas de placer;
Dios quiera que no sufras terribles desengaños;
Dios quiera que no apures... la copa de la biel.

ADVERSIDAD

SONETO

¡Cómo llueven lisonjas y atenciones
cuando acaricia la fortuna grata;
pero si el bienestar nos arrebata,
todo es burla, desprecio, decepciones!

En el mísero valle de aflicciones
la amistad, en quien Jano se retrata,
erige altares á su Dios de plata,
que en la vida no hay más que situaciones.

Tanto se decepciona y desconsuela
el mártir del destino furibundo,
que al perderse la fe, su alma se hiela,

y todo mira con horror profundo;
porque la adversidad es una escuela
en que se aprende á detestar al mundo

LOS CORNUDOS

APÓLOGO

Tigre y León en lides irritantes,
promovidas por bajas ambiciones,
determinaron con sin par bravura
conducir con presteza
al campo del honor sus batallones.
(Se llama así, y se llamaba antes,
el sitio do se rompen la cabeza
multitud de asesinos ignorantes.)

Aprestan, pues, sus bélicas legiones,
ansiando resolver en la campiña
elevadas cuestiones
de colmillos, de garfios y rapiña.
(Aquí el apologista hace otra pausa
para decir que esa
de las guerras civiles es la causa.)

Avaro el tigre de botín y gloria,
llamó con gran presteza,
y de diversos modos,
á los que armados tienen la cabeza;
y refiere la historia
que esta vez los cornudos,
leales y cumplidos,
no se hicieron los sordos, ni los mudos
porque vinieron los cornudos todos,
exceptuando el demonio y los maridos.

Desde el alacranejo emponzoñado
hasta el rinoceronte corpulento,
el cíbolo pesado,
y el bravo toro de luchar hambriento,
se alistaron con ánimo esforzado;
y con tantos cornudos animales
de astas rectas, caídas, espirales,

apareció del tigre el campamento
como bosque de secos matorrales.

Sonó la hora fatal de la batalla;
las falanjes tendidas
una de la otra al frente,
halláronse atrevidas.
Reinó silencio lúgubre, imponente;
alzó la cara el burro, mostró el diente;
y rebuznando á guisa de corneta,
dió la señal terrible del combate.
Al escucharla, el toro cayó al suelo;
sacó la garra el tigre enfurecido;
arcóse el gato y esponjó la cola;
mostró su diente la pantera insana;
y el de las selvas rey, siempre temido,
sacudió la melena soberana,
rugió feroz, y... comenzó la bola.

A encontrarse ambas huestes se lanzaron;
hizo temblar el suelo su carrera,
nubes de polvo alzaron,
y diré: ¡voto á sanes!
(magüer diga gigantes desatinos)
que una y otra chocaron
cual pudieran chocar dos huracanes,
formándose dos negros remolinos;
pero en el choque la cornuda tropa
á su enemigo le enseñó la popa.
Poblando el aire de medrosos gritos,
corrieron sin sosiego
los cornudos malditos,
como los generales corren luego.

Diz que el felino entonces con enojos
sintió brotar ardientes
gotas de sangre en sus siniestros ojos,
y que clamó entre dientes,
al mirar su derrota consumada:
los cornudos no sirven para nada.

*

¿Moraleja?... Lector, no te la digo.

que si á decirla viérame obligado,
más de un casado fuera mi enemigo,
y tú, tal vez, lector, eres casado.

EPIGRAMAS

El trapacero Canuto
hace un año que murió:
pagó á la parca tributo...
—Fué lo único que pagó.

*

Tú que el dedo no te mamas
espero que me dirás:
¿por qué á las mujeres, Blas,
algunos les llaman damas?
—Porque aman al que da más

*

Dijo la niña Isabel
cuando con Juan se midió:
no somos iguales: él
tiene un dedo más que yo.

*

Oiga, señor de la Torre,
¿por qué á un militar cualquiera
le dicen que está en carrera?
¿Por qué ha de ser?... porque corre.

*

¡Lindos pies te ha dado Dios!
bien mereces otros dos.

*

Hicieron guarda de aduana
marítima á Jaramillo,
y á poco su bella hermana
resultó con un chiquillo.
El, muy enojado, pronto
quiso matar al muchacho;
pero ella le dijo: «¡tonto!
te quedas sin el despacho!»

BACANAL

La vida es la vida; cuando ella se acaba
Acaba con ella también el placer:
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.
Si mañana muero que sea en mala hora,
O en buena, mal dicen ¿qué me importa á mí?
Goce yo al presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve, si quiere al morir.

Espronceda

Bebamos, mis amigos; el néctar delicioso
en cálices de oro, mitigue nuestra sed;
los labios de una virgen de seno pudoroso
nos lleven entre aromas de Venus al Edén.

En góndola de naipes, con séquito de hadas,
bogando sobre golfo inmenso de coñac,
á la isla del olvido marchemos, camaradas,
que al fin es la existencia perpétuo carnaval.

Divino es nuestro cielo, sus nubes de colores
mil rayos de esperanza arrojan por doquier,
mil rayos que iluminan nuestro campo de flores...
si vivimos, ¡vivamos! la vida es el placer.

Que choquen nuestras copas. El mal que nos [abruma
sepúltese en un piélago de límpido licor;
que allí se queme el alma, y en alas de la espuma
audaz al pensamiento remóntese hasta Dios.

En buena hora el hipócrita nos llame irreligiosos;
sus máximas ridículas sabremos despreciar;
predíganos, si quiere, castigos horrorosos,
al cabo que la tumba no tiene más allá.

¡Infierno! ¡Purgatorio! ¿Qué importan los tor-
[mentos
futuros, si la dicha nos da la juventud?...
formad un bello grupo los de placer hambrientos,
y alzando vuestras copas, brindad por Belcebú.

Bebamos y burlemos consejas tan pueriles,
dejando en todas partes la huella del placer,
que, como pasa el humo, pasan ¡ay! los abriles,
y pronto sentiremos la frente envejecer.

Bebamos, porque el dedo del Hacedor de todo
un límite á la vida le plugo señalar,
y mañana seremos gusanos, podre, lodo:
¡de lodo nauseabundo formado el hombre está!

El hombre, vil oruga que sueña deificarse,
y dice delirando: «¡Imagen soy de Dios!»
Cual si pudiera ¡estúpido! en lodo retratarse
aquel á cuya planta de alfombra sirve el sol.

El hombre en cuyo pecho se agitan las pasiones,
pasiones ¡ay! que envuelven el alma en el capuz:
el hombre, siempre lleno de locas ambiciones
que, al fin, van á estrellarse al tétrico ataúd.

Es muy triste que ese hombre, que en medio del
[camino
no sabe de do viene, é ignora donde va;
ese reptil que arrastra del mundo el torbellino,
se considere la obra más grande de Jehová...

¡Bebamos! Si la vida sembrada está de abrojos,
de imágenes que mienten, de luto y de dolor;
¿hemos de estar sujetos del mundo á los antojos,
sin que cortemos nunca de paso alguna flor?

Al corazón que joven hoy late con violencia,
daremos sensaciones que le hagan disfrutar;
mirad que nos alcanza la edad de la experiencia,
y entonces los ensueños ¡cobardes! volarán.

Sin sombra en nuestra vida, gocemos de sus bienes
sin pensar en mañana, sin recuerdos de ayer;
y con púdicas rosas ciñamos nuestras sienes,
antes que crudo invierno nos llene de vejez.

La vida deleznable, que prestada tenemos,
como rostro de nube, violenta pasará,
y aun ese sol fulgente, que colorando vemos,
el soplo de la muerte también lo ha de apagar.

Mañana nuestro nombre se hundirá en el olvido,
y un tétrico sudario, emblema del dolor,
cubrirá el esqueleto de sucia piel vestido,
y... adiós de los placeres, las risas y el amor.

El hombre es una hoguera, al volverse ceniza,
del alma, que es su fuego, el brillo concluirá;
el corazón de barro se seca y pulveriza,
y él es el que nos hace sentir y disfrutar.

Hoy mismo, si la muerte aquí nos arrebata,
hoy mismo acaba todo; porque la vida es
como ráfaga de humo que el viento desbarata,
y en el viento se pierde para jamás volver.

Si de nada nacimos, si al fin nada seremos,
porque todo es fantasma, delirio, falsedad;
pues alegres ¡qué diablos! la vida pasaremos
con una copa á un lado y al otro una beldad.

Lo que pasó olvidando, gocemos del presente,
en manos del destino dejando el porvenir;
y así nuestra existencia pasará alegremente,
como pasan las aves cantando en el pensil.

. . . .
. . . .
. . . .

Así clama el malvado henchido de locura,
porque insensato olvida en su torpe furor,
que en este árido valle de llanto y de tristura,
sin virtud no se encuentra sosiego ni ventura...
No sabe lo que dice. ¡Perdónalo, Señor!

ORACION

(PARA MI HIJITA ALBERTINA)

En la senda, Virgen santa,
que con llanto humedecieron
los seres que el sér me dieron,
imprimo mi tierna planta.
Luz que la gloria abrillanta,
Madre del Verbo hecho hombre,
haz que la zarza no alfombre
mi camino, Virgen pía,
y que nunca pase un día
sin que bendiga tu nombre.

POBRE DE MI

¡Pobre de mí! Las horas que pasaron
horas de luto y de pesares fueron;
y las horas que aquellas remolcaron,
saturadas de lágrimas vinieron.

¡Pobre de mí! Fatalidad sombría
me persigue doquier amenazante,
y en mis horas salvajes de agonía
es un nuevo martirio cada instante.

¡Pobre de mí! Para el dolor nacido
es mi vida tormento prolongado;
nadie ha sufrido lo que yo he sufrido,
porque soy, como nadie, desgraciado.

¡Pobre de mí! Sin esperar ventura,
triste vegeto en aparente calma,
y al recordar mi historia de amargura,
me punza el corazón, me duele el alma.

¡Pobre de mí! Con los pesares lidio
sin esperanza, y los tormentos crecen,
y aunque bostezo hastiado de fastidio,
al bostezar mis ojos se humedecen.

¡Pobre de mí! La mente voladora
soñó un tiempo fantásticas beldades;
que mi alma, como fuego abrasadora,
formada fué de locas tempestades.

¡Pobre de mí! El alma que atrevida
audaz ayer lo desafiaba todo,
es águila sin alas abatida,
que impotente se arrastra por el lodo.

¡Pobre de mí! El ánima tan llena
de fuego juvenil, se fué gastando,
y es un alma infeliz, ánima en pena,
sombra del alma que cayó luchando.

¡Pobre de mí! Tormentos muy atroces
sin piedad mis entrañas atarazan;
ni en el bien ni en el mal encuentro goces,
la virtud y los vicios me rechazan.

¡Pobre de mí! No arrancan un gemido
los arpones que el pecho me atraviesan;
pero al sentir mi espíritu caído,
me pesa el corazón. Los muertos pesan.

¡Pobre de mí! Emponzoñada herida
desgarra al corazón gastado y yerto;
vivo para sentir mi horrible vida,
respiro aún para saber que he muerto.

¡Pobre de mí! El llanto comprimido
en mi rebelde corazón, guardado
tanto permaneció, que corrompido
en repugnante hiel se ha transformado.

¡Pobre de mí! En mi fatal carrera
llevo una vida miserable, trunca,

y al caer en mi lecho yo quisiera
no ver la luz, ni levantarme nunca.

¡Pobre de mí! Al que se muere envidio,
y lucho y miro en sueños agitados
el tentador espectro del suicidio,
y la faz de mis hijos adorados.

¡Pobre de mí! El porvenir aterra
de esas criaturas que mi pan reciben,
y los lazos que me atan á la tierra
no los puedo romper, porque ellos viven.

¡Pobre de mí! Hasta que yo sucumba
debo sufrir la saña de la suerte...
Sólo me queda una ilusión... la tumba...
¡Bendigo á Dios porque inventó la muerte!

OTRA VIDA

SONETO

Es la vida un enjambre de ilusiones
en cuyo extremo están los desengaños,
pues plugo á Dios que el árbol de los años
produjera terribles decepciones.

Brújula del mortal son las pasiones;
el hombre es germen de sus propios daños,
y embriagado con fútiles engaños
busca felicidad, tiene aflicciones.

La pobre humanidad llora perdida
su esperanza. Sintiéndose impotente
en marasmo fatal cae rendida;

mas le dice una voz que nunca miente:
si es la tumba el Ocaso de la vida,
de otra vida la tumba es el Oriente.

EL VERDUGO

Y más alto que el grande, que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron
Y mecido en los hombros de un rey.
Espronceda

I

Yo soy el verdugo. El hombre, ¡mi hermano!
hirviendo de ira un ogro me cree;
¡á mí! ¿á la imagen de Dios soberano,
al que hizo del orbe monarca también?

Baldón y desprecio circundan mi vida,
el hombre me llama infame Caín;
del bien que hago al hombre el hombre se olvida,
y me odia, me huye: el hombre es así.

Declaro, sin miedo, al crimen la guerra,
y mato yo al hombre que al hombre mató:
humíllese el hombre á mí, que en la tierra
soy copia terrible del brazo de Dios.

Soy hijo del crimen, mi pan de él espero;
me nutre la sangre, me ampara la ley;
yo vine á la tierra humilde pechero,
y he visto á los reyes temblar á mis pies.

Henchido de grande, orgullo profundo,
jerzo en la tierra sangrienta misión;
es germen la sangre de ciencia fecundo
que siempre al progreso doquier precedió.

Es bello, muy bello, en negro tablado,
tender la mirada con doble altivez
al vulgo medroso que mira pasmado
el trono de muerte, mi regio dosel.

Y ¡me odian! ¿qué importa? El valiente guerrero
que en lides tremendas legiones venció;
aquel cuyo brioso corcel altanero
con sangre de cráneos su casco tiñó;

el rey poderoso, excelso, y altivo,
que al orbe dió leyes, y puso en su sien
egregia corona, y vió compasivo
á nobles y viles su planta lamer;

el fiero bandido, que mil y mil veces
grandiosos peligros audaz afrontó,
mofándose altivo de frailes, de jueces,
del mundo, del diablo, del cielo y de Dios:

si frente al cadalso, mi rostro sombrío,
el rey, el bandido, el bravo adalid,
contemplan un punto, humildes, sin brío,
les veo de rodillas temblar ante mí.

II

¿Por qué si el soplo de Jehová me alienta,
á mis hermanos plugo
sembrar mi vida de pesar y afrenta?
¿son los hombres verdugos del verdugo?

¿Piedad para el infame que la vida,
sus crímenes pagando,
pierde, y rencor para el que da la herida
una ley poderosa ejecutando?

Guardad vuestro rencor para esos reyes
que á las naciones doman,
é hidrópicos de sangre expiden leyes,
y ni el trabajo de matar se toman.

Culpad á la que impera sobre el mundo
fatalidad sombría,
que pone al hombre por su mal profundo
bajo de mi hacha cortadora y fría.

III

Es mi hacha, de justicia espejo refulgente,
mi fúnebre cadalso terrífico crisol,
que purga las pasiones del pueblo que impotente
se traga sus aullidos hirviendo de rencor.

Yo corto una cabeza, sereno, sin cuidado,
en medio de la plaza, del sol á toda luz:
soy genio de la muerte, mi trono es enlutado,
mi púrpura es la sangre, mi cetro la segur.

Los nietos de Confucio honraron al verdugo,
los príncipes reales vistieron como él;
¡loor á aquellos chinos que comprender les plugo
que honrando á su verdugo honraban á su ley!

Un *occide et manduca*, oyó el apóstol Pedro,
en éxtasis soñando beatífica visión;
mi padre así me dijo, por eso no me arredro,
y siempre mato y como. ¡Bendita sea su voz!

IV

Era mi padre verdugo,
y mi madre, ¡vive el cielo!
envilecida ramera,
bastarda hija de un perverso

que en afrentoso cadalso
mató el verdugo, su yerno.
Maldito desde la cuna
vine al mundo, niño bello;

estigma fatal de sangre
marcó mi frente de réprobo,
y fué mi primer vagido
un ¡ay! que lanzó el infierno.

Con leche infame nutrióme
la prostituta en su seno,

y me regaló el ostiaco,
oliendo á sangre, mil besos.

Entre el terror y la infamia
pasé mis años primeros;
fué mi verdugo cada hombre,
verdugos son todos ellos,

sino que pocos se atreven
á esgrimir mi hacha de acero;
porque no alientan ¡cobardes!
mi corazón tan enérgico.

Odiado desde muy niño,
siempre solo, fuí creciendo
sin amigos, sin infancia,
y devorando desprecios.

Mi alma huérfana y maldita,
en su maldito aislamiento
vivió, sin que le halagara
de otros niños el afecto.

Era una tarde de Agosto,
tarde que olvidar no puedo;
divisaba yo en el campo
niños mil que en grupo angélico,

bulliciosos, expansivos,
jugaban ¡ay! muy contentos;
y respirando ternura
niño yo, también, y bueno,

osé acercarme, por ver
mejor aquel cuadro nuevo;
mas á los primeros pasos
que di, exclamaron ellos:

¡Es el verdugo, el verdugo!
y horrorizados huyeron.
Desde entonces el rencor
rugió dentro el alma hirviendo,

que la sociedad injusta
me odió inocente, y por eso
no me dejó más recurso
que el oficio de *hacer muertos*.

V

Y de lágrimas lleno y de coraje
me alimento del odio con el jugo;
porque están saturadas de brebaje
mis lágrimas sangrientas de verdugo.

Si mi sueño de sangre realizara,
de un tajo, humanidad te dividiera;
en tu sangre maldita me bañara,
y tu sangre maldita me bebiera.

Mi sed de sangre en el cadalso apago,
que soy dichoso si á matar me apresto.
Y tu odio, sociedad, con odio pago...
infame sociedad... ¡yo te detesto!

EL HOMBRE

SONETO

Ciego que ve, hambriento que mantiene;
burro en la *chilla*, en la opulencia mula;
abate al pobre, al poderoso adula,
y es enano ó titán, según conviene.

La vanidad que mata lo sostiene;
y como falso su conciencia anula;
si tiene una virtud la disimula,
y finge poseer lo que no tiene.

Tal es el hombre. Pérfidas pasiones
le invaden de la planta á los cabellos...
todos iguales son, falsos, bribones;

quien los conoce debe aborrecellos;
y el coplero que firma estos renglones,
es lo mismo ó peor que todos ellos.

SOR RAMONA

La madre Sor Ramona
de San Jerónimo,
suspiraba una tarde
rezando en c[illegible].
¡Cruel d[illegible]cia!
amaba como [illegible]rra
su reverencia.

Un cojo mozalbete,
chato y robusto,
encendió de la monja
el seno túrgido.
El caballero,
ejercía de sacris
y campanero.

Con el pecho inflamado
de honda ternura,
y los ojos radiantes
de llama lúbrica,
seria cual geólogo,
forjó la reverenda
este monólogo:

«Absalón de mi sueño
turris davídica,
tú de mis ilusiones
eres Bautista.
Y yo contigo,
de la ilusión mundana
abro el postigo.

Si entonáramos juntos
gloria in excelsis,
cumpliendo aquel mandato

que dice: *créscite,*
  fuera dichosa
como entre los pensiles
  mística rosa.

Mi padre San Jerónimo
guardó el ayuno
para leer las hojas
que escribió Tulio;
  si yo leyera
el amor en tus ojos,
  me los comiera.

Ojalá que triunfara
Juárez el lindo,
y volvieran las monjas
á ver el siglo;
  aunque Pío nono
fulminase una encíclica
  llena de encono.

Ojalá que vinieran
esos ladrones,
quemando del convento
hasta la torre;
  aunque un chinaco
me dejara sin toca
  y sin los hábitos.

Mis votos imprudentes
¡cuánto me pesan!
el *in dolore paries*
mejor quisiera.
  Feliz la chica
que en el vaivén del mundo
  se multiplica.

Tentaciones horribles
me pone el diablo,
que á conjurar no basta
ni San Hilario;
  y si me azoto,

aumenta con extremo
    este alboroto.

  Y si orando en mi celda
me quedo estática,
un pajarillo viene
á mi ventana;
    entre las flores
abre su pico y trina
    canto de amores.

  Sacristán, si te miro,
me quema un fuego
rojo, como la lumbre
en que arde el réprobo;
    mi amor delira,
y ardo como el ropaje
    de Dejanira.»

. . . .

  Amó tanto la monja
que le dió fiebre;
sin que de amar por eso
se arrepintiese.
    ¡Pobre criatura!
se la llevó al sepulcro
    la calentura.

  Sobre su losa yerta
después pusieron
este humilde epitafio,
no muy correcto:
    Viador, entona
un requiescat in pace,
    á sorra mona.

  El sacristán largóse;
y en San Jerónimo
no admiten sacristanes
chatos, ni cojos;
    porque es adagio
que en monjil calentura
    siempre hay contagio.

A BACO

SONETO

Salud, ¡oh Baco! Tu poder insólito,
es en la tierra talismán vivífico;
quien ha probado tu licor magnífico,
se vuelve siempre tu constante acólito.

Por ti, en las jaulas del glorioso Hipólito,
maldicen el idiota y el científico
al mundo artero, que sonríe pacífico
de sus pesares, con cinismo *indólito*,

pero tú en cambio con bondad magnánima
cuando enardeces mi cerebro escuálido,
haces vivir mi lacerada ánima,

haces crecer mi corazón inválido:
y juro, por San Juan y la Verónica,
pasar la vida en borrachera crónica.

UNA LAGRIMA

Siempre hay vientos abrasadores que pasan por el alma del hombre y la desecan.
Lamenais

I

Yo, mujer, te adoré con el delirio
con que adoran los ángeles á Dios;
eras, mujer, el pudoroso lirio
que en los jardines del Edén brotó.

Eras la estrella que radió en Oriente,
argentando mi cielo con su luz;
eras divina cual de Dios la frente;
eras la virgen de mi sueño, tú.

Eras la flor que en mi fatal camino
escondida entre abrojos encontré,
y el néctar de su cáliz purpurino,
delirante de amor, loco apuré.

Eras de mi alma la sublime esencia;
me fascinaste como al Inca el sol;
eras tú de mi amor santa creencia;
eras, en fin, mujer, mi salvación.

Bajo prisma brillante de colores
me hiciste el universo contemplar,
y á tu lado soñé de luz y flores
un Edén transparente de cristal.

En éxtasis de amor, loco de celos,
con tu imagen soñando me embriagué;
y linda cual la reina de los cielos,
con los ojos del alma te miré.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

II

¿No recuerdas, mujer, cuando de hinojos
yo juntaba mi frente con tu frente,
tomando un beso de tus labios rojos,
y la luna miré, como en la fuente,
reproducirse en tus divinos ojos?

¿No recuerdas, mujer, cuando extasiada
al penetrar de amor en el sagrario,
languideció tu angélica mirada?...
tú eras una flor, flor perfumada;
yo derramé la vida en tu nectario.

III

Mas ¡todo es ilusión! ¡todo se agota!
nace la espina con la flor: ¿qué quieres?

de ponzoña letal cayó una gota
y el cáliz amargó de los placeres.

Los gratos sueños que la mente embriagan
fantasmas son que al despertar se alejan;
y si un instante al corazón halagan,
eterna herida al corazón le dejan.

Tal es del hombre la terrible historia;
tal de mentida su fugaz ventura
tras un instante de mundana gloria
amarga hiel el corazón apura.

Por eso al fin, sin esperanza, triste,
murió mi corazón con su delirio;
y al expirar, mujer, tú le pusiste
la punzante corona del martirio.

Y seco yace en lecho funerario
el pobre corazón que hiciste trizas;
tu amor le puso el tétrico sudario,
y un altar te levantan sus cenizas.

Tras de la dicha que veló el misterio,
siguió cual sombra el torcedor maldito,
trocando el cielo en triste cementerio...
confórmate, mujer... ¡estaba escrito!

EN LA TUMBA DE MI PADRE

SONETO

Siempre al azar, como la suerte ordena,
vagaste por el páramo infecundo,
¡pobre rama que el noto furibundo
hizo rodar por la caliente arena!

Ninguno comprendió tu horrible pena,
que nunca hablaste de tu mal profundo;

y fué tu *adiós* al asqueroso mundo
una sonrisa de desprecio llena.

También, padre, se acerca mi partida,
pronto en la nada marcharé á perderme;
y si es un sueño la mundana vida,

sin soñar en la tumba, duerme, duerme;
mientras tu hijo, lleno de quebranto,
tiene con risa que verter su llanto.

A LUZ

Eres, bella Luz, más bella
que de la luz los fulgores;
el candor tu frente sella,
y donde pones tu huella
brotan carminadas flores.

Eres, Luz, luz que del cielo
magnífica se desprende,
luz de paz, luz de consuelo,
luz que á la luz causa celo,
luz que al corazón enciende.

Feliz quien sin pesadumbre
vea la gloria en tu mirada,
y de la gloria á la cumbre
suba contigo, y se alumbre
con tu luz inmaculada.

Sin duda Luz te pusieron
cuando tú á la luz viniste,
porque tus padres sintieron
que tus miradas vertieron
luz que la luz no resiste.

Foco de luz que no ofende,
luz que el iris tornasola,

luz que en el alma se extiende;
luz virginal que resplende
como de Dios la aureola;

luz inocente que brinda
Edén conyugal sin cruz;
¿quién hay que á ti no se rinda?
¡con razón, Luz, eres linda
si te hizo Dios de su luz!

Si eres, Luz, como la fuente
de ese rey astro que asombra
desde el cendal transparente,
¡bendita seas, luz fulgente!
¡bendita seas, luz sin sombra!

COMETAS POLITICOS

SONETO

Sólo vengo á que ustedes se horroricen...
ya administra la aduana don Macario,
el de la estafa aquella, el refractario
digno de que un proceso le improvisen.

Escriban, por piedad... al mundo avisen
que ese hombre es ignorante y ordinario;
que se robó los fondos del Erario,
y tiene cola inmensa que le pisen.

—Tiene cola, es verdad, ¿de qué te inquietas?...
si puedes razonar una vez sola,
ya que nada en tu crítica respetas,

comprenderás que en medio de esta bola,
los hombres, don Severo, y los cometas,
para elevarse necesitan cola.

BLANCO Y NEGRO

¡Qué lindos eran, qué lindos
de mi juventud los sueños!
¡qué ilusiones tan brillantes
brotaron en mi cerebro,
como brotan las estrellas
en la bóveda del cielo!
¡Cuánto el alma deliraba,
tesoros de amor vertiendo,
como la rosa que vierte
rico aroma con su aliento!
Mas ¡ay! que negra tristura
sembró el desengaño acerbo;
porque vi que los amigos
son alciones que su vuelo
levantan, cuando presienten
que va á cambiar el buen tiempo;
y encontré que las beldades
son manzanas del mar muerto:
hermosísimas por fuera
y muy amargas por dentro.
No siento las ilusiones;
lo que únicamente siento
es que al delirar tenía
negro, negro mi cabello,
y el corazón blanco, blanco.
Hoy que no deliro, tengo
la cabeza blanca, blanca,
el corazón negro, negro.

A LAS HERMANAS CEJUDO

(EN SU NOCHE DE GRACIA)

SONETO

El que de gloria inmensa es un portento,
el que sin gloria inmensa no existiera,
almas forma do el genio reverbera,
almas que tienen su glorioso aliento.

De esas almas la gloria es elemento,
que su vida sin gloria nada fuera,
y necesitan gloria en su carrera,
como luz necesita el firmamento.

De esas almas la historia es vuestra historia,
artistas del Señor privilegiadas:
si anheláis perpetuar vuestra memoria,

seguid siempre al estudio consagradas,
y adquiriréis inmarcesible gloria;
porque fuisteis para ella destinadas.

TU MIRADA

Si es linda la blanca luna
de luceros tachonada,
que se espeja en la laguna
desde el éter reclinada,
es más linda tu mirada.

Si es lindo ver, con donaire,
gasa de luz delicada
remecida por el aire
en la cortina azulada,
es más linda tu mirada.

Si es lindo tras los horrores
de la noche apizarrada,
ver los nítidos albores
de la aurora sonrosada,
es más linda tu mirada.

Si es linda la fecundante
lumbre del sol, coronada
por la bendición constante
del que la encendió en la nada,
es más linda tu mirada.

Si es muy lindo para el ciego
tirar la venda enlutada

y ver agua, flores, fuego,
á sus hijos y á su amada,
es más linda tu mirada.

Si es muy lindo al que sin huella
boga en la mar irritada,
mirar la polar estrella
en el Norte dibujada,
es más linda tu mirada.

Si es lindo al que en pesadumbre
tiene el alma infortunada,
que la esperanza le alumbre
con su luz abrillantada,
es más linda tu mirada.

Si es linda en la rutilante
bóveda, por Dios formada,
esa pléyade brillante
de astros de luz argentada,
es más linda tu mirada.

Si es muy linda la diadema
de luz de gloria bañada,
que está en la frente suprema
de la Virgen adorada,
es más linda tu mirada.

Si es lindo al dejar los males
de esta vida malhadada,
admirar los celestiales
coros, de excelsa morada,
es más linda tu mirada.

Si es linda de Dios la esencia
y de María inmaculada
la santa benevolencia
con la prole infortunada,
es más linda tu mirada.

. . . .
. . . .
. . . .

. . . .
. . . .

Dios sin duda quiso ver
su gloria en ti retratada,
por eso, linda mujer,
tiene de Dios el poder
el poder de tu mirada.

Y si hay alguien que no crea
en un Dios todo consuelo,
deja que tus ojos vea,
y se formará una idea
de las delicias del cielo.

Yo que de Dios blasfemé
y en el cielo no creí,
cuando tus ojos miré
arrodillado exclamé:
¡Señor, ten piedad de mí!

Y aunque camino entre abrojos
y es de réprobo mi historia,
te adoro, mujer, de hinojos,
admiro á Dios en tus ojos,
y veo en tus ojos la gloria.

PENSAMIENTOS

PARA EL SEPULCRO DE ***

Fué un ángel de pureza y de ternura
á quien temprano persiguió la suerte;
pero de pronto su llanto de amargura
vino á enjugar el ángel de la muerte.

En la tumba encontró lecho de flores,
los abrojos dejando en el camino;
y su noche de sombra y de dolores
la luz del cielo á disiparla vino.

Un ángel fué que la sagrada esfera
dejó para gemir en este suelo;
pero al verter su lágrima postrera,
con su palma de mártir volvió al cielo.

Era niña y murió. He aquí su historia:
Dios quiso un ángel más para la gloria.
Temprana flor que se agostó en el suelo,
su esencia virginal recogió el cielo.

Tu aliento de ángel apagó la muerte,
en ángel al morir te convertiste;
tu suerte es ya feliz, negra es mi suerte;
con tu ventura mi desgracia hiciste.

Como tú ves á Dios quisiera verte;
por eso mi alma pesarosa y triste
en vano busca tus preciosas huellas
en la inmensa región de las estrellas.

A ROSA

I

A tu lado yo siento, Rosa mía,
que tenemos los dos un alma sola;
y si pruebo una gota de ambrosía
suspendido en tus labios de amapola,

á Dios le pido que mi pobre estrella
alumbre un porvenir de venturanza,
y que siempre resbale tras tu huella
la inmaculada luz de la esperanza.

Ojalá que en tu senda sin abrojos
nunca el llanto humedezca tu mejilla
ni el brillo apague de tus lindos ojos
donde mi cielo de ventura brilla.

Porque tu goce mi tormento calma
y con tu pena el corazón me hieres;

padece mi alma si padece tu alma,
y soy dichoso si dichosa eres

Que mi vida, mujer, mi vida entera
se halla en tal grado con la tuya unida,
que la terrible muerte no pudiera
arrebatar tu vida sin mi vida.

Te amo, Rosa, como nunca he amado;
á tus pies encadeno mi destino,
y tu amor es fanal abrillantado
que encendiera el Señor en mi camino.

Tu mirada tersísima concluye
de mi penar intenso la violencia,
que tú eres el iris que destruye
la horrible tempestad de mi existencia.

A tu lado la dicha me sofoca,
y mi sér se estremece de contento
cuando mi nombre de tu linda boca
embalsamado sale con tu aliento.

Y yo, Rosa, te encuentro tan divina,
que un ángel envidiara tus hechizos,
tan pura como el aura vespertina
jugando de las olas con los rizos.

Eres tú la ilusión de mis amores
y la diosa de mi alma enamorada,
isla preciosa de benditas flores
en un mar de pureza colocada.

Ensueño sacrosanto de ternura,
mi grande aspiración es poseerte;
si se agosta la flor de mi ventura
el desengaño me dará la muerte.

II

Mas no, que pronto con eterna liga
para siempre, mi bien, á ti enlazado,

teniéndome á tus pies arrodillado,
me oirás, hermosa, sin cesar decir:

A ti, mujer, la de cabellos blondos,
de tez de raso, de inspirada frente,
la de ojos lindos, la de boca riente,
á ti te amo no más, no más á ti.

A ti tan fina como bucle de ángel,
tan blanca como hielo de Apenino,
hermosa cual topacio golcondino,
á ti te amo no más, no más á ti.

A ti, mujer, tan noble como el mártir,
a ti más tierna que de alondra el canto,
a ti más pura que de niño el llanto,
á ti te amo no más, no más á ti.

PARA UN SEPULCRO

OCTAVA

No hay otro bien que al de vivir iguale:
es la existencia una ilusión mentida:
la vida es nada, porque nada vale,
y todo acaba al acabar la vida.
—Mas cuando el alma de su cárcel sale,
¿el alma adónde va? ¿Vuela perdida,
ó se apaga esa luz aquí en el suelo?
—El alma ¿do ha de ir? La luz va al cielo.

CENIZA EN LA FRENTE

La vida es combate,
la tierra palenque,
el hombre es el lobo

del hombre,» y en este
orátes maldito
ninguno se entiende.
Aquí todos lloran,
aquí todos ríen,
aquí todos charlan,
corren, van y vienen;
y todos adulan,
arañan y muerden,
y engáñanse todos,
y todos prometen,
y todos se ponen
ceniza en la frente.

*

Si ves á una chica
que un ángel parece
y al cielo sus ojos
envidia no tienen;
evita que ellos
el alma te quemen,
que en vez de colores
tendrás colorete,
horribles pesares
en vez de placeres,
y en vez de ternura
dejárate aleve
ceniza en el alma,
ceniza en la frente.

*

Si ves anunciado,
en grandes carteles,
elíxir que sana
infaliblemente
cuanto mal agobia
á la humana especie,
duda del prodigio;
porque quien lo vende
sólo busca bobos,
sólo bobos quiere,
para colocarles
ceniza en la frente.

*

Aunque veas que el trono
penas mil decrete
contra esos que viven
de *sotas y reyes*,
no pienses que nunca
de jugar se deje,
que son los tahures
endiablada gente,
y á la policía
ciega y sorda vuelven
luego que le ponen
ceniza en el vientre,
ceniza en los ojos,
ceniza en la frente.

*

Si ves á un patriota
que ayer muy ardiente
gritaba: *¡Que vivan
de Juárez las leyes!*
Y hoy dice: *Si Juárez
no ha caído, se pierde
la patria.*—¿Adivinas
lo que el bicho quiere?
Quiere ver el bicho
si á la patria muerde;
por eso, menguado,
un empleo pretende,
aún cuando le pongan
ceniza en la frente.

*

Si oyes que otro dice,
el mártir haciéndose:
*—Señor, mis creencias
ante nada ceden.
¡Servirle al imperio?
¡Primero me cuelguen!*

¿Sabes cuál la causa
es de que se exprese
así? Pues el mártir,
con humos de héroe,
está convencido
de que es pobre mueble
útil para nada,
y que aunque se esfuerce,
no habrá quien le ponga
ceniza en la frente.

*

Y si oyes que algún
espuro no quiere
que haya quien revise
los mil expedientes
que deben su origen
de Lerdo á las leyes,
jura que ese chico
las fincas que tiene
son mal adquiridas,
y quedarse teme
peor de lo que estaba
antes de ponerle
al clero, ceniza,
ceniza en la frente.

*

Y si acaso has visto...
mas ahora cese
la maldita charla,
que la charla ofende;
y si continuamos
charlando tan fuerte,
tal vez el prefecto
se enfada, suspende
la Orquesta, y nos pone
ceniza en la frente.

A UNA DAMA JOVEN

EN SU BENEFICIO

SONETO

Te dió el arte sus mágicos primores,
la Venus verticorda su pureza;
las virtudes te dieron su nobleza,
y su acento los pájaros cantores.

Si del alma interpretas los dolores
á las almas saturas de tristeza;
si del amor traduces la terneza
enciendes con tu voz fuego de amores.

Tu genio, artista, como sol alumbra
desvaneciendo la pesada sombra;
donde te hallas no existe la penumbra,

que gloria inmensa tu camino alfombra,
y la escena sin ti se apesadumbra,
porque su luz la inspiración te nombra.

TALENTO EN LAS CORVAS

TIPOS POLÍTICOS

¡Qué tonto es el hombre
que nunca se dobla!
¡Qué sabio el que tiene
flexibles las corvas!

I

Conozco yo á un mico
que ayer sin la torta
vagaba, cual vaga
perdida la nota.

Asaz monarquista
con puntas de hipócrita,
rezando en la iglesia
gastaba sus rótulas.
Allá por los tiempos
de frailes y costas
era tinterillo
de pésima estofa,
y usaba raida
chaqueta grasosa,
sin que la chicana
le diese para otra.
Al fin hastiado
de su *bruja* insólita.
Empuñó atrevido
la péñola roma,
y en versos inmundos
rellenos de prosa,
cantó de González
Ortega las glorias;
después el buen Juárez
tiróle una torta,
y entonces á Ortega
le puso la popa;
hoy lame las plantas
de Lerdo, esa boa,
y de vez en cuando
firma alguna póliza;
y hoy gasta espejuelos
y guantes y botas,
se pinta y perfuma,
se mueve y se esponja:
y el extinterillo
que á risa provoca,
medra, porque tiene
talento en las corvas.

II

Un ex presidiario,
en tierra escabrosa
quitaba á indefensos

la vida y la bolsa;
pero el galeote
ávido de gloria,
cuando su gavilla
engrosó con otra,
le llamó:—*Brigada*
ligera.—No es broma.
Ligera cual pájaro
que los vientos corta,
volaba delante
de contraria tropa,
y con los inermes
era una leona.
  Se hizo el bandolero
temible en las fondas,
que á la maritornes
la luenga pistola
mostraba, si había
tardanza en la sopa.

  Sombrero arriscado,
camiseta roja,
calzoneras amplias,
botones de bola,
y canana henchida
de balas y pólvora,
llegaba á las tiendas
pidiendo una copa.
  Era su saludo
blasfemia horrorosa;
el corcel robado
sentaba con cólera,
cortando los vientos
con luenga tizona.
  Decían á su fuerza
la brigada escoba,
porque antes de irse,
á todos y á todas
que suelo de monjas.
  Por tales fazañas,
dignas de la horca,
dejaba más limpios



Y al náufrago mostró límpido su cielo.
PLAZA — *La esperanza.—Pág. 241*

hízole el Gobierno,
general.—Ahora
ya come con trinche,
brinda en la Concordia,
el pelo rebelde
se lo peina Broca,
y gasta cadena
mejor que la otra
que en Ulúa pusieron
á su taba roma.
Ya canta que tiene
dignidad y honra,
y aunque el tal no sabe
mandar una escolta,
dice: *soy soldado,*
y afanoso compra
libros militares
que mucho le estorban.
En último rasgo
de su audacia loca
llegó hasta ponerse
sorbete de moda.
Yo al ver que su faja
color de cotorra
ensucia arrastrándose
en ricas alfombras,
confieso que tiene
talento en las corvas.

III

Con dos sobrinitas
coquetas, graciosas,
vivió un mequetrefe
sumido en la inopia;
inopia terrible:
las camas sin colchas,
sin lumbre el brasero,
sin agua las ollas
y á la funerala
las cazuelas rotas.

Vestido á la última
miseria, no moda,
usaba tacones
torcidos, en forma
de alguna *parada*
que al *as* ó á la *sota*
no pierde á la *puerta*,
ni á la *puerta* cobra.

Vivía el infelice
haciendo más drogas
que las que almacenan
las boticas todas;
pero á cierto prócer
gustaron las pollas;
les hizo la rueda
á una y á otra.
Entonces la *bruja*
trocóse en bambolla,
y el triste demonio
se volvió demócrata,
que el doble sobrino
le puso en la nómina.

Tal cual la república
de la vieja Roma
brotó de las sábanas
de fembra fermosa,
así el patriotismo
de este *don Mamólatra*
salió de los lechos
de dos mocetonas.
Terciando en amores,
agente de rosas,
el nuevo Mercurio
pródigo en lisonjas
subió, como sube
el humo á la atmósfera.
Hoy es hombre rico,
y en política órbita
al fin se ha creado
posiciones cómodas.

Dicen que es un cero
su cráneo, ¿qué importa?
¿qué importa, si tiene
talento en las corvas?

IV

Un hijo menguado
de ibérica zona,
un *segunda cuerda,*
volatín y acróbata,
más ágil que un chivo,
brincaba en la soga.
El payaso un día
armóle camorra,
y al payaso entonces
le rompió la *cholla:*
temiendo el funámbulo
ir á la *chirona,*
marchó fugitivo
á tierras ignotas;
y, médico en ellas,
por buscar la torta,
hizo más cadáveres
que Aquiles en Troya.
Huérfanos y viudos
armados de cólera,
y también de palos,
pegaron tal soba
al pobre Galeno,
que hasta hizo cabriolas.

Doliente, mohino
por tan dura broma,
buscando la muerte
largóse á la *bola.*
Cayóle á un caudillo
en gracia su historia,
y su secretario
le hizo sin demora.
Entre bandoleros
rellenó la bolsa,

y ya el saltimbanqui
es hombre de nota,
que entre los ministros
se inclina y se dobla
tanto, que su barba
convierte en escoba;
pero el bicho medra
y hasta fincas compra,
porque tiene mucho
talento en las corvas.

*

Arriba, gusanos,
¡paso á la lisonja!
subid como sube
la espuma en la olla.
Subid, miserables,
que la *vita bona*
es para el que tiene
coyunturas flojas,
elástico lomo
y miel en la boca,
cintura flexible,
talento en las corvas.

EL CINICO Y EL HIPOCRITA

SONETO

Su maldad cuenta el cínico, la abulta;
su aliento es miasma, su sonrisa hielo;
porque ocultar pretende con anhelo
el rudo arpón que el infeliz sepulta.

Y sus maldades el devoto oculta,
de santidad cubiertas con el velo;
pero al subir en éxtasis al cielo,
su negro corazón al cielo insulta.

La sociedad al cínico aborrece,
y es digno de piedad por desgraciado;
al santurrón respeta y enaltece,

y merece la horca por malvado:
porque el cínico el alma tiene herida,
y el hipócrita su alma corrompida.

A UNA NIÑA

Niña gentil que á la vida
despertaste alegre ayer,
como en Oriente despierta
la luz al amanecer.

Niña, que del alto cielo
viniste al mundo á caer,
como aljofarada gota
de nítido rosicler,

y en inmaculada cuna
te remeciste después,
como ilusión que se mece
del sueño al dulce vaivén.

Niña de cabellos de oro
y de labios de clavel.
Son de rosa tus mejillas,
es de raso tu alba tez.

Es tu sonrisa inocente,
de ángel tu mirada es,
y como brilla una estrella
brilla el candor en tu sien.

Dichosa tú que del mundo
pasando vas el dintel,
sin sospechar que las flores
espinas tienen también.

En mí canto, bella niña,
le ruego al Dios de Israel,
que la virtud de tus años
tiernos, en otros te dé,

para que ese mundo, nunca,
con su lodo y fetidez,
ensucie de tu pureza
el blanquísimo glasé;

que siempre tú, mariposa
en primoroso vergel
vueles, y en las flores halles
ánforas ricas de miel;

que dé calor á tus alas
al santo sol de la fe,
y que jamás una espina
tus alas llegue á romper.

BOLERAS INOCENTES

Arión, hijo de Céres
y de Neptuno,
era caballo, y *dizque*
hablaba el bruto;
no extraño eso:
aquí los brutos hablan
en el Congreso.

Los nietos de Sesóstris,
divinizaron
guajolotes y monos
y hasta lagartos:
aquí un conscrito
también es inviolable
como en Egipto.

Dentro del arca un viejo,
cuando el diluvio,
encerró toda especie
de animaluchos:
en tal recámara
no durmió tanto bípedo
como en la Cámara.

Calígula—dice un
cronista sabio—
nombró Sumo Pontífice
á su caballo;
el tal no miente,
porque aquí un *Incitatus*
fué presidente.

Los negros de Gorea
cambian por vino
sus mujeres, sus padres
y hasta sus hijos.
Un patriotero
diera por dos pesetas
el mundo entero.

Su regia majestad
Carlos segundo,
caballero hizo á un lomo
de un *cuasi burro:*
creo, sin empacho,
Juárez hizo ministro
á un *cuasi-macho.*

San Juan de Mata vió
venir á un ciervo,
con una cruz enorme
entre los cuernos:
he comprendido
que lo que vió el de Mata
fué algún marido.

A los rayos Augusto,
tuvo tal pánico,

que si tronaba se iba
al subterráneo.
Hay generales
que con un trueno sufren
ansias mortales.

El dios á quien Pompilio
culto le daba,
como en carnestolendas
llevó dos caras.
Los que su mano
de amigos nos ofrecen,
son como Jano.

He visto que á la diosa
sin par, Astrea,
unas balanzas de oro
sirven de emblema.
Quizá por eso,
es siempre la justicia
cuestión de peso.

Al morir Junio Bruto
clamó enojado:
eres virtud maldita,
un nombre vano.
Y si tal bicho
viviera en este tiempo,
¿qué hubiera dicho?...

EL TONTO Y EL SABIO

SONETO

Sin libros, sin afán de ciencia rancia,
tiene el tonto la ciencia de la vida;
corre en pos de fortuna apetecida,
y premia la fortuna su constancia.

Lleno el sabio de *in folios* y arrogancia,
buscando la verdad todo lo olvida;
errores mil en su cabeza anida,
y muere maldiciendo su ignorancia.

Yo que una *bruja* singular afronto,
porque, al común sentido haciendo agravio,
á veces al Parnaso me remonto,

aseguro á los tontos sin resabio,
que el oficio más sabio es el de tonto
y el oficio más tonto es el de sabio.

PARA UNA NIÑA

(EN UNOS PREMIOS)

Flores hermanas, como yo despiertas
en tranquila alborada
de existencia feliz: niñas que inciertas
avanzando con planta inmaculada
del templo del saber tocáis las puertas;

yo con vosotras, por ventura unida,
bendiciendo mi aurora,
feliz piso el umbral de ignota vida,
porque aquí nuestra ilustre directora,
es mi estrella polar, mi noble egida.

Yo, cual vosotras, pago su desvelo
y sus consejos sabios
con ternura filial, que sólo anhelo
oir brotar de sus amantes labios
palabras de virtud, hijas del cielo.

En vosotras también, hermanas, miro
un dechado precioso
que siempre dócil á imitar aspiro;
por eso, niñas, con sincero gozo
vuestra virtud y aplicación admiro.

La virtud y el saber sean vuestro anhelo,
y sin penas odiosas
pasará vuestra vida en este suelo,
como pasa la brisa entre las rosas
para elevarse hasta el tendal del cielo.

SANDEZ

En un rincón oscuro del infierno
el amigo Luzbel está en cuclillas,
la siniestra descansa sobre un cuerno
y en la diestra se apoyan sus mejillas.

Muy grave debe ser lo que sin bilis
medita hoy la majestad candente;
pero... ¡Silencio!... ¡Dió con el busilis!
que rápido se para, y en la frente

dándose una palmada con arrojo,
grita fuera de sí: «¡ya caigo!... ¡cierto!
Es tuerto aquel á quien le falta un ojo;
porque teniendo dos, ninguno es tuerto.»

LA ESPERANZA

SONETO

Es una virgen. Su mirar de cielo
brilla en la noche como brilla el día;
al venturoso aumenta su alegría,
al desgraciado sirve de consuelo.

Va con el mártir á remoto suelo,
visita al preso en la mansión umbría,
acompaña al guerrero en lid bravía
y al náufrago infeliz tiende su vuelo.

A esa virgen que alumbra al desvalido,
con esa luz que hasta el sepulcro alcanza,
á esa virgen un tiempo amé rendido;

y aunque soñé con ella venturanza,
soy desgraciado, porque la he perdido.
¿Sabéis cómo se llama?... *La Esperanza.*

LLANTO

Derramando en mi sér dulce beleño
grato sueño mi frente acariciaba;
mas disipó la densidad del sueño
mi niñito Raziel, porque lloraba.

Abandoné mi lecho sin demora,
quemado por la fiebre de los males,
y al abrir el balcón, vi que la aurora
empañó con su llanto los cristales.

Asomándome oí que sollozaban
frente á mi casa, alrededor de un yerto
cadáver, unas gentes que lloraban
la eterna ausencia del amado muerto.

Al campo me salí lleno de hastío,
y en él vi de las flores que enamoran
las corolas cuajadas de rocío;
porque en la tierra hasta las flores lloran.

Y me dije: si llora el que padece,
¿por qué sufriendo yo dolor tan rudo,
quiero llorar y el corazón me crece,
y en la garganta se me forma nudo?

Si lloran en la tierra hasta las flores,
¿por qué no lloro yo que sufro tanto?
—Porque el llanto consuela los dolores,
y el inmenso dolor no tiene llanto.

GRATITUD

Hay una hora de Gólgota en la vida;
hora fatal, en el infierno suena,
hora en que Dios á padecer condena,
hora en que el mundo con desdén olvida.

El hombre entonces con el alma herida
maldice al hombre, de rencor se llena,
baja su frente que rugó la pena
y ni quiere llorar su fe perdida.

Mas si en medio del mundo indiferente
encuentra un corazón que á su quebranto
un alivio le dé, alza la frente,

se reconcilia con el mundo un tanto
y conmovido, en sus mejillas siente
rodar de gratitud, bendito llanto.

HERMINIA

La pérdida de un hijo idolatrado
La comprende el que un hijo ha sepultado.
El Autor

I

Me diste un ángel ¡Dios mío,
era su faz peregrina,
un lampo de luz divina
en mi horizonte sombrío!

Su espíritu celestial
brotó de mi corrupción,
como la santa oración
del labio de un criminal.

Apareció ante mis ojos
Herminia, bella, graciosa...
era el botón de una rosa
en mi corona de abrojos.

En el corazón desierto
brilló ese querub tan santo,
como la gota de llanto
sobre la tumba de un muerto.

Mi hija nació entre aflicciones,
velada por negra nube:
le di todo lo que tuve...
lágrimas y privaciones.

De la mártir que bendigo,
era su grande riqueza
mi ridícula pobreza,
y mi desnudez su abrigo.

Con amargo desconsuelo
recuerda mi mal profundo,
que vino muy pobre al mundo,
que volvió muy pobre al cielo.

Dejad que mi culto rinda
aunque el pesar me taladre;
porque... no es amor de padre...
era tan pobre... ¡tan linda!

Tenía rizado el cabello,
negros, divinos los ojos;
los labios húmedos, rojos,
y de paloma su cuello.

Manos y pies elegantes...
¡si la hubierais conocido!...
era un serafín vestido
con harapos humillantes.

Y ¿creéis que la hija mía,
que fué mi postrer creencia,

en medio de su inocencia
mi gran amor comprendía?

Al verme, ¡noble criatura!
impaciente me llamaba,
y en su mirar reflejaba
indefinible ternura.

Y yo sintiendo un extraño
placer, que expresar no puedo,
la alzaba con tanto miedo,
cual si fuera á hacerle daño...

Hija del alma querida
¡cuánto el alma te adoraba!
eras néctar que endulzaba
la horrible hiel de la vida.

II

Era la prima noche: pesadumbre
vaga, oprimió mi corazón gastado,
y quise, contrariando la costumbre,
retirarme al hogar desmantelado.

Abatido por negras impresiones,
llegué á mi casa, triste, displicente,
y al pisar los primeros escalones,
observé mucha luz y mucha gente.

Subí... en el umbral me detenía
ignoro quién; pero al abrir la puerta
miré sobre una mesa á la hija mía;
y mi hija ¡santo Dios! *¡estaba muerta!*

III

Sobre Herminia me arrojé,
y con loco frenesí,
su cadáver abracé,
su yerta frente besé
y su vestido mordí.

Entretanto, mis sensibles
pobres hijos, á porfía,
lanzaban gritos horribles,
y en convulsiones terribles
la madre se retorcía.

Con la cabeza abrumada,
con el corazón crecido,
con el alma traspasada,
arrojé una carcajada
que me dejó sin sentido.

Yo, que he vivido sufriendo,
en mis horas de quebranto
estoy de risa muriendo.
¡Ay del que llora riendo,
porque ya no tiene llanto!

IV

Horas después, aislado me encontraba
frente al cadáver yo... todos dormían;
el aullido de un perro molestaba,
el huracán furioso rebramaba
y las vidrieras al temblar crugían.

Cuatro luces de cera, agonizantes,
con sus flamas siniestras oscilando
al impulso de vientos sollozantes,
avivaban sus brillos chispeantes
el fulgor de un incendio remedando.

Con ansiedad ingente contemplaba,
de negras horas los pesados giros;
un temor vergonzoso me asaltaba,
y sentí que al hincharse reventaba
mi corazon, preñado de suspiros.

Al rimbombar en su furor el cielo,
crispábanse mis nervios excitados;
si los ojos cerraba mi desvelo,
vía á través de un amarillo velo,
muchos rostros de niña, inanimados.

Cruzaron por la mente mil visiones
aquella noche de crespón cubierta;
yo vi tumbas, y cruces y blandones;
y me inspiró cobardes impresiones
el severo semblante de la muerta.

Aquel cuadro de horror me parecía
sueño fatal, y lúgubre y pesado:
la vista en torno sin cesar volvía,
y aun á veces creí que se movía
el cadáver de flores circundado.

Las flores fueron para mí muy bellas;
pero al mirarlas junto al ángel yerto,
que hoy reside sin duda en las estrellas,
me chocaron las flores... todas ellas,
desde entonces... no sé... huelen á muerto.

V.

Por fin, asomó la aurora
su frente de rosicler;
y cuando sus primitivos
rayos inciertos miré,

desfilaron poco á poco
los fantasmas que en tropel
hiciéronme aquella noche
de pavor estremecer,

cual estremece al villano
lo que el pavor le hace ver.
En seguida las campanas
oí monótonas tañer

el toque de alba... ¡qué triste!
qué triste ese *toque* es
para el hombre á quien el día
luto sólo ha de traer.

Antes que el sol amarillo
comenzara á aparecer,

con respeto religioso
y con suma timidez,

á la preciosa cabeza
de mi Herminia le corté
un rizo de su cabello,
que guardo y... no quiero ver.

Sin que nadie me sintiera,
tomé la puerta después,
y silencioso á la calle
salí, sin saber á qué;

porque siendo el ancho mundo
tan extenso como es,
me faltaba ¡cielo santo!
con que alquilar esa vez

un agujero en la tierra
para sepultar en él,
á la hija de mis entrañas,
que tanto, tanto adoré.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

VI

Pesares hay, en verdad,
con que el alma descreída
olvidando su impiedad,
siente la necesidad
de creer en otra vida.

El mortal en su aflicción,
humilla su frente al suelo
y anonada su razón;
que tales pesares son
avisos que manda el cielo.

Pesares, con que la loca
soberbia depone el brío,
y el ánima á Dios invoca;
porque Dios con ellos toca
el corazón del impío.

Yo que la fe dejé atrás,
y que si el dolor me aqueja,
mi orgullo de Satanás
siento crecer más y más,
no di entonces una queja.

Por la vez primera lleno
de humildad, ante la muerte,
bendije á Dios como bueno,
y apuré todo el veneno,
que me dió la negra suerte.

Yo á mi hija encajoné;
yo su inerte faz cubrí;
yo al panteón la llevé,
y ahí ¡cielos! la dejé
en la fosa que elegí.

VII

En el *Campo Florido*, ¡Dios eterno!
duerme cadáver la que fué tan bella:
la sombra escasa de arbolillo tierno
cubre su tumba anónima... En aquella
triste mansión de luto sempiterno,
el sepulcro más pobre es el de ella...
sin inscripción, sin mármoles, sin nada...
¿qué ha de tener mi hijita infortunada?

DESENCANTO

SONETO

Nuestra senda regada está de llanto,
el placer del placer es el suicidio,
detrás de la ilusión está el fastidio
y detrás del fastidio el desencanto.

Lleno yo de fastidio y de quebranto,
sin fuerza ya contra la suerte lidio,
y muerto para el mundo, sólo envidio
á los muertos que guarda el camposanto.

El infierno sus furias desenfrena,
viento de maldición en torno zumba,
que á penar el destino me condena,

y he de penar hasta que al fin sucumba;
porque es la vida una fatal cadena
que arrastra el hombre hasta la negra tumba.

ASI

I

Cual fenece la luz del claro día
cuando tiende la noche su crespón,
así, entre sombra de tristeza impía,
murió mi corazón.

II

Como cae un águila orgullosa
herida por el plomo destructor,
así, herido por la suerte odiosa,
murió mi corazón.

III

Cual expira la rosa cuya esencia
el contacto del hielo evaporó,
así, sin un perfume de creencia,
murió mi corazón.

*

El horrible fastidio me consume,
y mi vida infeliz y pesarosa
de luto se cubrió;

porque triste, y herido y sin perfume,
como la luz, el águila y la rosa,
murió mi corazón.

TODO SE PAGA

SONETO

Pagó Satán su avilantez maldita;
Eva pagó su falta de recato;
pagó Caín su negro asesinato,
y su lascivia el torpe sodomita.

Pagó su orgullo Cora el israelita,
su locura fatal pagó Erostrato;
pagó su infamia el Iscariote ingrato,
y su deicidio la nación precita.

Escrito fué: *mal halle quien mal haga*,
ese axioma sublime, justiciero,
ordena que el que deba satisfaga

y nada quede sin pagarse; pero
aunque es verdad que todo aquí se paga,
yo no le he de pagar á mi casero.

A MATILDE

¡Qué linda te hizo Dios, Matilde mía!
déjame ver á Dios en tu mirada,
y beber de los cielos la ambrosía
pendiente de tu boca perfumada.

Quiero al sellar mi boca con tu boca
que la luz de tus ojos me enajene,
y si quema tu beso el alma loca,
deja que en ese infierno se condene.

Un algo de locura hay en tus ojos,
un algo de sublime en tu semblante;
expresan el desdén tus labios rojos,
y brinda amor tu pecho sollozante.

Tienes tú de la niña la imprudencia
y el aplomo también del sér gastado;
tienes el impudor de la inocencia,
y tienes la vergüenza del pecado.

No sé si eres coqueta ó inocente,
porque ambas cosas á la vez te creo:
es tu descaro candidez ingente,
es tu pudor la fiebre del deseo.

Feliz el que, cuando la blanca luna
riéle de la onda los nevados rizos,
pueda tener, Matilde, la fortuna
de contemplar á solas tus hechizos.

Feliz el hombre que en su pecho sienta
resbalarse tu lánguida mirada,
y su angélica luz de amor sedienta
en su ánima se impregne apasionada.

Eres más atractiva que el pecado:
si el padre Adán te hubiera conocido,
su Eva y su Edén gozoso hubiera dado
por el polvo que barre tu vestido.

Y yo, pobre cantor, sin fe, sin miedo,
que en torpe bacanal gasté la vida,
que sin ventura por el mundo ruedo,
cual rueda la onda por el mar perdida,

te ofrezco un alma cuya negra historia
es más triste que fúnebre sudario;
te ofrezco amor, y sufrimiento, y gloria:
es el amor la gloria en el Calvario.

Nació el primer amor, sublime, tierno,
de la mujer y del reptil inmundo;

y Dios el santo Edén trocó en infierno,
y dolor y trabajo mandó al mundo.

Pero amando á su vez hasta el delirio,
expiró en una Cruz de oprobio llena;
y por eso el amor es el martirio,
y no hay amor sin lágrimas ni pena.

Acepta el alma que por ti delira;
y al entonar mi cántico de amores,
te haré feliz, porque mi ardiente lira
es vara de Aaron, despide flores.

Y sentirás que mi cantar eleva
á vergel más precioso tus penates,
que el asiático Edén que habitó Eva
regado por el Tigris y el Eufrátes.

Que al resonar mi enamorada lira
te verás en sus notas transportada
al fantástico Edén en que respira
quien suspendió los mundos de la nada.

No desdeñes, Matilde, mi pobreza:
aunque visto de harapos humillantes,
gusano soy que tiene en la cabeza
invisible corona de brillantes.

En pereza sin fin ronco en el suelo,
porque las penas mi vigor ya cansan;
pero si quiero remontar el vuelo,
¡por Dios! que ni las águilas me alcanzan.

Si me das de tu amor la esencia pura,
te daré lo que en sueños ambicionas;
porque mi arpa de bardo sin ventura,
tiene el poder de Dios en sus bordonas.

Soy un pobre cantor, sin pan ni abrigo,
que vago por el páramo infecundo;
pero el que miras á tus pies mendigo,
puede, como Colón, darte otro mundo.

Otro mundo de amor y de ilusiones
como la mente lo forjó en el vuelo,
y al descubrir á tu alma otras regiones,
seré tu Galileo, verás el cielo.

El cielo azul, divino, voluptuoso,
inflamado de amor y venturanza,
donde brilla sublime, esplendoroso,
el magnífico sol de la esperanza.

Y suspendida en gasa transparente,
en alcázar de luz, de luz sin sombra,
corona de astros brillará en tu frente,
serán celajes tu preciosa alfombra.

A la región de la celeste lumbre,
te llevará mi ardiente fantasía,
subirás de ese cielo hasta la cumbre,
pondré á tus pies el luminar del día,

tu suerte envidiarán regias beldades,
mis cánticos de amor serán tu historia,
transmitiré tu nombre á las edades
y, lo mismo que Dios, te daré gloria.

PALOS POSTUMOS

FÁBULA

Según Pedro, un borrico desgraciado
tuvo en la tierra tan contraria suerte,
que hambriento siempre trabajó azotado,
y un golpe fué la causa de su muerte.

Al expirar el mártir se alegraba,
creyendo que después de su agonía,
el descanso perpétuo le esperaba,
y la ausencia del palo que temía.

Murió el burro, y al instante hicieron
con su piel atambores y atabales,
y tan recio al tocar los sacudieron,
que muy pronto la piel se hizo retales.

*

Cuán cierto es que á quien la suerte humilla
no le deja tranquilo aunque sucumba;
porque después de muerto le atornilla
y le da con su látigo en la tumba.

A LOS MUERTOS

Nihil video, nisi putredinen, osa et vermes Omnia fabula, somnium umbra.
San Juan Crisóstomo

I

¡Salud!... salud, silencio de las tumbas
losas de mármol, muros de granito,
helado viento que en los cráneos zumbas,
Evangelio fatal con tierra escrito.
Muertos, ¡salud!... Dejad las catacumbas,
porque os saluda un canto de maldito,
y humilde besa vuestra fosa helada
quien no cree en nada, y duda de su nada.

II

Combatido de tórridas pasiones
sin brújula bogué por mar ignoto,
me cercaron bramantes aquilones
y negra tempestad fué mi piloto.
Hoy mi vida, sin fe, sin ilusiones,
hierba ludibrio de arrasante noto,
es árida, maldita, sin aroma,
como el campo maldito de Sodoma.

III

Con vosotros yo tengo semejanza:
sombra de muerte oscureció mi frente;

murió con mi creencia la esperanza:
cadáver es mi corazón ingente.
Un resto de mi cuerpo aquí descansa,
he muerto, en fin, he muerto moralmente,
y os saluda por eso como amigo
el mutilado trovador mendigo.

IV

Me place el panteón. Silencio augusto
reina en torno de él. Calma tranquila
sombra le presta á su recinto adusto.
Y en los recuerdos que la tumba apila
el muerto corazón encuentra gusto;
por eso el lloro que mi seno instila,
lloro que burla el mundo estrafalario,
en los pliegues escondo del sudario.

V

Evoco aquí recuerdos incisivos
que en la tumba del alma están despiertos,
registro de la muerte los archivos
y gozo al encontrar despojos yertos;
que me choca el contacto de los vivos
y me place el contacto de los muertos.
Si pequeños los vivos me parecen,
los muertos no; porque los muertos crecen.

VI

Si quito con la mente las baldosas
que cubren vuestras formas descarnadas,
veo rígidas piernas asquerosas
en simétrica fila colocadas;
veo alacenas de momias pavorosas,
depósito de tumbas enlutadas;
aparador en que la muerte exhibe
sus joyas de gusanos al que vive.

. . . .
. . . .
. . . .

VII

Tal vez, ¡oh muertos! os causara pena
esta vida fugaz haber dejado:
es la vida, ¡por Dios! buena... ¡muy buena!
nadie en ella se llora desgraciado.
Por fortuna, de vida tan amena
casi todo el camino he transitado,
y al término, me acerco sin enojo
con mis pasos ridículos de cojo.

VIII

¡Cuán tranquilo es, hermanos, vuestro sueño!
esa fúnebre lápida os escuda;
nada os importa de la suerte el ceño,
ni os irrita la fiebre de la duda:
el problema fatal, sin gran empeño,
está resuelto en vuestra fosa muda.
Yo que dudo luchando con la suerte,
á preguntaros vengo: ¿qué es la muerte?

IX

¿Es la muerte principio de la vida?
¿Es la muerte no ser? ¿Es el ocaso?
¿Es el alma una esencia inconocida
que se evapora si se quiebra el vaso?
¿Es nota que á la nada va perdida
si se rompe la tela por acaso?
¿Luz que muere si acaba el combustible?
¿Es eco que se pierde en lo imposible?

X

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

. . . .
. . . .

XI

Podridos expedientes de gusanos
que formáis el archivo de la nada,
decidme, por piedad, muertos hermanos:
¿hay un cielo tras la órbita sagrada?
¿El infierno fatal de los cristianos
existe para el alma infortunada?
¿Halla el mortal, aliento de Dios mismo,
tras un valle de penas un abismo?

XII

¿De Dios el hombre mendigó la vida?
¿Por qué, si malo es, no lo hizo bueno?
¿Por qué repele de soberbia henchida
la razón á la fe, cuando sin freno
la razón analiza descreída?
¡Qué! ¿La razón del alma es el veneno?
Si la fe y la razón Dios no hizo iguales,
¿por qué no sólo fe dió á los mortales?

XIII

Viene el hombre á este valle de aflicciones
de la ignorancia envuelto entre la bruma,
y al llegar á la edad de las pasiones,
cuando la duda de su fin le abruma,
tropieza con diversas religiones.
¿Todas revelan la verdad? En suma,
¿se cree hoy lo que ayer? ¿Mentira vana
la fe de hoy resultará mañana?

XIV

Si acaso la verdad, ¡oh muertos! mora
en vuestra tumba, de la muerte trono,
vengo á buscar esa verdad ahora;
porque saber, hermanos, ambiciono

si el mortal infeliz que todo ignora
es de Dios la semblanza, ó es su mono:
si Dios al partear la nada extrema
sacó al hombre y al fuego que le quema?

XV

Yo dormí de la nada en el regazo;
le plugo á Dios y desperté del sueño:
¿qué fué mi *yo*, de libertad escaso,
creado para arder como arde un leño?
¿Quién á Dios hizo Dios?—Lo hizo el acaso.
Porque el acaso á mí me hizo pequeño
gusano ¿he de sufrir eternamente,
yo que á la vida desperté inocente?

XVI

¡Muertos! Dejad las hondas sepulturas,
y sin andar y sin mover la planta,
con recta rigidez, sin coyunturas,
con muerto rostro que al cobarde espanta,
venid á mi alrededor, momias impuras,
que nada teme el que á las tumbas canta.
Muertos, dejad la fosa tan temida,
y con ayes de muerte dadme vida.

XVII

Vuestro sudario levantar deseo
y mirar los que cubre hondos arcanos;
quiero creer y á mi pesar no creo;
si sois una verdad, restos humanos,
yo busco la verdad, y sólo veo
podredumbre, cenizas y gusanos.
¡Qué! ¿no tenéis de la verdad la clave?
pero, si polvo sois, ¿qué el polvo sabe?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

XVIII

Nada es el hombre. De la nada llega
y á la nada se va. Su desgraciada
vida, es la nada y en la nada brega.
Delirio es su razón, su ciencia nada;
su sér es polvo con que el hado juega;
su ridícula momia está formada
de carne y nervios y de sangre impura;
su alma es lascivia, su ambición locura.

XIX

¿Conque nada soy yo? ¿El sér que aliento
es sombra que en la sombra se desliza?
¿Puño de tierra que dispersa el viento?
¿Engañoso fantasma de ceniza?
¿Burbuja de jabón que en un momento
desbarata al cruzar leve la brisa?...
No quiero á ese futuro resignarme,
quiero, antes que ser nada, condenarme.

XX

Yo no quiero morir. Quiero un destino
eterno, como Dios que me ha formado:
yo siento un alma en mí, soplo divino,
soplo inmortal, porque el Señor lo ha dado:
quiero, al dejar mi terrenal camino,
ir al mundo imposible que he soñado;
quiero la fe que el corazón desea,
no quiero duda ya. ¡Maldita sea!

XXI

¿Por qué, insensato, mi razón se agita
de necia duda en el inmundo cieno?
Si busco la verdad, ella fué escrita
con la sangre del mártir Nazareno.
Del réprobo la tumba está maldita,
y la tumba temida es para el bueno
un espléndido faro de esperanza,
un génesis de eterna bienandanza.

A CRISTINA

EN SU RECEPCIÓN DE PROFESORA DE PRIMERAS LETRAS

Miras al fin coronada
por la gloria tu ambición;
y ya, joven aplicada,
tienes la misión sagrada
de propagar la instrucción.

Inflamado de contento,
hoy tu padre te acariña;
porque premia tu talento
los sacrificios sin cuento
que hizo por ti, desde niña.

Bendijo el Omnipotente,
noble joven, la insistencia
de tu aplicación ingente,
poniendo sobre tu frente
la corona de la ciencia.

Esa corona que alcanza
tu instrucción grande y notoria,
es, Cristina, tu esperanza;
porque ves en lontananza
tu nombre escrito en la historia.

El porvenir no te aterra;
porque en tu cándido anhelo,
para tus ojos encierra,
olas de flores la tierra,
mares de estrellas el cielo.

Sigue en tu afán de aprender
conquistándote renombre;
que la virtud y el saber
elevan á la mujer
hasta el respeto del hombre.

Sigue, Cristina, adelante,
y aunque el estudio te abrume,
estudia, estudia constante,
que la belleza ignorante
es una flor sin perfume.

La belleza es flor, Cristina,
que el tiempo marchita y trunca;
pero el saber que ilumina
el alma, nunca declina;
porque ese no acaba nunca.

EL MENDIGO

Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo.
Espronceda.

I

De invierno era noche. La luna bañaba
con luces divinas su casto ropón;
el éter cerúleo su toldo bordaba
de estrellas temblantes de tenue fulgor.

Con hilos de escarcha tejió el horizonte
un lienzo precioso de blanco ormesí,
que en nieve trocaba las crestas del monte
y en líquido aljófar del campo el tapiz.

Todo era silencio. Ni un ave medrosa
turbó con su canto la triste quietud:
allá en lontananza se vía una choza
de hoguera brillante fumífera luz.

Al pie de un encino, al que hace pedazos
sus frondas resecas el soplo invernal,
las hebras de nieve dejando en sus brazos,
y témpanos duros de limpio cristal.

Descansan dos seres de aspecto humildoso,
¡exóticas hierbas de extraño plantel!
un pobre mendigo que vela afanoso
el sueño á una virgen, mendiga también.

Los viles harapos, la turbia mirada,
la barba canosa, la histérica faz,
el cuerpo inclinado, la frente rugada
del viejo, revelan su agudo pesar.

A la que se duerme vestida en el suelo
su brazo le sirve de almohada esta vez;
el cándido rostro le cubre su pelo,
el rostro que baña mortal palidez.

Su talle que celos causó á las ondinas,
lo arropan girones de burdo sayal;
la sangre enrojece sus plantas divinas
que en luengo camino llegáronse á hinchar.

«Dime: ¿por qué sufres, niña desgraciada?
¿por qué el infortunio tu cuna meció?
¿por qué secó el hambre tus formas de hada
y llanto salobre tu faz escaldó?

¿Eres azucena crecida entre abrojos?
¿paloma que trajo misión de llorar?
¿ó ángel que Cristo miró con enojos
y vienes sin culpa, al mundo á penar?»

Así habló el anciano: sus nervios crispados
moviólos un fuerte, convulso temblor;
entonces sus ojos sin luz, empañados,
brillar un momento los hizo el dolor.

Separó del rostro con mano amarilla
de su hija el cabello sedoso, sutil;
besó de la virgen la flaca mejilla,
volvió con la crencha el rostro á cubrir.

Clavó en las estrellas la vista indignada,
los puños con ira temblante cerró,



El cuerpo inclinado, la frente rugada
del viejo, revelan su agudo pesar.

PLAZA *El mendigo.—Página 2 6*

y puso en la joven después su mirada,
y plática triste consigo entabló.

II

Duermes en sueño profundo,
duérmete, ángel de dolor,
que mendigos por el mundo
vamos errantes tú y yo,
como ecos en las montañas,
como secas espadañas
á merced del vendaval;
como dos plumas caídas,
como dos olas perdidas
sobre borrascoso mar.

Todo calla. No se mueve
ni la luna en el zafir,
bajo sábana de nieve
parece el orbe dormir.
Cuan dichosos los pastores
que tal vez hablan de amores
al calor de aquella luz;
sólo yo, pobre mendigo,
me hallo sin pan, sin abrigo,
en horrible senectud.

Yo que de oro, de placeres,
otro tiempo disfruté,
y entre amigos y mujeres
años felices pasé;
yo que á nadie respetaba,
que de todo me burlaba,
porque grande me creí;
ahora viejo, miserable,
pobre harapo despreciable,
todos se burlan de mí.

Yo que en batalla tremenda
con imponente quietud,
vi de la metralla horrenda
brillar la siniestra luz,

y en débil barco indefenso
afronté del mar inmenso
la iracunda tempestad;
hoy de puerta en puerta plaño
y hasta de un niño el regaño
me hace ¡cobarde! temblar.

Canto excelso de victoria
con voz robusta entoné,
y obtuve lleno de gloria
un renombre... ¿para qué?
¿si me llaman hoy *mendigo,*
si á la humanidad hostigo
con mi constante pedir?
¿si cual de réprobo inmundo
sin semejante en el mundo
huye la gente de mí?

De mí, que de los salones
era el orgullo, la luz,
y en espléndidas reuniones
derramé la beatitud.
Hoy si muerto de hambre llego
donde hay baile, bulla, juego,
y les grito: *Socorred
al desgraciado,* mi plaga
en áurea copa que embriaga
es una gota de hiel.

¿Qué se hicieron las brillantes
horas de felicidad?
las mujeres incitantes
los amigos ¿dónde están?...
fué fantasma que risueño
á través de torpe sueño
mis sentidos fascinó;
fué meteoro refulgente,
que en un cielo transparente
para apagarse brilló.

Aurea imagen de vapores,
sueño brillante de ayer,

lindas sombras de colores
con las que yo deliré;
recuerdos de nuestra gloria
que torturan la memoria
del pordiosero infeliz;
marchad, placeres perdidos,
fantasmas de fuego, idos,
idos, fantasmas, de aquí.

Hoy mendiga el que antes daba,
y se humilla el que humilló,
que el mundo que le adulaba
de desprecio lo cubrió;
y al morir sus ilusiones
devoró las decepciones
de la infame ingratitud,
y en su camino de abrojos
le hace postrarse de hinojos,
de su miseria la cruz.

De cuánta dicha inefable
me hizo la suerte gozar;
pero la suerte mudable
y pérfida, como el mar,
trocó mi orgullo en flaqueza,
en miseria mi riqueza,
mi placer en expiación.
Hoy, devorado de hastío,
hambre tengo, tengo frío,
tengo luto y maldición.

Sombras de oro que abrillanto
con mis lágrimas, ¡huíd!
porque si os miro me espanto
de mi existencia infeliz.
¿A qué un instante la mente
os acariñe ferviente
venís en loco tropel?
¿Así irritáis la memoria
vagos fantasmas de gloria
para marcharos después?

Dejadme en triste destierro
sin amigos, mendigar,
y recibir como perro
un vil mendrugo de pan.
Mendrugo que yo devoro
empapado con el lloro
que brota del corazón,
y... ¡piensan todos en tanto
que es de gratitud el llanto
que arranca la indignación!

Al mendigar miserable,
como sin alma me ven
y que harapo despreciable,
mi orgullo de hombre dejé;
mal conoce el que se engaña
todo el veneno que entraña
un corazón infeliz.
Es mi eterna pesadilla,
á quien una vez me humilla,
humillarlo mil y mil.

¿Por qué á la suerte le plugo
mi soberbia mancillar?...
¡Oh! ¡si pudiese el mendrugo
devolver al que lo da!
¡Si me viese en un momento
joven, fuerte y opulento
para saciar mi rencor,
feliz entonces muriera,
que yo por vengarme diera...
de mi hija la salvación!

III

¿Mi hija?... ¡no!... ¡loca demencia!
Infortunada criatura,
bastante es tu desventura
con deberme la existencia.
Flor de blanca transparencia
cuyo purísimo seno
está de lágrimas lleno;

mañana tal vez la ola
del ábrego, tu corola
arrastrará por el cieno.

Triste imagen de la muerte
¡infeliz! te ha puesto el hambre,
y débil como el estambre
ya no puedes sostenerte.
¿Para penar de esta suerte
de los cielos descendiste?
antes de nacer ¿qué hiciste?
¿qué sufres con un mendigo
de su pasado el castigo
que tú nunca mereciste?

Dios á vagar por el mundo
te condena, pura ninfa,
como la diáfana linfa,
que corre entre fango inmundo.
Mas del viejo moribundo
si la vida se derrumba
y entre los dos una tumba
pone inflexible el destino,
aislada en el torbellino,
¿qué harás cuando yo sucumba?

Tus labios, tal vez mis ojos
cerrarán, virgen preciosa,
tal vez tú al hacer la fosa
para inhumar mis despojos
lanzarás, hija de hinojos
ayes mil que el alma esconde,
y al ver que nadie responde
tomarás por compañero
mi bordón de limosnero
para ir... ¡qué sé yo adónde!

¿Qué porvenir se te espera
si el hambre tu orgullo abate?
quizá lúbrico magnate
con su oro te hará ramera.
Y aunque pobre limosnera

serás su amante, en seguida
te dejará envilecida,
y tendrás, hija, que ser
vaso inmundo de placer,
flor de todos escupida.

Si desde la excelsa cumbre
del pudor, al precipicio
ruedas, y de infando vicio
ardes en la horrible lumbre,
trocarás en podredumbre
tu pureza virginal;
un torcedor infernal
te matará, desgraciada,
y morirás devorada
de lepra, en el hospital.

Tan horrorosa pintura
me hace el corazón pedazos.
mejor te ahogo en mis brazos:
¡muere!... ¡pero muere pura!
Que de mi infame locura
venga el patíbulo en pos;
no hemos de sufrir los dos,
aunque execren mi memoria:
vete sin mancha á la gloria,
¡magüer me condene Dios!

IV

Al decir esto, solloza
y estrecha convulsamente
el cuello de la inocente
que al pie del árbol reposa.
Ella siente en su garganta
la opresión, deja el letargo,
arroja un ¡ay! muy amargo
y rápida se levanta.
Con dulce rostro patético
á su anciano padre mira,
y su padre la retira
y corre loco, frenético,

y se golpea el corazón,
y al cielo eleva los ojos.
Y después cae de hinojos
y grita: ¡perdón!... ¡perdón!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

V

Del ígneo sol sublime brillaron los fulgores
los gélidos carámbanos su lumbre destruyó,
abrieron sus corolas de púrpura las flores,
su cántico mandaron al tul los ruiseñores
de Febo saludando el rostro bienhechor.
Ya no triste neblina el horizonte empaña,
del cerro se descubren los riscos de coral,
el césped reverdece, revive la espadaña,
y brincan las ovejas con gusto en la montaña
y marchan los pastores con gusto á trabajar.
Está radiante el cielo, preciosa la natura,
y todo ya parece al mundo sonreir:
extiende el campo rica alfombra de verdura,
y de perfume llena el aura que murmura,
jugando da sus besos al nardo y alelí.
En tanto se divisan en densa lontananza
á nuestros dos mendigos un monte trasponer·
el pobre viejo débil en su blago descansa
y sigue silencioso, sin fe ni venturanza
su marcha por el mundo, maldito para él.

VI

Seguid, seguid viajeros desdichados
por el yermo fragoso de la vida,
que todos, cual vosotros, desgraciados
tenemos alma por la pena herida,
y con los ojos de llorar cansados,
con la esperanza de placer perdida
y con el mundo en perdurable guerra,
todos vamos mendigos por la tierra.

LA VOZ DEL INVALIDO

I

Bajo la sombra de sauz añoso
frente á un albergue rústico apartado,
se hallan, un joven de naciente bozo,
y un viejo descreído, mutilado.
Los surcos de la frente marchitada,
las escépticas frases que congelan,
la irónica sonrisa y la mirada
del viejo, su pasado nos revelan.
El apuesto garzón, el casi niño,
con marcada humildad escucha atento
al anciano, que lleno de cariño
le dice así con paternal acento:

II

Con que, Andrés, ¿vas á partir?
¿Se torna el rapaz en hombre?
¡Bien!... Escucha y no te asombre,
Andrés, lo que vas á oir.
En el revuelto Oceano
en que fuí náufrago un día,
quiero que lleves por guía
la débil voz del anciano.
No cual clérigo profundo
evangelizarte anhelo:
la virtud es flor del cielo
que se marchita en el mundo.
No de ilusiones que halagan
te hablaré, ni de moral:
quiero, Andrés, que no hagas mal
ni dejes que te lo hagan.
Franklin dijo en parte alguna,
hablando del mundo, que:
«Lo que salva no es la fe,
sino el no tener ninguna.»
No creas consejas ni apólogos,
busca siempre la verdad:

la fe, chico, es necedad
que llaman virtud los teólogos.
  Yo no te aconsejo el vicio,
el que mal hace, mal halla:
quiero que vistas con malla
tu corazón tan novicio.
  Y ya que tus tiernos años
están flacos de experiencia,
escucha, Andrés, con paciencia
la voz de los desengaños.
  También locas ilusiones
mi juventud conmovieron,
y las que ilusiones fueron
son ya negras decepciones.
  Por eso en estulta calma
niego todo con cinismo,
porque el torpe escepticismo
viento es que congela el alma.

*

  Tú vas á la corte. Allí
activo en tu bien rebúllete.
Consérvate, aséate, instrúyete,
y vive, Andrés, para ti.
  Obra mucho y cierra el labio,
que llega á su fin más pronto,
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio.
  Es la corte cosa brava,
todos mal de todos piensan.
Los enemigos comienzan
donde la nariz acaba.
  Tú allí con muy buenos modos
sé expansivo, sé jovial:
de todos piensa muy mal;
pero habla muy bien de todos.
  Que mascarada es completa
la corte que veo con asco,
y sufre allí más de un chasco
quien no toma su careta.
  Allí es el afeite aseo,
sinceridad el cinismo;

la locura excentricismo;
la adulación galanteo.
  Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
porque es difícil papel
se llama la charla ciencia,
se llama fianza el robo.
  Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer.
  Allí todo es falsedad.
«Vanidad de vanidades,»
allí abundan nulidades
rellenas de vanidad.
  Todos quieren que su nombre
á los hombres envanezca,
y no hay hombre que merezca
llamarse siquiera hombre.
  Que de aquella sociedad,
llena de lodo y materia,
es muy grande su miseria
y mayor su vanidad.
  El hombre, tenlo presente,
en ese mundo hostigoso,
hace un viaje muy penoso
y no medra si no miente.
  Ese tránsito empalaga:
que molestan en el viaje,
los ricos con su carruaje,
los mendigos con su plaga.
  Y magüer razón te sobre,
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidad del pobre.
  Mas si das á la indigencia,
nunca la humilles cruel;
el papel de Providencia.
  Saber dar es gran virtud,
y dar sin tacto es locura:
lo que se da sin finura,
se acepta sin gratitud.

Hay favores tan sin gracia,
que dejan huella sensible
en el alma, y más horrible
hacen ellos la desgracia.
Muchos hay que dan lo suyo
por cálculo ó vanidad,
pero, hijo, esa caridad,
es la virtud del orgullo.
Nunca des con mira doble;
porque el hombre desgraciado
es un objeto sagrado
para quien tiene alma noble.
La desgracia lenifica
sin esperar gratitud;
porque, Andrés, la ingratitud
á la caridad deifica.

*

Tus apuros, si los tienes,
cuenta al que cuente reales;
es decir, cuenta tus males
sólo al que los torne en bienes.
Nunca vistas con descuido;
porque en la corte deshonra
más que una mancha en la honra
una mancha en el vestido.
Tu lujo empero modera,
no al lujo te entregues, no,
mira que el lujo empezó
por unas hojas de higuera.
Cuida y no te faltará:
da poco y no se te olvide
que quien da á todo el que pide
pide al fin á quien no da.
Ten siempre el bolsillo á tasa,
para que siempre algo sobre;
porque, Andrés, el hombre pobre,
de pobre hombre nunca pasa.
Del placer haz poco uso,
si ilusión quieres tener,
que abusando del placer
no hay placer en el abuso.

*

Por si acaso en sueño cálido
buscas de Marte la gloria,
voy á contarte la historia
á que debo estar inválido.
Allá en mis años mejores
se encendió lid fratricida,
porque á mi patria querida
plugo cambiar de opresores.
Del patriotismo la llama
ardió en mi pecho de tierra.
Marché, Andrés, y en cruda guerra
reñí, como perro en brama.
El éxito no fué malo:
vencimos á los traidores,
y volví pisando flores
con una pierna de palo.
Cubierto de gloria, chico,
dejóme el gobierno cruel;
¿había de comer laurel
como si fuera borrico?
Otros con férvido arrojo
la victoria celebraron.
Oro y destino pescaron,
y yo quedé pobre y cojo.
Así es la guerra maldita:
á muchos les da oropeles,
y carruajes y corceles,
y á otros las piernas les quita.
Vengué yo ajenos agravios
y al fin ¿qué saqué?... ¡Desprecios!
La guerra la hacen los necios
en provecho de los sabios.
No seas de los que combaten,
pero odia á los que se rindan;
pues sacan más los que brindan,
que los tontos que se baten.
A la guerra, Andrés, no vayas,
y sin luchar vencerás;
porque un brindis vale más
que el humo de cien batallas.
Está la patria hecha trizas
con tanta gente malévola,

y del brasero de Scévola
no quedan ya ni cenizas.
  Es un loco temerario
el que anda entre los cañones:
es mejor en los salones
esgrimir el incensario.
  Si por figurar te apuras,
lisonjea á los beneméritos,
y fía más que de los méritos
de tus buenas coyunturas.
  No te oirán si no te encorvas:
ya que ellos tienen, Andrés,
las orejas en los pies,
ten el talento en las corvas.
  Para que á ciegas no andes,
te aconsejo, por mi nombre,
dejes tu grandeza de hombre
con todos los hombres grandes.
  La dignidad no conviene,
ni la honradez, hijo de Eva;
quien no adula no se eleva:
el que no es *vivo* no tiene.

*

  Si no estás en gran bonanza,
no busques, hijo, mujer;
el pobre ha de mantener
solamente la esperanza.
  El amor es gran locura,
el bendito matrimonio,
lazo que tiende el demonio
y convierte en soga el cura.
  El consorcio, en conclusión,
para un pobre es grave mal;
y su tálamo nupcial
túmulo es de su ilusión.
  Nunca el marido descansa
y sus sacrificios crecen:
pero ellos no se agrandecen,
porque con ellos *no alcanza*.
  Tú pondrás del ara encima
tu independencia sin juicio,

y ese inmenso sacrificio
ninguna mujer lo estima.
  Es feliz quien por fortuna
mujer buena tiene, Andrés:
pero más dichoso es
el que no tiene ninguna.
  Amor es mentida flama,
la gratitud no parece:
sólo, Andrés, una madre ama
y sólo un perro agradece.

*

  Mas si tú afectos deseas,
te lo digo con dolor,
cree hasta en el mismo amor,
pero en la amistad no creas.
  Con experiencia lo digo,
Andrés, consérvalo impreso:
un libro, un perro y un peso
forman un completo amigo.
  Los que el mundo desconocen
dicen, sobrino, que es fama,
que en la cárcel y en la cama
los amigos se conocen.
  En cualquier situación seria
tendrás número importuno
de amigos, mas no habrá uno
cuando estés en la miseria.
  La amistad es falso cobre,
la amistad, óyelo, chico,
forma la ilusión del rico
y el desengaño del pobre.
  La amistad, en conclusión,
la amistad, tenlo presente,
es, sobrino, un accidente
del oro ó la posición.
  Quien fuere en la vida cero
no tendrá un amigo, Andrés:
si el dinero amigo es,
sé amigo tú del dinero.
  Mejor que un peso, ten dos,
no hagas mal por egoismo.

y duda hasta de ti mismo...
véte, y... ¡bendígate Dios!

III

Un instante después, por el camino
triste á un jinete galopar se vía,
y un viejo de mostacho blanquecino
con la vista al jinete perseguía.
Cuando ni el polvo que el corcel alzara
pudo el viejo mirar, sintió que ardiente
gota de llanto resbaló en su cara,
y suspirando doblegó la frente.
«Y ¿qué será de ti?»—clamó el anciano.—
«Tu incierto porvenir ¿por qué me altera?...
corre á luchar con ese mundo insano;
véte á sufrir la suerte que te espera.
La lucha con el mundo no te asombre,
hombre no es el que luchar no sabe;
porque nació para luchar el hombre
como nació para volar el ave.
Jamás el hombre del destino oscuro
el negro velo levantar espere;
envuelto entre la sombra está el futuro...
el hombre es lo que la suerte quiere.

LA MUJER

Et vidit Deus quia erat bonum.
Gén.

I

Ha terminado la creación sublime
el Sér que habita en la sublime altura:
al virgen seno de la tierra oprime
blando corsé de sin rival verdura.
Rico traje talar de ricas flores
cubre á la tierra que bendijo el cielo,
y fantásticas gasas de vapores
á su faz virginal forman un velo.

De joyas mil y de esplendor cubierta
la virgen pura que el amor atiza,
ataviada con lujo se despierta
y á Dios le manda su primer sonrisa.
Un himno sacro la natura tiene:
doquier se eleva con celeste encanto
de tropa de aves el cantar perenne,
arrullo de olas semejando un canto.
Están los goces en la tierra impresos:
se oye en vez del rumor que alza el gentío
vaivén de hojas remedando besos,
sonrisa de auras, murmurar de río.
Y brinda la diamela su fragancia,
el balbú sus canciones orientales,
y sus perlas la aurora en abundancia,
y el granado sus frutos de corales.
En el rojo carmín de gayas flores
tiembla el fino cristal abrillantado,
y en su cáliz alados trovadores
se achispan con licor azucarado.
Libando el néctar que la flor encierra,
ebrios al fin modulan sus cantares
que en el vapor, aliento de la tierra,
se elevan de la gloria á los altares;
á los bucles del árbol que Dios riza
hilos de escarcha míranse enlazados,
hilos de escarcha que al mecer la brisa
un regio sol convierte en opalados.
Extiende el mar alfombra de cristales;
cintas de plata el gemidor riachuelo,
y la tierra sus pompas virginales
mira al espejo que la ofrece el cielo.
El espejo le dice que es hermosa;
ella feliz perfuma sus pensiles,
y su seno de novia pudorosa
acarician los jóvenes abriles.
De su cándido amor la esencia pura
brinda la virgen con sin par terneza,
porque su amor excede á su ventura,
y su ventura excede á su belleza.
Aun no lastima el azadón su entraña,
aun no hay Diciembre de tristeza lleno,

ni de Adán el sudor su rostro empaña,
ni la sangre de Abel mancha su seno,
  ni recibir cadáveres espera,
ni el rimbombar del rayo la estremece,
ni bebe aún la lágrima primera,
ni la mano del tiempo la encanece.

II

  Mundos de luz en el etéreo espacio
donde el Sér poderoso
tiene excelso palacio,
giran y arroja el sol esplendoroso
un torrente de chispas de topacio.
  De ese sol en la cúpula brillante
el Artista Supremo
inclínase anhelante,
y en la fruición de su placer extremo
sonríe al ver la tierra exuberante.
  Contempla más la obra primorosa
que tierno ha bendecido
con mano cariñosa,
y cansado de ver queda dormido
sobre el crespón de nube vaporosa.
  Soñando ve que entre vapor se eleva
fantástico, risueño,
ángel de forma nueva,
y embebecido en tan precioso sueño
forma el Señor á la preciosa Eva.
  Y de amor y de hechizos rebosando
dió principio á su historia
una mujer, brotando
del *Fiat* creador que balbució soñando
el Poeta Supremo de la gloria.
  Despierto ya de su soñar prolijo
admiró á la hermosura,
y entusiasmado dijo,
en un arranque santo de ternura:
de una Hermosa mujer quiero ser Hijo.

III

Lindo vergel encantado
más que terrenal celeste
por el Eufrates regado
y por el Tigris bañado
está del Asia al Sudeste.
La Omnipotente creadora
dejó á la tierra caer,
de su mano bienhechora,
los encantos que atesora
el encantado vergel.
Divina, hasta la quimera,
formó el Señor de improviso
esa divina pradera,
para que allí residiera
el ángel del paraiso.
Tan rico pensil mantiene
en sus bosques de azahares.
do á jugar el aura viene,
la dicha, que allí perenne
dejó entre rosas sus lares.
Junto á ese Edén soberano,
emporio de encantos mil,
es triste el Syonah tebano,
triste el oasis africano,
triste de Dafne el pensil.
Que el placer se diviniza
en aquel nido de amores,
donde tiene una sonrisa
el aliento de la brisa
perfumado por las flores.
No el cano tiempo la huella
pone de sus plantas graves
en esa mansión tan bella,
porque el reloj que hay en ella
es el trino de las aves.
Dios, en fantástico sueño,
lleno de amor é idealismo,
ese pensil tan risueño
lo formó con árduo empeño
excediéndose á sí mismo.

Al hacer la gloria nueva,
los goces que de ella salen
á todas horas renueva,
para que las horas de Eva
sonriendo se resbalen.

IV

En su lecho de rosas sin espinas,
destrenzada la hermosa cabellera
y desnudas las formas peregrinas,
duerme inocente la mujer primera.
Narcotízala sueño delicioso;
y su aliento riquísimo de aroma,
un movimiento imprime voluptuoso
á su túrgido seno de paloma.
Y de su rostro el óvalo divino
sombrean apenas las pestañas rizas,
y el carmín de su labio leporino
perlas prodiga al prodigar sonrisas.
Los negros bucles que rizó natura
contraste forman con la nívea espalda,
y su breve, terníslma cintura
de un querubín cupiera en la guirnalda.
Y sus trémulos pechos inflamados
placer provocan y al deleite incitan,
y sus brazos y muslos torneados
del frágil hombre los deseos irritan.
Porque atesora hechizos incitantes,
y está en su desnudez tan hechicera,
que al contemplar sus formas irritantes
la misma castidad se conmoviera.
Mucho provocan su redondo cuello,
el tinte que enrojece su mejilla,
y el crespo copo de sedoso vello
do el azabache entre la nieve brilla.
Su tez de raso fresca como rosa,
es más limpia que rayo de la luna,
porque hizo Dios á Eva tan hermosa
como no es ni será mujer alguna.
De belleza ideal tipo perfecto
no hay en la gloria un ángel como ella.

pues plugo á Dios formarla sin defecto,
que al fin para eso la soñó tan bella.

V

Rasga el éter su cortina
diamantina;
cesa de la gloria el coro,
y ángeles abrillantados
con luz del iris bañados
descienden en lluvia de oro.
Y rebosando contento
en el viento,
bajan aquí de improviso,
porque les dió la misión
Dios, de hacer un corazón
al ángel del paraíso.
Forman un círculo ingente
al frente
de la virgen sin vestir,
y reflexivos y graves,
con voz de música de aves,
comienzan a discutir.
¿Cómo un corazón formar
sin par?
y van y vienen razones;
porque anhelan, con razón,
hacer á Eva un corazón
mejor que sus corazones.

VI

Ardiendo en baja, rastrera ira,
el ángel réprobo que osando ser
más que el Dios alto que el cielo admira
por su soberbia maldito fué.
Aquel que lleno de luz de cielo
en las tinieblas su luz bañó,
porque audaz dijo con loco anhelo,
lleno de orgullo: *¡Quién como yo!*
Aquel soberbio que en su demencia
del Dios eterno quiso el poder,

y hoy se retuerce con la impotencia
bajo el escudo de San Miguel;
  aquel lucero de luz de aurora
que del infierno cayó al nadir,
y que ángel antes, demonio ahora,
en noche eterna rabia infeliz;
  aquel de orgullo genio fecundo,
antes luz bella, ahora Luzbel,
que en guerra vive con Dios y el mundo
porque en orgullo su infierno fué;
  aquel que en trono de fuego brilla,
aquel soberbio rey infeliz,
aquel vencido que no se humilla,
aquel que nunca deja la lid;
  ese ángel malo su ira subleva,
que el coro de ángeles mira bajar,
y mucho teme que el ángel-Eva
al hombre que odia feliz hará.
  Mas luego en gozo su ira transforma,
un plan inícuo le hace reir;
recobra de ángel su antigua forma
y al grupo angélico viénese á unir.

VII

  Tras de larga discusión
el coro alado convino
en tomar sin distinción
lo mejor, lo más divino,
para hacer el corazón.

*

  Un ángel luz de la aurora
puso en el regazo tierno
de la virgen seductora;
y la majestad traidora
sombra puso del infierno
  azucena blanca, ilesa,
otro ángel al seno echó;
y el demonio con presteza,
para manchar su pureza,
iracundo la escupió.

Otro ángel llegóse luego
y un ampo de castidad
puso allí con gran sosiego:
pero de lujuria el fuego
echó el rey de la maldad.
De *no me olvides* la flor,
orgullo de la pradera,
puso un ángel con amor;
y Satán en su rencor
le mezcló la adormidera.
Un suspiro de ternura
y lágrimas de consuelo
puso un ángel de ventura,
y el genio de la amargura
puso de crueldad el hielo.
Vino un ángel candoroso,
y echó la sinceridad
en el seno primoroso;
pero el demonio envidioso
puso allí la falsedad.
Linda gota de rocío,
que temblaba en un clavel,
puso un ángel; y el impío
Lucifer, lleno de hastío,
echó una gota de hiel.
Puso un rayo de esperanza,
que contra la pena escuda,
un ángel de venturanza;
y Satanás sin tardanza
sopló el fuego de la duda.
Un ángel, lleno de unción,
vino á poner con violencia
sacrosanta abnegación;
y el demonio con fruición
arroja allí la exigencia.
Un céfiro recogido
del bosque en las soledades,
puso un ángel bendecido;
y Satán mezcló atrevido
un puño de tempestades.
En suma, el coro precioso,
cuanto halló de bello y noble

dió al corazón; y envidioso
puso el ángel rencoroso
cuanto halló de vil y doble.

*

Cumplieron ya su misión
los ángeles, y por eso
uno con santa emoción
besó á Eva al corazón;
y Satán le dió otro beso.
Terminada así la historia,
ningún ángel emprendía
el vuelo; porque es memoria
que amaron más que á su gloria
á la vestal que dormía.
Pero al fin á su morada
triste el grupo se elevó,
y dando una carcajada
la majestad endiablada,
en el infierno se hundió.

VIII

Despierta la sultana de las flores,
la artística beldad, el sér divino,
y ve brillar sobre el azul iugente,
en mares de colores,
de regio sol la fecundante frente.
Plumados trovadores
nadando en el espacio cristalino,
con canto diferente
de Eva saludan el feliz destino.

*

Sin tempestad la copa del Oceano,
la rosa sin abrojos,
y sin nubes un cielo soberano
se ofrecen de la virgen á los ojos.

*

Su terrenal Edén placer le inspira,
y exhalando ternura,
virgen como ella la creación admira,
á la virgen-creación, como ella pura.

Y su mirada tiende
por los prados, los mares y montañas,
y todo la sorprende;
pero sintiendo que su planta besa
un lago que se duerme entre espadañas,
inclina la cabeza,
y al ver su rostro impreso
de ese lago en los límpidos cristales,
inflamada de orgullo hasta el exceso,
exclama en sí gozándose:
soy más hermosa yo que todo eso,
y permanece estática admirándose.

IX

Allá en lontananza resuena un silbido
agudo, siniestro, que infunde terror:
el ave medrosa se oculta en su nido,
temblando en su broche se oculta la flor:
Silbido que helara de espanto al infierno:
semeja al silbato que sopla tal vez
el rey de la sombra allí en el averno,
llamando á las furias en torno de él.
Silbido que oigo á veces soñando;
silbido que finge fatídica voz
de locomotiva, que vuela llevando
las almas precitas que Dios condenó.
Horrible serpiente con furia le arroja,
reptil que se arrastra en lenta espiral,
y en marcha tortuosa ya plega ó afloja
de anillos jaspeados la serie fatal.
Su chata cabeza, horrible, aplastada,
encubre prudencia y astucia á la vez:
congela su aspecto, y tiene erizada
de granos menudos la gélida piel.
En torpe bostezo histérica mueve
saeta que oculta ponzoña letal;
sus ojos pequeños, redondos, en breve
instante fascinan, matando quizá.
Reptil asqueroso que el alma horroriza,
y seca á su paso la púdica flor,
y deja por huella zigzag de ceniza
y vuelve tabaco del musgo el verdor.

Se acerca el enorme, gigante gusano,
al sitio do se halla el ángel-mujer,
que viene á dar cima, astuto é insano,
á la obra maestra del ángel Luzbel.
La horrible serpiente, callada, medrosa,
se enreda en el tronco de un árbol gentil,
y hablando á la virgen con voz melodiosa,
entabla con ella un diálogo así:

X

—¿Por qué con tu propio halago
te muestras, Eva, orgullosa?
—Porque me vi muy hermosa
en el cristal de ese lago.
—No te negaré, criatura,
de la misma gloria emblema,
que tu hermosura suprema
excede á toda hermosura;
que Dios te arrojó del cielo,
mansión divinal de arcángeles,
para evitar á los ángeles
las consecuencias del celo.
Y hasta ese sol tan ufano
que alumbra la azul esfera,
robarte el fuego quisiera
de tu mirar soberano.
¿Ves de ese campo el tesoro
riquísimo de esmeralda,
y las flores que en su falda
abren sus broches de oro?
Pues envidian los colores
que tiñen tu faz preciosa,
porque eres tú más hermosa
que el sol, el campo y las flores.
—Serpiente de dulce acento,
¿qué, yo soy tan peregrina?
—Eres, Eva, más divina
que la luz del firmamento.
¿Pero de qué á tu inocencia
sirve ese don sin afeite,
si no gozas el deleite
del árbol que da la ciencia?

Di, mujer, ¿para qué quieres
con Adán á cada instante,
una existencia ignorante,
monótona y sin placeres?
¡Oh! si probarais los dos
ese fruto deseado...
—Dios ese fruto ha vedado.
—Envidia que tiene Dios.
El fruto que no conoces,
esconde en cáliz de flores,
el amor de los amores,
el delirio de los goces.
De vida germen fecundo,
mar de ternura sagrado,
es un lazo destinado
para encadenar al mundo.
Es la luz, es el consuelo,
porque á dos almas unidas
eleva desfallecidas
hasta las puertas del cielo.
—Pero el fruto está maldito.
—Porque es fruto de ilusiones
que en dulcísimas fruiciones
hace gozar lo infinito.
Y ese fruto te asegura
que el hombre á quien hoy te humillas
adorará de rodillas
el poder de tu hermosura.
—¿Cierto es que ese fruto encierra
tantos bienes?
—Eva hermosa,
pruébalo y serás la diosa
en el altar de la tierra.
Y ya que altares te erigen
tus gracias, cumpla al destino,
ángel de origen divino,
elevarte hasta tu origen.
Que al mismo Dios, no te asombre,
aunque eres débil mujer,
disputarás el poder.
—Me voy á tentar al hombre.

XI

Blanca vestal inocente,
raudal precioso de hechizo,
gacela del paraíso
que fascinó la serpiente.
¡Ay! el demonio inclemente
en sus infames antojos,
tu pensil trocó en abrojos,
y al robar tu bella calma
te dejó luto en el alma,
te dejó llanto en los ojos.
Paloma de níveo seno
y de ternísimo arrullo,
que el demonio del orgullo
alimentó con veneno.
Luz que refleja en el cieno,
virgen que de amor te llenas
y el corazón enajenas,
para obtener por tributo
con el placer de un minuto
amargas horas de penas.
Lago de amor, te enturbiaste;
esperanza, te perdiste;
vapor, te desvaneciste;
iris, te desbarataste;
lucero, te desquiciaste...
¿Por qué es la hermosura, dí,
tu perdición? ¿Por qué así
te ocultas, luna preciosa?
¿Es crimen nacer hermosa?
¡Pobre mujer! ¡ay de ti!
Anfora de rica esencia
que inmundo reptil quebró,
llama de fe que apagó
repugnante descreencia.
Arcángel de la inocencia,
que vil lascivia convierte
en escarnio de la suerte;
mujer de Dios bendecida,
que das al amor la vida
y el amor te da la muerte.

Ave linda que tu aliento
exhalas en dulce trino;
flor que á merced del destino
vuelas en brazos del viento.
Perfume del sentimiento,
soñadora cuyo encanto
se disipa en el quebranto,
que en fantásticos crespones
duermes con las ilusiones
y despiertas con el llanto.
¿De qué al hombre le sirvió
el libro de la verdad,
que en aquella soledad
el ángel Raziel dejó?...
El hombre no puede, no,
resistir á tu poder,
y con inmenso placer
el hombre encuentra en tu gracia
su desgracia y tu desgracia.
¡Pobre Adán! ¡Pobre mujer!

XII

Ved aquí á la mujer: nació de un sueño:
el demonio y los ángeles formaron
su corazón, y con fatal empeño
de virtudes y vicios la llenaron.
Infierno se volvió su Edén risueño,
de su pensil las flores se agostaron,
que en liga criminal con la serpiente
tentó al esposo y enlodó su frente.
Virgen que al hombre con placer seduce
por el placer de verse seducida;
arcángel que al abismo nos conduce,
demonio que á la gloria nos convida,
espejo de ilusión que reproduce
el desencanto horrible de la vida,
abrojo punzador, fragante rosa,
lindo poema que termina en prosa.
Reina si niega; al conceder, esclava;
se conmueve y es dura como roca,
es su amor tan ardiente como lava,
y su desdén glacial fiebre provoca.

Modesta es; la vence quien la alaba;
cobarde es; pero se atreve loca,
y al verse sorprendida en el delito
negándolo, su aplomo es inaudito.
Soñadora ambiciosa y exigente,
elige lo peor siempre que escoge:
su corazón conquista quien la miente,
y quien la adora, su desdén recoge;
porque embustera y á la vez creyente
la vil lisonja con bondad acoge,
y aunque el fuego del genio la fascina
la cachaza del tonto la domina.
Sublime en su dolor, falsa en su llanto,
mártir-verdugo, sér incomprensible,
ángel demonio de celeste encanto;
modelo de bondad, y aunque sensible,
¡ay del que la ama con pasión! que en tanto
expira por su amor, ella insensible,
con el tormento insoportable juega
del infeliz que el corazón le entrega.
Divina flor que oculta en su corola
ampolleta de miel envenenada,
que el jugo de sus labios de amapola
es fuego para el alma enamorada:
víctima pura que el deleite inmola
en el altar de Astarte depravada;
mas do tal sacrificio en el misterio,
el secreto se esconde de su imperio.
Que á sus pies el amante se arrodilla
implorando un favor que la envilece,
y aunque el amor del hombre la mancilla,
cuando su amor no premia, lo agradece:
un acto fisiológico la humilla;
pero el fruto de ese acto la enaltece,
y si fué hija quizá loca y variable,
es la madre sublime y admirable.
Sibarita insaciable en la opulencia,
en la desgracia resignada y noble.
Débil que de la suerte la inclemencia
sufre con fuerza de gigante roble;
conjunto de perfidia y de inocencia,
amiga buena, pero amante innoble;

pizarra es su corazón de fuego
y en él escribe lo que borra luego.
Hija del sueño, la verdad la mata;
es nula su razón; grande su instinto;
ama por gratitud; pero es ingrata;
foco de luz, de sombra laberinto;
paloma humilde; pero á veces gata;
y siempre igual, versátil sér distinto:
misterio santo que el demonio explica,
rica en pesares, en placeres rica.
La lisonja servil es su elemento
sin que el incienso adulador la obligue,
que lo que no conquista el rendimiento
con el desdén á veces se consigue;
venero de ternura y de tormento,
demonio tentador que el hombre sigue;
ángel de paz, emblema de concordia,
germen precioso de fatal discordia.
Humilde sierva con poder ingente,
álbum sagrado por Satán escrito,
casto rayo de luz, fuego candente,
cáliz que emponzoñó labio maldito:
fué deshonesta, cuando fué inocente,
y nació su pudor de su delito:
le dió la castidad blancas guirnaldas
y en el lecho de Adán cayó de espaldas.
Pero si Eva infeliz condena al hombre
redime al hombre la Mujer María.
¡Bendito sea de la mujer el nombre!
sin la mujer el hombre ¿qué sería?
todos somos por ella, no os asombre;
porque, en fin, la mujer es noche, día,
es venero, bezoar, Alpha y Omega,
faro que alumbra, resplandor que ciega.

FIN

INDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 01 07 05 007 5